

AMAUTA

28

QUINCENA PRO-"AMAUTA"

10. - 15 DE MARZO

"AMAUTA" apela, por segunda vez, para resolver los problemas de su economía, es decir de su subsistencia, a la solidaridad de sus amigos y simpatizantes de Lima, provincias y el extranjero. Las dificultades con que una revista como "AMAUTA" debe luchar, no han sido en el año último menores que en el anterior. Las cifras de circulación de la revista se han mantenido, a pesar de haber suspendido la Administración el servicio de algunas agencias infidentes. "AMAUTA" recibe incesantemente nuevos pedidos de ciudades de Europa y América, que acreditan su éxito intelectual. Los críticos que comentan con interés y elogio nuestra obra, se suelen asombrar de que en este continente de las revistas efímeras, se mantenga una revista de la filiación de "AMAUTA". Todo esto es un gran estímulo para seguir adelante, con acrecentada confianza en la simpatía que nos circunda y sostiene. Pero el concurso vigilante de los amigos entusiastas no compensa, en nuestra economía, las fallas de los agentes negligentes. No nos es posible, además, desarrollar nuestro programa editorial por no haber sido suscritas todas las acciones de nuestra Sociedad Editora. Tenemos aún un buen porcentaje de acciones disponibles, en parte suscritas en el período de organización de la Sociedad, pero no pagadas. En el curso de 1929, hemos sufrido, por otra parte, el quebranto financiero de la clausura del quincenario "Labor", fundado para extender la obra de "AMAUTA". Los memoriales de numerosas organizaciones obreras y campesinas, no han obtenido la reconsideración de la interdicción de "Labor". Hemos perdido así lo que habíamos gastado en el lanzamiento y difusión de este periódico, que precisamente con el No. 10 empezaba a estabilizarse económicamente. Las innumerables cartas que de todos los centros de trabajo de la República recibimos hasta ahora solicitando números de "Labor" o inquiriendo por su suerte, nos demuestra que no nos equivocamos al crear este periódico. "Labor" habría llegado a ser un soporte financiero de "AMAUTA". Su supresión cuesta, pues a nuestra economía, con el gravamen de algunas obligaciones extraordinarias, la pérdida de un seguro renglón de ingresos.

Para hacer frente a nuestras actuales obligaciones, y desenvolver nuestro programa editorial, hacemos un llamamiento a todos nuestros amigos, agentes y suscritores para una QUINCENA PRO-"AMAUTA". Del 10. al 15 de Marzo deben realizar una activa campaña a favor de "AMAUTA", organizando colectas, reclutando suscripciones, difundiendo nuestros libros. En algunas ciudades, es posible sin duda efectuar veladas o espectáculos a beneficio de "AMAUTA".

*La radiofonola
Eléctrica*

COLUMBIA

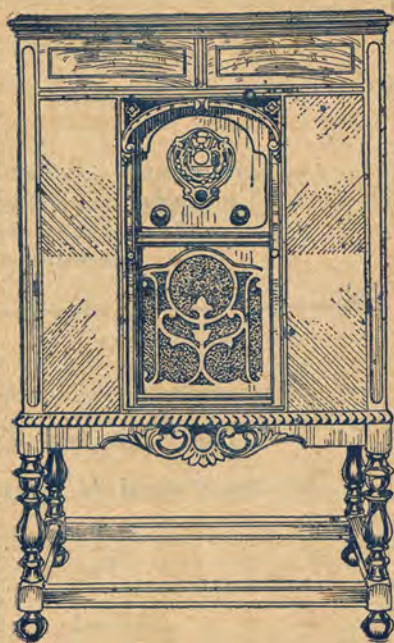
“Viva - Tonal”

Modelo No. 940

Un precioso mueble

que enriquece su salón y
significa tener en casa

Una Compañía de Opera
Las mejores orquestas del mundo
El estudio de Radio “O. A. X.”
de Lima
Y las mejores Jazz-Bands de los
Estados Unidos



**Un magnífico fonógrafo eléctrico combinado con
un poderoso receptor de radio por el precio de**

Lp. 130.-

*Venga Ud. en el día a escuchar las demos-
traciones que hacemos en nuestro local*

CASA COLUMBIA

Mercaderes 439 - Teléfono 40-33

E. JARAMILLO AVILES

Distribuidor exclusivo
Casilla 103

COMPAÑIAS UNIDAS DE SEGUROS

OFICINA CENTRAL: FILIPINAS 569

— LIMA —

CAPITAL PAGADO

Lp. 125.000.0.00

**Asegura contra incendio,
riesgos maritimos,
Accidentes individuales,
encomiendas postales.**

N O S O T R O S

Revista mensual de Letras — Artes — Historia — Filosofía

Ciencias Sociales

Fundada el 1º. de agosto de 1907

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

SECRETARIO

Emilio Suárez Calimano

ADMINISTRADOR:

Daniel Rodolico

PRECIO DE SUSCRICION

(ADELANTADA)

EXTERIOR AÑO 8.00 DOLLARES

BUENOS AIRES

Lea Ud.

"MONDE"

LA REVISTA DE HENRI BARBUSSE

De venta en la Librería "MINERVA" (Sagástegui 669) a 20 centavos ejemplar

Suscribase en la Administración de "AMAUTA"

INSCRIBASE COMO "AMIGO DE MONDE"

EDICIONES EUROPA-AMERICA

DOCTRINAS SOCIALES

LENIN. — PAGINAS ESCOGIDAS. — 4 VOLUMENES

.. I—LA CAMPAÑA POR EL PROGRAMA, LA TACTICA Y LA ORGANIZACION DEL PARTIDO

En este volumen, Lenin hace la crítica de los populistas, de los economistas y de los mencheviques. Con el martillo implacable de su lógica irrefutable, reduce a polvo las doctrinas de sus adversarios. — 200 páginas. — S/. 1.20.

II. — EL PARTIDO BOLCHEVIQUE EN ACCION

Estas páginas de un valor histórico formidable, maravillosas por su claridad y por su concepción, son el prólogo anunciador de los acontecimientos de 1917. A través de ellas se vé como Lenin, el estratega genial, va forjando con persistencia y audacia el partido y la doctrina bolchevistas que más tarde habían de encender la gran hoguera de la revolución mundial. — 320 páginas. — Soles 1.80.

JOHN REED —DIEZ DIAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO

....Un volumen de más de 300 páginas, con una introducción del gran escritor alemán Egon Erwin Kirsch y la fotografía de John Reed. Este libro editado en todos los idiomas y agotadas rápidamente sus ediciones ha batido el récord del éxito. Las jornadas del noviembre rojo aparecen en las págs. de John Reed repletas de vida, de emoción, de entusiasmo desbordante.—Más de 300 páginas. — Soles 2.00.

LITERATURA SOCIAL

A. FADEIEV. — LA DERROTA

La novela de Fadeiev se sale de las influencias románticas y naturalistas. Un realismo profundo y una admirable pintura de los caracteres dominan todo el relato que el lector sigue con emoción y ansiedad hasta el final. Los dos capítulos últimos son de una fuerza tan extraordinaria que hacen recordar *La Guerra y la Paz* de Tolstoy, de quien Fadeiev es un brillante continuador. Lunatcharsky dijo que la novela de Fadeiev era indiscutiblemente la obra maestra de la literatura proletaria. — Más de 300 páginas. — Soles 2.00.

BIBLIOTECA MARXISTA

La Biblioteca Marxista es el primer intento serio que se lleva a cabo para dar a conocer en lengua española las obras fundamentales del marxismo. Publicará seis volúmenes anuales de 150 a 300 páginas, esmeradamente impresos, traducidos directamente y acompañados de notas explicativas para facilitar el estudio.

Aparecerán inmediatamente:

PLEJANOV: ANARQUISMO Y SOCIALISMO.

LENIN: EL ESTADO Y LA REVOLUCION. (Edición del Instituto Lenin)

PLEJANOV: EL SOCIALISMO Y EL MOVIMIENTO POLITICO.

LENIN: EL IMPERIALISMO, ULTIMA ETAPA DEL CAPITALISMO.

LAPIDUS Y OSTROVITIANOV: TRATADO DE ECONOMIA POLITICA.

RIAZANOV: MARX Y ENGELS.

ENGELS: LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS.

STALIN: PROBLEMAS DEL LENINISMO.

OFICINA DEL LIBRO. — Washington Izquierda, 544-970. — Ap. 2107

AMAUTA

REVISTA MENSUAL DE DOCTRINA, LITERATURA, ARTE, POLEMICA

DIRECTOR: JOSE CARLOS MARIATEGUI

GERENTE: RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

Nº 28

ENERO

1930

SUMARIO

LINEA, FORMA, CREACIONISMO, por José M. Eguren. — LA PACIENCIA, por Henri Barbusse. — POPULISMO LITERARIO Y ESTABILIZACION CAPITALISTA, por José Carlos Mariátegui. — LA VIDA HEROICA DE ROSA LUXEMBURGO, por Nydia Lamarque. — MONZON DE MAYO. TANGO DEL VIUDO, por Pablo Neruda. — BENJAMIN JARNES Y EL MIEDO, por Juan Chabas. — DON SEGUNDO SOMBRA Y EL PERU, por Emilio Romero. — LA REVOLUCION MEXICANA, ¿REVOLUCION SOCIALISTA?, por Esteban Pavletich. — DIFICIL TRABAJO, por Xavier Abril. — EL AMAUTA ATUSPARRIA, por Ernesto Reyna. — LOS POEMAS RURALES, por Nicanor A. de la Fuente. — EL GAVIOTA, por José Díez Canseco. — LA BALADA DE LA NOCHE, por Lorenzo Montes. — LOS QUE TENIAMOS DOCE AÑOS, por Ernesto Glaeser. — CIELO Y NACAR DE CARNE, por Ricardo Peña Barrenechea. — LA PROCESION, por Guillermo Mercado.

ARTE PERUANO. — Maderas, óleos, etc., por Camilo Blas, Artemio Ocaña y Carmen Saco.

PANORAMA MOVIL. — CRONICAS: En el atelier del pintor revolucionario Fernando Leal, por Tristán Marof. — El desfile de banderas, por C. Alberto Espinosa Bravo. — MOVIMIENTO SINDICAL: Contra la desocupación: Manifiesto de la Confederación Sindical Latino Americana. — DOCUMENTOS: A los obreros y campesinos de Paraguay y Bolivia. — CARTEL: La Reacción en México. — MARGINALIA: Nuevos aportes científicos al monismo neutro, por Hugo Pesce. — MEMORANDUM: Sobre un tópico superado. — DISCOS: Revista de novedades ortofónicas. — NECROLOGIA: El doctor Hermilio Valdizán.

LIBROS Y REVISTAS: Notas críticas por Luis F. Bustamante, J. D. C., M. W. y X. A.

OFICINA DEL LIBRO

La vinculación de esta oficina con las principales editoriales del mundo permite poner a disposición de los lectores las últimas y más avanzadas producciones bibliográficas con una celeridad que no admite competencia de librerías por el rápido agotamiento de las ediciones, al mismo tiempo que a los más bajos precios de plaza. Las condiciones sumamente favorables son determinadas por las relaciones directas con los editores y por la considerable difusión realizada.

Todos los simpatizantes de "AMAUTA" y sus fines deben adquirir las principales obras teóricas del marxismo que, vertidas por primera vez al castellano y autorizadamente, ya están a disposición de la Oficina del Libro.

Los pedidos a "Oficina del Libro". — Apartado 2107, añadiendo el 10% sobre el importe para los gastos de embalaje y correo certificado.



LINEA. FORMA. CREACIONISMO, por José M. Eguren.



A línea es emoción y belleza. Simple y paradójal, une y separa; es limitación e infinitud. Alegre cuando asciende, sufre cuando se curva e inclina. La línea es la forma, que contiene el espíritu; la prisión extraña que Plotino miraría con espanto. La recta es una liberación, una senda al infinito. Siempre ignoraremos su punto de llegada y el significado de la forma en que se resuelve. La forma filosófica, la mística; siempre igual misterio. Emerson decía que las figuras de los árboles y de los montes siempre fijas, como una afirmación, podrían ser signos ocultos, palabras inolvidables para nuestra mirada terrena. Lo más misterioso de la línea lo llevamos en el dibujo de nuestros ojos, primer valor de la forma, tan expresivo y admirable que podría significar el término del creacionismo de todos los tiempos. Un dibujante posee todas las líneas, puede inventar toda suerte de belleza expresiva, dinámica; pero nunca ha logrado representar un valor paralelo a ese sueño ideal que nos muestran los ojos con tres líneas una oval y dos circunferenciales. Este problema pertenece a un plano superior a nuestro conocimiento. Parece irracional que poseyendo todas las líneas no pudiésemos trazar un esbozo igual. El hombre crea paralelamente a la Naturaleza y algunas veces se evade de imitativa. No hay símil en el Partenón, hay coincidencia en la nave por su arboladura y en el avión por su figura libelular. El creacionismo trata de deslindar en el hombre y la Naturaleza el arte que les corresponde; aunque el primero siendo parte de ella no pueda liberarse en la mayoría de sus obras. Lo relativo se adapta a la lógica de nuestra existencia; pero la aspiración del artista es absoluta: Correr el paisaje hasta el abismo. Las modernas tendencias surrealistas son ramas de este elan creacionista. La línea musical perfectamente distinta en la ondulación de una berceuse o en la repetición de un andante es forma perceptible, como la cinta trémula de una escala y el canto mímico del mudo. Nada más gráfico que una fuga armónica; Bach traza múltiples figuras gesticulares. Wagner es el parnasiano de la música. Los actuales compositores siguen a estos con su decorativa inarmónica como la vida, en ocultismos sabios y sentimientos nuevos, productos de la época; tratan de superar o nivelarse con los primeros. La música es idioma que el hombre posee marginalmente, sin comprenderlo en su totalidad, como las aves imitadoras respecto a las palabras. La música en primer lugar es humana. La Naturaleza la ofrece elemental y fragmentaria, a veces integral como los bajos de

las olas que acompañan los cantos del playero. El sonido es una forma como lo es el color. El paisaje es un compuesto de silencio y de luz; es un misterio extensivo, un espíritu monótono que se aduerme en la fuente con el rumor del agua y respira en las grutas su aliento de frescura. Hay paisajes femeninos donde duermen las gacelas y paisajes sabios que nos cuentan las leyendas de los ceibos historiados. Todo ceibo guarda un cuento de amor. Los árboles del trópico son más tiernos y pintureros que los de Europa. Estos son guerreros o rituales. Los viejos blancos alpinos, el árbol lobo y las encinas de los caballeros. El árbol es el pensamiento del paisaje, la lontananza es el espíritu. Un soplo panorámico, domina al hombre; cae sobre su quietismo, lo atrae a nuevos senderos. La montaña ha creado al nómada. Ese telón tendido, esos campos ocultos, la alegría de lo lejano atrajo las primeras tribus. El campo incita al movimiento, a conocer el mundo, a instruírse primariamente en la biblioteca del bosque, a penetrar en la casa terrestre donde transcurrirá la vida. El hombre es una ave migratoria; hoy con las alas que él mismo se ha aplicado, se perfecciona e integra. Anidará según las estaciones en variados climas y hará obra de belleza con los recuerdos primorosos de su tránsito. También es una ascensión mística el paisaje de la noche estrellada, de las constelaciones; campos cavilosos que cintilan, párpados que se cierran. Aquí surge la aplicación del número; otro misterio y el primer axioma. El paisaje geométrico de la peñolería y de las nieves, el de Uccello, se ve en el abismo plúmbeo y en las alturas astrales. El número, aunque de naturaleza informe, es la síntesis de la línea. Es un infinito de limitaciones. Los egipcios, los hebreos lo consagraron. El número es un misterio necesario carente de simpatía. Pero hay una belleza griega en la geometría del cielo. Es una escala de la mente para alcanzar los espacios nocturnos y las influencias mágicas que actúan sobre el mundo y sobre las almas.

El número es una sentencia; pero las luces geométricas, esferales son grandiosas por la soledad que culminan. Es la ley del contraste, como el azul que vuelve rosa al blanco triste. El cubismo es el álgebra de la mayoría de las formas y puede ser él mismo un cuerpo emotivo o fantástico, en alguna *chef-d'oeuvre*. El paisaje creacionista es un arcano. ¿Será un ordenador desconocido, un artista lento y taciturno? ¿Se creará a sí mismo al renovarse o renacer. ¿Su evolución proviene de un misticismo latente o de un determinismo armónico? Desde luego existe una ley, un viento que inclina los árboles en un sentido, una luz que los relleva y decora. Los colores y sus analogías se atraen; las mariposas rojas gravitan sobre las flores encendidas; las aves hoscas, desgarradas frecuentan los árboles agrestes. Las plantas muestran una volición al tender sus frondales y sus cimeras gráciles. Hay flores insidiosas que se alimentan de insectos bobos, que cazan cerrando súbitamente sus corolas ágiles. Sería prolijo trazar la sinopsis de estas voluntades y armonías. De la emoción libre, individual se deduce la colectiva. Hay murmurios y símbolos en la Naturaleza que nos darían la clave: La dulce melopeya en el certamen de los ruisseños, la danza monótona de las zorras en el plenilunio, las palabras silentes y el rítor-nelo de las grutas melodiosas. Una creación incesante nos rodea; las líneas y las formas se suceden, arquetipos y moldes se entrecruzan. Siempre el misterio, en el átomo, en el cosmos. Resbalamos en una lámina de acero sin alcanzar un nuevo plano espiritual. Nada sabemos de la

belleza inmanente y apenas entendemos la sucesión de fenómenos. Sentimos y esto es todo. La belleza estática sería primordial si contuviera en sí los atributos que exterioriza el movimiento. ¡Qué hermosa y divina sería la faz humana si en un segundo expresara todas las alegrías y las tristezas, los deseos pasionales, las causas adivinatorias! En su contemplación sentiríamos el entero amor, la esperanza consoladora. Sería la celeste luz que ahuyenta la tiniebla extraña; un constante amanecer como una nueva verdad. Estaría siempre encendida, como la lámpara de Dios. Pero la belleza inmóvil sólo dura un momento con su prístino fulgor, un parpadeo. En primer lugar nos emociona; luego nos incita al estudio, que es un dolor. El éxtasis se apaga como la luz de una luciérnaga, como un fuego verde. La estética se funda en el movimiento. Cuando el movimiento es subjetivo, propio del observador, podría ser una negación y de ninguna manera una prueba. La belleza tiene que consonar con las palpitaciones de la vida; porque es lo superior que hay en ésta y el primer motivo de amor, desde la nursery de nuestros sueños. La belleza es tenue, impalpable, la azul neblina que tamiza los molinos de viento y los castillos almenados, las mansiones errantes. Las más vivas sensaciones se reciben en un movimiento rápido, en un vértigo. Quedan como un recuerdo viviente, como un negativo hasta el instante imprevisto de la exteriorización. He visto pasar velozmente bellezas inexpressables, que una vez quietas y fijas han perdido su encantadora celestía. La movilidad es eterna como el tiempo; lo extático es una especie de muerte. La línea en fuga es un constante milagro. Los ojos azules cuando se pierden en un vuelo adquieren un color innominado. La inquietud de la forma es el mayor avance en nuestro concepto de lo hermoso; lo hermoso llega a lo sublime en el rasgo infinito de la idea. Una expresión de soñada dulzura es un reflejo del plano superior de los principios. El sueño suprime la distancia, es la mayor celeridad. La vigilia distrae el pensamiento como los cúmulos que empañan la aurora o los vientos que esmerilan el mar. En el sueño se ven las formas sin línea, los colores sin color. Las bellezas que pasan velozmente ante nuestra mirada, semejan figuras mágicas, videntes como el sueño. Un gran artista sabe dar movimiento físico a sus pinturas. Las virgenes prerrafaelistas bajan suavemente sus miradas azules; pero esta acción simuladora tiene un término más o menos distante. La forma que permanece en el recuerdo puede ser indeleble en una sucesión de renovaciones, si no pierde su virtud esencial ¿Perdurará el principio de estas representaciones? Se repetirá el pasado como un perfume gráfico de una flor creadora, desconocida y eterna ¿Habrán nuevos motivos de arte que nos sorprenden intensamente como los primeros que vimos al despertar en la vida? Ciegos de la luz antigua ignoramos la trayectoria que conduce a un nuevo signo poético, a la estrella reveladora inmortal. Pero se sutilizan nuestros medios y de tarde en tarde se abre un bello pórtico. La forma es dolorosa; porque circunscribe y concreta. Una armonía de dolores es la belleza, un nuevo pórtico es un avance en el país sensible. Hoy se suceden las tendencias creatrices. La poesía de los instantes, el movimiento como la vida, como la melodía. Se afirma la expresión por semejanza, por la similitud de las artes, por la transposición de valores. Se ve venir el dibujo metafórico.

LA PACIENCIA, por Henri Barbusse.

Colaboración inédita. Texto francés enviado por el autor a Carlos Deambrosis Martins, para verterlo al castellano y publicarlo en AMAUTA.



IVIAN en mi casa, dijo Ardouin, una casa pobre, pues entonces yo no era más que un estudiante sin recursos, y aún no había emprendido esta brillante carrera que la suerte me ha proporcionado, a falta de talento. Estrechamente albergados en el piso de las criadas, en un cuarto abuhardillado y, a pesar de la edad que tenían y del tiempo inmemorial que llevaban casados, no cesaban de disputar.

No, literalmente no cesaban. En toda la casa se oían sus gritos. Por la mañana y por la noche, se veía a aquellos dos seres arrugados, con los trajes raídos, las cabezas peladas y los ojos furibundos, bajar por la escalera como si fueran persiguiéndose y siempre precedidos por sus destempladas voces.

¿El motivo de este continuo disentiimiento? Habría que ser sordo para ignorarlo, no tan sólo en la vivienda, sino en todo el barrio. La mujer reprochaba al esposo la pobreza en que la había sumido por su ineptitud, su pereza, su vagancia y, sin duda, sus vicios ocultos.

Yo tenía alguna amistad con ellos, y me recibían en su casucha triste y borrascosa que sólo iluminaba de tarde en tarde, la sonrisa de una linda sobrina de diez años llamada Teresina.

Cuando Teresina estaba ausente, cuando en las dos piezas no había más que dos desvencijados muebles, los pisos húmedos, las ventanas grises por las que soplaban un viento glacial, y aquellos dos pobres espectros siempre regañando, ¡la verdad! no resultaba nada alegre. Pero yo estaba entonces en la edad en que se tiene el corazón muy sensible, y era tan triste, tan sumamente lastimoso el ver a aquel antiguo matrimonio detestarse hasta tal extremo, que yo los trataba con timidez.

Ella sobre todo era la más encarnizada. ¡El que no haya oído a aquella fiera, llorando de rabia, tratar a su marido de "cobarde" y de "inútil" no ha oído nada! El se defendía jadeante. Tartamudeaba frases incoherentes como si tuviese mucho que decir y terminaba por dejar escapar de su crispada boca una especie de gruñido informe. Era una naturaleza débil.

...El me contó su lastimosa historia, un día en que ella había salido. Parece que estoy viendo al miserable septuagenario encorvado en su silla, envuelto en su bata remendada, de donde emergía su delgado cuello semejante al puño de un paraguas. Y sacudiendo su pequeño rostro surcado de arrugas, me demostró cómo aquella mujer le había amargado su existencia completamente.

Ella estaba de sirvienta en casa de un tío de él. Un rico comerciante que lo había criado y que no tenía más pariente que él. Recién salido del colegio, dirigió a la maritornes, apasionadas cartas conteniendo sus declaraciones amorosas; ella se aprovechó de aquel momento de locura para exigir después la celebración del matrimonio, mostrándose tan ferozmente implacable que aunque el tío le ofreció una

renta si desistía de su empeño, todo fué en vano. Ella no quiso oír nada — pues no decía más que amaba al muchacho (se sabía muy bien, aunque sin tener pruebas absolutas, que la criada había tenido antes, otras aventuras amorosas, que las tenía entonces y que las tuvo después); pero lo que ella quería era apoderarse de toda la fortuna.

Se cedió por miedo al escándalo. El tío tenía horror al ruido, y el sobrino, ya en aquella época, era bastante tímido.

Pero contra todas las previsiones del marimacho, el tío desheredó al sobrino. Entonces empezó para los cónyuges una vida de privaciones y de desdichas: el esposo, a pesar suyo, no había podido conseguir más que empleos irrisorios. Nada le salía bien. Estaba casi en la miseria... Y así, fuertemente unidos, ambos arrastraban aquí abajo, su pesada cadena: él, que había nacido para no hacer nada; ella, que no se consolaba de ver desvanecerse sus sueños de opulencia.

El había intentado una vez huír del lado de ella, y hasta en un rasgo de audacia, impulsado por sus amigos, trató de divorciarse.

Vanos esfuerzos. Ella le tenía férreamente agarrado. ¡Por venganza! Vencido, volvió atado de pies y manos, a la cárcel conyugal. Y así pasaron treinta y ocho años languideciendo ella junto a su burro de carga.

...En lo sucesivo, yo veía de vez en cuando a aquellos dos infelices, a fin de ver también, lo confieso, a la joven Teresina. Y como consecuencia de esto, cuando Teresina tuvo diecinueve años, nos dimos cuenta de que nos amábamos.

...Pide mi mano a mi tío, murmuró Teresina, aquel día memorable en que cambiamos las confidencias más importantes y más sublimes...

...Seguían viviendo en la misma casa, en el mismo miserable albergue. La decrepitud había hecho tales estragos que parecían dos momias.

La mujer no podía ya salir, pues se hallaba imposibilitada a causa de la parálisis de sus piernas. La entreví a través de una puerta entornada; su mirada a la vez desesperada y rencorosa brillaba en un rincón de la habitación. El, en el otro cuarto, movía la cabeza sin cesar como un muñeco, y tiritaba delante de una chimenea sin lumbre.

Yo le expuse mi sentimental demanda.

—¡Hágase vuestra voluntad!, exclamó con voz temblorosa. ¿Pero no le asusta a usted ese matrimonio sin fortuna?

—¡No!, contesté con gran firmeza.

El, entonces, miró a derecha e izquierda, y viendo que estábamos solos, me guiñó el ojo y se inclinó hacia mí.

—Escuche usted, me dijo en voz baja. Teresina será rica, porque yo le legaré mi fortuna.

Yo me sonreí cortemente, ante aquella dulce ironía, muy respetable en boca de aquel anciano.

Levantó su mano que temblequeaba y añadió con solemnidad, y siempre en voz queda:

—Sí, yo soy rico. Lo he sido siempre. Pero lo he ocultado, lo he ocultado por todos los medios, porque la detesto y no he querido que ella se aprovechase de mi dinero. He preferido privarme yo de él durante toda mi vida. Sí, lo he preferido.

Echó hacia atrás su cabeza cubierta de escasos cabellos blancos, movió sus apagados ojos y fijó su mirada en el techo.

¿Por qué, entonces, Agustín Habaru en "Monde" declara más importante el acta bautismal del "populismo" que el manifiesto en que André Breton hace en el último número de "La Revolución Surrealiste" el balance de experiencia suprarrealista? Habaru admite que "el populismo es un pobre feto cuyo frasco ocupará en los anaqueles de la historia literaria menos sitio que la bola de vidrio suprarrealista. Dada y el suprarrealismo, prolongado en un período de derrumbamiento y de caos la literatura de análisis psicológico, han sido manifestaciones fuertemente representativas de una época. La perezosa fórmula: "pintar el pueblo" no ofrece hoy día nada de parecido". Definiendo el espíritu del "populismo", Habaru agrega: "André Therive, que ha hecho un loable esfuerzo por aproximarse al alma de los pequeños empleados, busca la vida del pueblo en la plataforma de los autobuses. Hace el efecto de un turista de la Agencia Cook en busca de las "curiosidades" de Belleville. Las altas esferas y los bajos fondos de la sociedad son asuntos devastados por el tráfico de veinte años de literatura. Se busca otra cosa en las regiones pobladas de pequeñas gentes. Otra cosa, es decir otros temas de literatura".

Frente a una tentativa, o mejor frente a una especulación, de este género, la crítica revolucionaria no puede asumir sino una actitud de inexorable repudio. Excesivo y ultraísta, el suprarrealismo es una fuerza revolucionaria que exige y merece una evaluación bien distinta. Aceptando la validez del marxismo en el plano social y político, ha hecho el más honrado esfuerzo por imponerse, contra su impulso centrífugo y anárquico, una disciplina en la lucha con el orden capitalista. El "populismo", en tanto, no es sino la más espiciosa maniobra por reconciliar las letras burguesas con una cuantiosa clientela de "pequeñas gentes", con un ingente público que les habría enagenado el empleo exclusivo de los "poncifs" de tras guerra, el apogeo indefinido de las modas post-proustianas y post-gidianas.

La demagogía es el peor enemigo de la Revolución, lo mismo en la política que en la literatura. El "populismo" es esencialmente demagógico. La novela y la crítica burguesas sienten en Francia que a las grandes masas de lectores del "demos" indiferenciado mitad conservador mitad "frondeur", no les quedarían en breve plazo más obras prestigiosas que las de Zola, si la literatura se obstinara en seguir las huellas de los maestros del psicoanálisis moroso y de la prosa preciosista. De aquí nace la decisión de fomentar la producción en gran escala de novelas que, reclamándose precisamente de Zola, abastezcan al pueblo de una literatura que se adapte a sus gustos e indague con simpatía sus sentimientos. Sería sumamente peligroso, para los intereses electorales y literarios de la burguesía francesa, que concluyesen por acaparar a este público, desalojando al mismo Zola, las novelas de la revolución rusa. Se traza el plan de una literatura "populista" exactamente como se trazaría un plan manufacturero, al abrigo de tarifas proteccionistas y atendiendo a la demanda y a las necesidades del mercado interno. El "populismo" se presenta, de este lado, en estricta correspondencia con la política de estabilización del franco. No es sino un aspecto de la reorganización de la economía francesa, dentro de los prudentes principios "poincaristas". Para la burguesía, subconscientemente o conscientemente, la novela no es sino una rama de la industria, un sector de la producción. Por cierto relajamiento de la organi-

zación industrial, se estaba produciendo casi únicamente una novela de lujo. La novela popular era abandonada a los autores revolucionarios o fabricada con viejos moldes, con gastadas matrices. Hay que prevenir la pérdida de una parte del mercado lanzando una nueva manufactura, que tenga en cuenta la evolución del gusto y las necesidades de los consumidores.

No es a causa de un honesto retorno a la objetividad y al realismo que surge el "populismo". Entenderlo así, sería caer voluntaria o distraídamente en un engaño. El "populismo" se caracteriza íntegramente como un retorno a uno de los más viejos procedimientos de la literatura burguesa. Un crítico de "Le Temps" no podría amparar otra cosa. Ninguna tolerancia, ninguna esperanza son, por ende, concebibles respecto a este movimiento.

Nos interesa la sinceridad, la desnudez de la literatura burguesa. Más aún, nos interesa su cinismo. Que nos haga conocer toda la perplejidad, todos los desfallecimientos, todos los deliquios del espíritu burgués. Social o históricamente, nos importará siempre más una página de Proust y de Gide, que todos los volúmenes de los varios Therive del "populismo" y del "Temps". Artística, estéticamente, la única posibilidad de perduración de esta literatura está en la más rigurosa—y escandalosa—sinceridad. Sobre la mesa de trabajo del crítico revolucionario, independientemente de toda consideración jerárquica, un libro de Joyce será en todo instante un documento más valioso que el de cualquier neo-Zola.

Zola, el viejo, el grande, fué como ya he escrito la sublimación de la pequeña burguesía. Pequeño burgués, pero con los más despreciables estimas de degeneración y utilitarismo, es toda especulación populista en la literatura y en la política contemporáneas.

Ernst Glaesser, que a todos los que consideramos y entendemos la época desde el mismo ángulo social, nos merece sin duda más atención que M. André Therive, nos habla del "hombre sin clase" y lo define así: "El hombre que, a causa de la guerra, ha perdido su fe en las ideas de su educación, el hombre que no cree ya en ninguna fórmula; el hombre que en vano ha combatido un día por ideales; el hombre que, por esto, no se entrega más a un programa a una teoría del universo; que se mantiene conscientemente alejado de toda interpretación de la vida. Los partidos llaman a estos hombres la gran masa de los abstencionistas; nosotros los llamamos la gran masa de los desesperados". Es este el tipo de hombre que importa hoy, pues se cuenta por millones. Es el gran enigma en el pueblo; constituye una gran capa anárquica a la que nada protege ni doctrina universal ni programa; es inestable, es la materia prima de nuestro tiempo". Cuando intenta precisar la clasificación social de esta capa, Glaesser no sabe decirnos sino que se encuentra entre el proletariado y la pequeña burguesía. Aún aceptando la existencia de una cantidad innumerable de "declassés", el estrato en que piensa Glaesser no es otro que la pequeña burguesía misma. Glaesser quiere que el arte traduzca el "hombre sin clase", pero no según el método naturalista de descripción de una variedad, de un género social, sino como introspección en lo más patético e individual de su drama de hombre sin esperanza, de alma centrífuga y sin meta. Y los libros en que piensa Glaesser a propósito de esta tarea actual del arte no son, por cierto, las mediocres especulaciones neo-

naturalistas, sino el "Ulysses" de Joyce y el "Berlín Alexanderplatz" de Doeblin. Aquí, la intención es otra. Glaesser exagera el valor cualitativo y cuantitativo del "hombre sin clase". Su esperanza—mesiánica, utopista—se alimenta de desesperanzas. Pero Glaesser, en esta empresa, toma posición neta y categórica contra el orden social reinante. Y asigna al arte la función no de mantener en la pequeña burguesía la afición a la pintura naturalista de sus costumbres, sino de excitarla deesperada al combate con el espectáculo tremendo de su soledad y de su vacío.

LA VIDA HEROICA DE ROSA LUXEMBURGO, por Nydía Lamarque.

En el Xlo. aniversario de la muerte de Rosa Luxemburgo, insertamos este ensayo de la poetisa argentina Nydia Lamarque como el homenaje de la mujer americana a la gran revolucionaria asesinada el 14 de enero de 1919.

DESDE que tomó su puesto de lucha hasta la jornada trágica de su muerte, la vida de Rosa Luxemburgo es la lección de energía más completa y más persistente que pueda concebirse. Combatió siempre, no conoció el desfallecimiento, no descansó jamás. Es el ejemplo impresionante de un destino sometido íntegramente a una idea, con un convencimiento absoluto, con una tenacidad que asombra. Siguió su camino por la línea recta de su apasionada convicción, y no se desvió de ella nunca, ni siquiera cuando los últimos días veía ya claramente al final la muerte que la esperaba. La consideró sin temblar, y fué hacia ella combatiendo, segura de cómo había vivido y cómo debía morir.

Hay en el **Prometeo encadenado** de Esquilo, un momento en que el coro de las Oceánidas rodea al Titán vencido y martirizado por Zeus en castigo de haber amado y protegido a los hombres contra los dioses. “¡Oh, amigo!”—dicen ellas—“mira cuán funesto es el resultado! ¿Qué socorro, qué protección esperas de los Efímeros? ¿No ves la imbecilidad inerte, semejante al sueño, que oprime a la ciega raza de los mortales? Nunca la voluntad de los hombres perturbará el orden señalado por Zeus”. Así habla el coro a Prometeo, el revolucionario. Pero el Titán no lo escucha. El sabe que esa derrota no es más que una etapa de su triunfo lejano e inevitable, y desde el abismo de su tortura y de su miseria, contesta con orgullo obstinado: “Nada podrá doblegarme”. Nada podrá doblegarme: palabras de Esquilo que hubieran sido la divisa y son el símbolo y el resumen más perfecto de la vida de esta mujer extraordinaria. No se doblegó cuando los gobiernos la encarcelaran viéndola en ella una enemiga peligrosa por la fuerza de su talento y la energía triunfadora de su voluntad; no se doblegó en sus lu-

chas con los propios hombres de su ideología, apartados de lo que ella pensaba la única senda posible; no se doblegó ante la amistad, cuando tuvo que elegir entre ella y la idea traicionada; no se doblegó ante el dolor, cuando vió caer bajo las balas de la guerra los afectos más caros de su alma; no se doblegó ante su propia debilidad física, cuando el espíritu, invencible, se erguía como siempre, pero el cuerpo clamaba ya por el descanso, ese descanso que bien pronto habían de darle los golpes de sus asesinos. **Nada pudo doblegarla.** Estaba sostenida por la fortaleza indestructible de la pasión abstracta en la que incesantemente ardió. La idea de la revolución social era la estrella polar siempre fija en el cielo de esta alma excesiva. Vivió para ella y murió por ella; toda su existencia está ahí, y todo cuanto a la revolución no se refiriera fué en su existencia secundario.

Para ciertos seres el límite de un destino individual resulta cárcel demasiado estrecha, y necesitan abarcar en sí mismos vidas innumerables, identificarse con el destino de un pueblo, de una clase social, de algo que supere el **yo** egoísta, aferrado a su ración de vida como el animal a su presa. Al colocar el objetivo máximo fuera de los términos de su propia vida, esas grandes almas se sitúan de inmediato por encima de todas las vicisitudes vulgares. Dotados de una voluntad poderosa, ellos arrancan de su pie el pesado grillete del propio destino, que todos arrastran, y libres, se entregan de lleno a la obra que se han impuesto. Son los únicos libres. Evadidos de la celda de sí mismos, los posee continuamente la embriaguez ardiente de la lucha, la sensación de fuerza soberana que debe experimentar aquel que se siente y se sabe dueño único de su vida. ¡Victoria suprema! El que a sí mismo se ha vencido hasta ese extremo, es ya por ello sólo, el más grande de los triunfadores. Y esta fué la victoria de Rosa Luxemburgo.

Frágil de cuerpo, como si todas sus reservas vitales hubieran estado dedicadas a nutrir su equilibrado y poderoso cerebro, los ojos resplandecientes, irradiando de sí misma un júbilo perpetuo y una seducción irresistible, así la describen los que la conocieron en su juventud, cuando la Rosa Roja se hallaba en su floración plena. Después los repetidos encarcelamientos, el exceso de trabajo, las penurias y las agitaciones, habían tornado sus cabellos totalmente blancos a los cincuenta años no cumplidos. Pero nada puede hacerla abdicar de su concepción activa y jubilosa de la vida. Atravesaba los años que debieron ser ya calmados de la madurez, con el espíritu desbordante de una juventud inmortal. En marzo de 1917, escribía a Luisa Kautsky desde la prisión donde el gobierno alemán la había arrojado casi desde el comienzo de la guerra: "La primavera, sobre todo, produce milagros en mí. Yo no sé cómo es esto: mientras más y más conscientemente vivo, experimento con más profundidad todos los años el milagro de la primavera, después el del verano, luego el del otoño. Cada día me es un milagro espléndido, y lamento solamente no tener ni tiempo ni lugar para darme toda entera a la contemplación. Mejor dicho, desde hace dos años, tengo por cierto bastante tiempo y ocasión, pero ahora no veo más que tan pocos de todos esos esplendores! Pero errar en libertad, allá abajo, por los campos, aun por las calles, detenerme en abril o mayo delante de cada jardincito, mirar con la boca abierta reverdecerse los arbustos, que tienen cada uno sus yemas torcidas a su manera, ver al abeto sembrar sus estrellitas amarillo-verdosas, y aparecer hundidos en la hierba los primeros asters, las primeras verónicas, esto me sería

hoy la dicha suprema, y yo no pediría, no querría, no extrañaría nada más, siempre que pudiera pasar así no más que una pequeña hora por día". (1) Pero inmediatamente después de este llamado ardiente al goce de vivir en su forma más simple y más humilde, su inteligencia siempre vigilante se interpone y apresuradamente agrega: "Compréndeme bien! Yo no pretendo decir que querría limitarme a esta contemplación y renunciar a la vida activa y pensante. Quiero solamente decir que **mi dicha personal** encontraría allí su parte y que entonces yo estaría armada para todos los combates y resarcida de todas las privaciones". Este equilibrio perfecto tan difícil de hallar entre la sensibilidad y la mentalidad, era en ella inalterable. En otra carta, de su juventud, decía: "Tú tienes allí el sol, la calma, la libertad —las más bellas cosas del mundo" y en seguida entre un paréntesis: "(salvo el sol, la tempestad y la libertad)". (2) En cualquier otra, esta inclinación doble, este complejo psicológico de acción y de contemplación, de éxtasis y de lucha, se hubiera resuelto, fatalmente, en angustia trágica; pero en Rosa Luxemburgo aquello era sólo una posibilidad más de ir al encuentro de la vida, bajo todas sus perspectivas, a lo largo de todos sus horizontes.

Siempre el mismo impulso impetuoso, el mismo ardor de generosidad para entregarse por completo a la realidad vivida en cada uno de los instantes; ya fuera el placer ligero de una noche de carnaval, durante la que ella y sus amigos recorrieron enmascarados las calles de Friedenau, "molestando a los burgueses dormidos"; (3) ya fueran las sesiones tumultuosas de un Congreso socialista, "entre dos batallas, donde se prueba la dicha de vivir"; (4) ya la dulzura penetrante de contemplar una flor amada que llega hasta la prisión en una carta, y cuidar amorosamente un pájaro, compañero único de celda (5) o el engolfarse en montañas de volúmenes de árida ciencia, y escribir **La acumulación del Capital** en "algunos días de dicha", (6) como ella misma lo dice con frase admirable.

Era necesario que muchas y muy graves tristezas hubieran pasado sobre aquella alma, para hacerle murmurar la frase melancólica de una de sus cartas a Sonia Liebknecht: "En su carta usted pregunta: ¿por qué todo esto? Soniuska, la vida ha sido siempre así, dolor, separación, deseo". Y aun entonces, después de este juicio con sabor de amargura, viene la rebelión a aceptarlo así, la acostumbrada máxima de afirmación a despecho de todo: "Hay que procurar encontrar en cada situación su belleza, su lado mejor. Por lo menos yo siempre lo he hecho. Y no por sabiduría elaborada, sino simplemente porque me salía de dentro". (7) Tenía razón al decir esto Rosa Luxemburgo: porque es preciso una suerte de vocación innata, para ver la vida en toda su descarnada realidad y continuar sin embargo amándola y buscando en ella el plano de belleza que nunca falta de acuerdo a la armonía de

(1)—ROSA LUXEMBURGO: *Lettres a Karl et Louise Kautsky*. París, 1925, pág. 233 y sig.

(2)—ROSA LUXEMBURGO: *Op. cit.*, pág. 149.

(3) " " " " pág. 249.

(4) " " " " pág. 80.

(5) " " " " Ver págs. 86, 214, 224 y 265.

(6) " " " " pág. 192.

(7)—ALVAREZ DEL VAYO: *La senda roja*. Madrid 1928, pág. 81.

certeza agudísima, advierte en ellos el germen del mañana aun desconocido. Así cuando conoce a Lenin, está dispuesta inmediatamente a concederle toda la importancia que ella adivina en aquel amigo taciturno y poco simpático. En 1909, escribe a este respecto a Carlos Kautsky: "Adjunto el título de un nuevo libro de Lenin; ocúpate de que el libro sea mencionado entre las obras recibidas. En lo que concierne a la crítica, no se la pidas todavía a nadie; yo podré quizás recomendarte a alguno; por lo demás, tú correrías el riesgo de molestar, sin querer, al autor. Pero menciona el libro **inmediatamente** entre las obras recibidas, y también en la bibliografía del socialismo". (10).

Desde los comienzos de su carrera política, cuando era aún una oscura estudiante de la Universidad de Zurich, ya se muestra con la misma precisión matemática para comprender la trama de los acontecimientos y abarcarlos hasta en sus más lejanas proyecciones. Porque eso fué ella ante todo: un poderoso talento político, dando frente a la vez a la teoría y a la práctica y dominándolas a ambas. Acaso ella misma no lo comprendió nunca, porque casi nunca se comprende la verdad más íntima del propio ser. Y escribía con su fantástico humor que ni la cárcel era motivo suficiente a apagar: "Es necesario siempre que tenga yo alguna cosa que se apodere de mí toda entera, por poco conveniente que esto sea para una persona seria de la cual —para su desgracia— se espera continuamente alguna cosa inteligente. Tú misma, querida, no quieres saber nada de mi "dicha en un rincón" y no haces más que reírte. Me es muy necesario, sin embargo, **alguien** que me crea, cuando yo digo que es solamente por error que giro en el torbellino de la historia mundial, pero que en realidad, yo había nacido para guardar ocas". (11) Y más tarde lo vuelve a afirmar siempre en sus cartas desde la cárcel: "Personalmente me siento muy bien. En un trozo de jardín, aquí o en el campo me encuentro más en mi medio que... en un congreso del partido. A usted se lo puede decir sin que me sospeche a punto de traicionar al socialismo. Usted sabe que a pesar de todo, moriré en mi puesto, en una contienda callejera o en presidio. Pero mi más íntimo yo, pertenece más a las hormigas que a los **compañeros**". (12) Así decía, pero se engañaba. Su vida fué lo que debió ser. Quitarle la acción, la **tempestad**, el sufrimiento excitante de la lucha, hubiera sido arrancarle su propia alma. Es sin embargo una ilusión común a todos aquellos cuya vida ha sido furiosamente arrebatada por el torbellino de los acontecimientos, para decirlo con sus mismas palabras, el figurarse que su verdadera vocación es otra distinta de aquella a que han sido llevados. También Robespierre, en plena tormenta revolucionaria, soñaba con un retiro campestre, con días pasados en la quietud, rodeado de la placidez de los afectos domésticos. Vanos espejismos que no alcanzan a prevalecer sobre el verdadero impulso que los conduce, fatalmente, al encuentro de su misión.

Y al lado de esos fantaseos sin trascendencia, que testimonian sin embargo una rara exquisitez de alma, están sus juicios de la misma época, sobre la revolución rusa, en los que toda su perspicacia política se muestra nuevamente: "¿Te alegras de los rusos? Bien entendido, ellos no podrán sostenerse en ese sábado infernal —no a causa de la

(10)—ROSA LUXEMBURGO: Op. cit., pág. 173 y sig.

(11)—ROSA LUXEMBURGO: Op. cit., pág. 197.

(12)—ALVAREZ DEL VAYO: Op. cit. pág. 83.

estadística que acusa un desenvolvimiento económico retardado en Rusia, como lo ha calculado tu discreto esposo— sino porque la social-democracia de este Occidente, superiormente desenvuelto, está compuesta de abyectos cobardes que, como apacibles espectadores, dejarán a los rusos perder toda su sangre". Y a continuación afirma de la revolución rusa que "es un acto de una envergadura histórica mundial, cuyas huellas quedarán marcadas a través de los siglos. Yo espero, por cierto, grandes cosas para el curso de los próximos años; solamente me gustaría admirar la historia del mundo de otro modo que a través de las rejas". (13) Por ahora no hay más que el sarcasmo, lleno de amargura, de hallarse en el fondo de una celda mientras el mundo se conmueve con acontecimientos que abren un nuevo período en la historia. Pero en la carta siguiente la nota se acentúa, se agrava: "¡Ah, sí, los bolchevikis!... Pero, en fin de cuentas, la culpa no es de ellos... **Otros** son los responsables de que el diablo se lleve el provecho de la revolución rusa... Las cosas son grandiosas en conjunto y tendrán todavía consecuencias incalculables. Si yo pudiera al menos... si pudiera moverme! Pero gemir no es absolutamente mi vocación; estoy esperando los acontecimientos, y confío mucho en poder todavía vivir alguna cosa". (14) Es el grito de la fuerza condenada a la inmovilidad, esterilizada, aherrojada, ansiosa por desenvolver su potencia y que tiene que arrastrarse sin embargo entre las cuatro paredes de un calabozo. Pero su naturaleza es demasiado fuerte para consumirse en lamentaciones vanas; y entonces mata su tiempo en la prisión sumiéndose "hasta las orejas" en la geología, que le procura "muchísimo contento". (15) Y estos estudios, emprendidos tan forzoda y tardíamente, le arrancan la reflexión que sigue: "Me sobrecojo de espanto, cuando pienso lo poco que me queda por vivir y lo muchísimo que habría todavía para aprender". Es la tristeza irremediable de todas las mentes ávidas, capaces de experimentar la clara voluptuosidad intelectual del conocimiento, ante la *terra incógnita* que ya no podrán nunca explorar, porque el tiempo vuela y la vida se acaba y de toda la vastedad del universo sólo se ha sonseguido descifrar una pequenísima palabra. ¿Pero era realmente ella una intelectual? No lo era, porque el ser un intelectual es ya por eso solo ser un deformado, que vé todas las cosas a través del prisma rígido de una cerebración abstracta, y Rosa Luxemburgo fué una mujer en la que todas las facultades humanas se hallaban parejamente desarrolladas. Consagrada como estuvo toda su vida a la lucha política y al apasionado servicio de la justicia social, tiene sin embargo este criterio noblemente independiente para juzgar en el terreno literario: "Me ha gustado menos que el **Hombre Rico**, y claro que en ello no tiene nada que ver la tendencia. Cuando leo una novela, sólo me interesa su valor artístico". (16) Siempre se la encuentra en la ruta verdadera; aquella sensibilidad y aquella mente no se extraviaban.

Polemizaba con Bernstein sobre doctrina y táctica socialistas; pronunciaba discursos de fuego ante miles de oyentes; zahería con sarcasmos crueles y sabios a los enemigos; estudiaba con la pasión habitual

(13)—R. L.: Op. cit., pág. 244.

(14) „ „ „ „ pág. 255.

(15) „ „ „ „ Ver pág. 243 y sig.

(16)—ALVAREZ DEL VAYO: Op. cit., pág. 82.

en ella a Sófocles y a Calderón, la botánica y la ornitología; y luego convenía a un obrero con las palabras de fácil comprensión necesarias para el caso, y jugaba locamente, entre risas y carreras de criatura, con los niños, que la adoraban. En ella se cumplía realmente la difícil exhortación del Evangelio: "Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas".

Así, ardiendo siempre con clara y alta llama de inteligencia y de pasión, atravesó como una antorcha los largos años anteriores a la guerra, alzándose más viva tras la reja de las cárceles imperiales o zaristas, para que aun allí pudieran distinguirla los millares de ojos ansiosos que en ella cifraban su esperanza; después los cuatro años trágicos; luego las persecuciones de la República; más tarde los días decisivos de enero de 1919, en que su lumbre se hizo rojizo y amenazante resplandor de purificador incendio; hasta que finalmente manos enemigas tomaron la antorcha ya semiconsumida y la hundieron entre el polvo para apagar su llama.

(Concluirá en el próximo número)

M o n z o n d e M a y o

EL viento de la estación, el viento verde,
cargado de espacio y agua, entendido en desdichas,
arrolla su bandera de lúgubre cuero,
y de una desvanecida sustancia, como dinero de limosna
así, plateado, frío, se ha cobijado un día,
frágil como la espada de cristal de un gigante,
entre tantas fuerzas que amparan su suspiro que teme,
su lágrima al caer, su arena inútil,
rodeado de poderes que cruzan y crujen,
como un hombre desnudo en una batalla,
levantando su ramo blanco, su certidumbre incierta,
su gota de sal trémula entre lo invadido.

¿Qué reposo emprender, qué pobre esperanza amar,
con tan débil llama y tan fugitivo fuego?
¿Contra qué levantar el hacha hambrienta?
¿De qué materia desposeer, huir de qué rayo?
Su luz apenas hecha de longitud y temblor
arrastra como cola de traje de novia triste
aderezada de sueño mortal y palidez;
porque todo aquello que la sombra tocó y ambicionó el desorden,
gravia, líquido, suspendido, desprovisto de paz,
indefenso entre espacios, vencido de muerte.

Ay, y es el destino de un día que fué esperado,
hacia el que corrían cartas, embarcaciones, negocios,
morir, sedentario y húmedo, sin su propio cielo.
¿Dónde está su toldo de olor, su profundo follaje,
su rápido celaje de brasa, su respiración viva?
Inmóvil, vestido de un fulgor moribundo y una escama opaca,
verá partir la lluvia sus mitades vacías,
porque el viento nutrido de aguas, el largo viento llega.

T a n g o d e l V i u d o



H Maligna, ya habrás hallado la carta, ya habrás llorado
(de furia,
y habrás insultado el recuerdo de mi madre
llamándola perra podrida y madre de perros;
ya habrás bebido sola, solitaria, el te del atardecer
mirando mis viejos zapatos vacíos para siempre,
y ya no podrás recordar mis enfermedades, mis sueños nocturnos, mis
comidas,

sin maldecirme en voz alta como si estuviera allí aún
quejándome del Trópico, de los coolíes coringhis,
de las venenosas fiebres que me hicieron tanto daño
y de los espantosos ingleses que odio todavía.

Maligna, la verdad, ¡qué noche tan grande, qué tierra tan sola!
He llegado otra vez a los dormitorios solitarios,
a almorzar en los restaurantes comida fría, y otra vez
tiro al suelo los pantalones y las camisas,
no hay perchas en mi habitación, ni retratos de nadie en las paredes.
Cuánta sombra de la que hay en mi alma daría por recobrarte,
y qué amenazadores me parecen los nombres de los meses,
y la palabra invierno qué sonido de tambor lúgubre tiene.

Enterrado junto al cocotero hallarás más tarde
el cuchillo que escondí allí por temor de que me mataras,
y ahora repentinamente quisiera oler su acero de cocina
acostumbrado al peso de tu mano y al brillo de tu pie;
bajo la humedad de la tierra, entre las sordas raíces,
de los lenguajes humanos el pobre sólo sabría tu nombre
y la espesa tierra no comprende tu nombre
hecho de impenetrables sustancias divinas.

Así como me aflige pensar en el claro día de tus piernas
recostadas como detenidas y duras aguas solares,
y la golondrina que durmiendo y volando vive en tus ojos,
y el perro de furia que asilas en el corazón,
así también veo las muertes que están entre nosotros desde ahora,
y respiro en el aire la ceniza y lo destruido,
el largo, solitario espacio que me rodea para siempre.

Daría este viento del mar gigante por tu brusca respiración
oída en largas noches sin mezcla de olvido,
uniéndose a la atmósfera como el látigo a la piel del caballo.
Y por oírte orinar, en la oscuridad, en el fondo de la casa,
como vertiendo una miel delgada, trémula, argentina, obstinada,
cuántas veces entregaría este coro de sombras que poseo,
y la paloma de sangre que está solitaria en mi frente
llamando cosas desaparecidas, seres desaparecidos,
sustancias extrañamente inseparables y perdidas.

Pablo NERUDA.

ARTE PERUANO



"LA TRILLA", óleo por Camilo Blas. (Cajamarca 1929).



Madera por Camilo Blas.

BENJAMIN JARNES Y EL MIEDO, por Juan Chabas.

BENJAMIN Jarnés es un escritor joven. Por su estilo, por su orientación, por sus gustos, mucho más joven que por su edad. Los amigos de la "Revista de Occidente", de Madrid están acostumbrados a ver en el salón donde se celebra la tertulia de esta Revista a un hombre sencillo, vestido de negro, alto; grueso, pero no gordo. Pasa este hombre de los cuarenta años; pero en sus ojos, vivaces a través de unos lentes de mariposa, se adivina mayor juventud. La frente es alta, tersa y despejada. Las mejillas tienen suaves y gordezuelos mofletes de infante. A un lado y otro de la cabeza, le caen blandamente unos bandós de pelo flácido, dócil. Sus gestos, sus palabras, sus silencios, tienen siempre lentitud amable, ternura pacata y discreción llena de beatitud de prelado. Si este joven enlutado fuera sacerdote —como lo parece— prediciríais fácilmente que llegaría a obispo de una vieja ciudad española: Toledo, Salamanca o Zaragoza.

Tal Benjamín Jarnés, tejedor de una prosa sabia, muy pulida muy linda; bellas las metáforas, bellas las palabras, armonioso y dulce el ritmo de las frases. Tan dulces a veces, que leyendo la prosa de Jarnés tenéis frecuentemente la sensación de que un caramelo de frutas sazonadas se os deslíe en la boca lentamente.

Y este escritor tan pulcro, tan cuidadoso de su dicción, es, al mismo tiempo, un escritor fecundo. En la "Revista de Occidente", en "Síntesis", en "Criterio", en "Diario de la Marina", en "La Nación" de Buenos Aires, aparecen con frecuencia artículos suyos. Y aún le queda tiempo, luego de satisfacer tan amplias colaboraciones, para escribir sus libros.

El último, luego de la ochocentista biografía de "Sor Patrocinio", que ha publicado en Calpe, es una novela, "Paula y Paulita" de la que conocíamos ya algunas fragmentos publicados en diversas revistas juveniles y en la misma madrileña y europea **Revista de Occidente**, editora, con esmero, del libro.

Muchas veces se ha insistido en las dificultades que existen hoy para escribir una buena novela. Al mismo tiempo que este género parece agotado, ofrece múltiples posibilidades de renovación que se entrevén en un porvenir no muy bien determinado. Esta renovación no empiece para que constantemente, quien lee una novela, haya de sentir que le cuentan algo acontecido en verdad. Por su parte, quien la escribe aún ha de experimentar más vivamente esa sensación, aunque sepa que nada de lo que él relata sucedió, o tenga conciencia de que sucedió de modo diverso al que él lo relata.

Porque la imaginación es una verdadera aventura. Una aventura que conviene no anotar demasiado de prisa porque se corre el riesgo de ensombrecerla. La imaginación debe ser fluída como la vida misma. Hay que creer en la realidad de la imaginación; pero esa realidad se hace clara en el recuerdo. Y con la memoria surgen entonces,

como del fondo de nuestro ser, un sonido, un acento, un residuo de algo que no es puro sentimiento, que no es puro pensamiento tampoco, sino bizarría y nostalgia, o dolor. Y todo ello, sincera y poéticamente anatomizado, analizado, o descompuesto y compuesto de nuevo, es decir, sentido e inventado. Labor fluída, pero lenta.

De esta manera, y conservando aquel *mínimum* de anécdota que Ortega y Gasset exigía hablando de la obra de Proust, ha corapuesto su novela Benjamín Jarnés. Hasta ahora este libro es lo mejor que él ha escrito y de lo mejor que han escrito los jóvenes de nuestro tiempo.

Por el tono y por la manera recuerda su "profesor inútil" y está más cerca de la virtud de esta narración que de su convidado de papel. Los personajes tienen todos aquella misma bondad suave y algo ingénua, de colegiales claustrados, que se hacía ternura poemática en la discípula y el profesor de la citada narración.

Tiene también una sensualidad húmeda y dulce, de zumo frutal, sazonado como aquellos melocotones y aquellas peras que con tan deliciosa y acariciada prosa pinta Jarnés en el tabaque que hay sobre el operador de uno de sus personajes.

Solo le pediríamos a esta novela, de cuando en cuando, mayor dureza y más brío. Brío y dureza del estilo y del contenido humano. Le pediríamos que el caramelo de la prosa jarnesiana—y parnasiana—se tornara alguna vez áspero y ácido limón o dura y apretada almendra amarga. Y que los personajes fueran más de hueso y carne humanos.

Y ahora que hemos hablado de la novela, refirámonos a su prólogo. Tiene este prefacio un entusiasmo clamoroso de manifiesto literario. Jarnés pone su grito de audacia en el actual aire de nuestras letras. A él le parece ese aire tan depurado y frío que se le torna irrespirable. Todas esas virtudes innegables a nuestros jóvenes escritores: probidad, buen gusto, trabajo, paciencia, pulcritud, se veridad, a Jarnés le inspiran un recelo sospechoso. En el fondo, las cree timidez, miedo más bien. Para Jarnés, el arte nuevo es un muro en blanco: y el artista, a quien el miedo cohibe é inhibe, se retrae y falto de audacia, no se atreve a escribir o a pintar sobre el muro cándido. "Es esta una época—nos dice—que nada tiene de heroica, a menos que podamos llamar heroico, un exceso de cautela. El artista no tiene con que cubrir su desnudez, arrojado del fértil paraíso de la exhuberante fantasía, del capricho desmelenado. Se siente que esa fachada, que esa tela, que esa página rechazarían el menos sospechoso relieve, aun el más sobrio. Y todo por miedo". Y es de ver, sobre todo, como creyendo a los poetas más miedosos que a los otros artistas, arremete contra ellos: "Abro un libro de versos—nos confiesa—líneas ágiles delgadas, chorros líricos, soterrado patetismo, emociones estranguladas por el implacable laso irónico, diseño de sonrisas. Y detrás, amenazadora, ceñida, la palmeta del dómine, el enorme aparato tradicional que amenaza caer sobre la desnuda construcción". He aquí un fervoroso grito de protesta y combate, un cornetín que convoca casi estridentemente, si su voz no fuese un poco azucarada, a la rebeldía, al asalto impetuoso de la energía audáz.

¿Pero ese miedo contra el cual Jarnés arma su prosa, existe realmente? ¿Es cierto su juicio sintético de nuestra poesía contemporánea?

Creo que se equivoca el joven maestro de la prosa linda. Lo que él considera miedo, es—si se analiza hondamente nuestra produc-

ción contemporánea puede advertirse—perplejidad. Y no perplejidad nacida de falta de valor, sino de conciencia clara del momento literario actual. En un Salinas, un Jorge Guillén, un Alberti, un García Lorca, un Gerardo Diego, esa perplejidad (llena de audacia para quien considere que ellos han renovado completamente la lírica española, haciéndola avanzar más allá de lo que la llevaron A. Machado y J. R. Jiménez), no ha sido más que sentido histórico de nuestra literatura y afán de comprensión futura de nuestro arte. ¿Cómo negar audacia, valentía literaria y humana a libros como "Seguro Azar", "Cántico", "Sobre los ángeles", para no citar más que los recientes?

Y no se diga que eran audacias superficiales, que solo se atrevían a escorzar el dibujo de unos arabescos líricos. Esos poetas han buscado una voz nueva al corazón humano y es bien cierto que muchas veces la encontraron. Jarnés desea que el arte nuevo realice otra vez la conjunción del mundo y del espíritu. Pues bien: lea las poesías de esos jóvenes, a quienes él acusa de cobardía, sin que a su oído extrañe el preciso rigor bien hallado de una forma justa, conseguida a fuerza de sabiduría, y verá como esa conjunción se ha soldado intensamente con nuevos versos. No le parecerá entonces desnuda construcción una poesía que dará a nuestra época la plenitud lírica del XVII. Y si después de estudiosa lectura no lo juzgara así su desdén por la estrofa, su menosprecio y burla de la perfección difícil y conseguida de la técnica poética no sería prueba contraria a la audacia y al valor—y al valor—de nuestros líricos, quienes a tan poco pueden ya atreverse por haberse atrevido mucho con fortuna. ¡Costoso trabajo han dejado a los poetas venideros!

Y vengamos ahora a todo aquello del "fértil paraíso de la exuberante fantasía" y del "capricho desmelenado". Bien demuestra aquí Jarnés que con inquietud y atrevimiento por él negados está buscando caminos nuevos. Solo que luego de haber caído con fe demasiado dócil en congregante de aquella pasajera cofradía de la deshumanización del arte, ahora se nos aparece, heroicamente entusiasta, deslumbrado por un turbulento neo-romanticismo que hace ya 5 años vocearon unos cuantos escritores franceses jóvenes—no muy afines, precisamente, al temperamento del nuestro,—reaccionando contra un idealismo intelectualista anterior, que aún sobrevive. Más acertadamente que de caprichos desmelenados y de fantasía exuberante habla también Jarnés de espíritus sinceros cuya vitalidad es una continua creación. Este vitalismo, como aquella exuberancia, son de la misma escuela, renovada, que teorizó sobre la deshumanización y a la que Jarnés presta alucinada fé, más que de aprendizaje de filosofía, de verdadero devoto del artificio estilístico y de la postura intelectual.

En suma, yo creo que el joven novelista Jarnés ha topado con cierto carácter común a casi todas las literaturas juveniles de hoy y en general a todas las de momentos literarios muy granados contemporáneos de instantes de vida muy plena y agitada—ejemplo el seiscientos en Europa—y no ha sabido calificarlo ni interpretar. Le ha parecido cobardía lo que más bien era intelectualización, esteticismo del arte.

No se necesitaría tanta decisión, ni tanta energía, ni tanto romántico grito de exaltación del capricho y de la fantasía "desmelenados". Sería tal vez necesario, con Pascal, recordar que el corazón tiene razones que la razón no comprende. No se necesita mucha valentía para ese re-

cuerto. Basta con volver a escuchar, con oído de poeta, naturalmente (o divinamente) el corazón nuestro y el de todos. Y como quería en sus buenos tiempos "Xenius", sin olvidar tampoco que a su vez la razón tiene razones que el corazón no comprende.

DON SEGUNDO SOMBRA Y EL PERU, por Emílio Romero.



ON Segundo Sombra armó caballero a Félix Castro, dándole un rebencazo en el lomo y diciéndole:

—Hacete duro muchacho!

Algunos siglos antes un anónimo ventero con un espaldarazo hizo caballero andante a don Alfonso Quijano, quien se llamó desde ese instante Don Quijote de la Mancha.

El Caballero de la Triste Figura fué ante todo un hombre libre y en la posesión completa de la libertad reside su mayor gloria. Libertó galeotes, burló leyes del Estado sin tener en cuenta otras que las de la andantesca caballería.

"Don Segundo Sombra" es admirable también por su libertad salvaje. No lo encadena ni el amor, única esclavitud tolerable. Hombre fuerte este gauchito bueno, representa al tipo fenecido de la pampa argentina, que dominó a los hombres, conquistó el paisaje y sentó las bases de la grandeza argentina que más tarde iba ser para otros. Para los ingleses que buscan reses para los frigoríficos, para los italianos cerealistas, para los alemanes hacedores de embutidos. Don Segundo Sombra y sus gauchos tenían en cada pago y en cada estancia una venta. Domaban en ella las caballerías bravías, arreaban masas inmensas de reses. No tenían molinos de viento, ni encantadores, ni cursis duquesas o dueñas. Tenían que hacerse duros al sol y al rebenque. Endurecer la piel para los cuernos de los bueyes y el pellejo para los puntazos de los puñales. Ni siquiera guardaban mucho tiempo el recuerdo de alguna moza digna de amar, para estar siempre libres y solos.

Paro hay en esta hermosa novela argentina de Ricardo Güiraldes algo que nos interesa singularmente y es comparar el esfuerzo del campesino bravo por dominar al ambiente en el paisaje argentino y en el paisaje del Perú.

El relato de las aventuras de don Segundo Sombra empieza en la salida que hicieron los reseros gauchos, arreando ganados por la pampa. En aquella campaña se pone a prueba el valor, la inteligencia y la fuerza del hombre. El que triunfa de esa gran prueba se hace gaucho, es decir se hace hombre, respetado y admirado por todos los de los pagos. Aquellos hombres, además de su resistencia a las inclemencias de la pampa, al sol que hincha sus espaldas y agrieta los rostros, mientras las riendas hacen huellas sangrientas en las manos; tienen que cumplir su carrera, aprendiendo una serie de menudos oficios, para llegar a ser baquianos.

"Antes de andar haciéndome el "taita", dice Güiraldes,—tenía por cierto que aprender a carnear, enlazar, pialar, domar, correr como la gente en el rodeo, hacer riendas, bozales y cabestros, lonjear, sacar

tientos, echar botones, esquilar, tusar, bolear, curar el mal del bazo, el aba, los hormigueros y que se yo cuantas cosas más”.

Pintoresca y maravillosa esta vida de esfuerzo del campesino argentino, pero no solamente del argentino. Por eso Segundo Sombra es una novela de alma americana, honda y fuerte. Por que no es allá solamente donde el hombre tiene que ser fuerte y valiente ante la naturaleza y los hombres. En el Perú, por ejemplo, se presenta el problema de la lucha con el ambiente en forma más intensa, si se considera que allá se pelea con la pampa y se la conquista. Mientras en el Perú, la lucha dura es en la montaña andina, rocallosa y bravía.

Nuestros paisanos doman caballos, aquellos “sunichos” enanos y veloces, en las faldas de los cerros. Prendidos a las crines de los caballos salvajes nuestros chalanos sueltan la rienda por los caminos que suben a las montañas, donde a cada paso se alza una afilada roca en espera del cráneo del domador. Yo he visto en la meseta puneña aquellos caballejos chúcaros traídos de las lomas moqueguanas. Aquellos asnos que nunca han recibido carga en los lomos. Y también aquellas cruzadas de las mesetas y de las cordilleras que nuestras arriadas efectúan, llevando ganados a la costa o las minas bolivianas.

Y es que tenemos en la vida de nuestros paisanos, un venero inagotable que explotar. La vida peruana no es solamente aquel “pueblo sin Dios” descrito por César Falcón. La vida peruana hay que vivirla en la inmensidad del campo, por donde moran los “mozos trejos”, domadores, castradores, veterinarios, curanderos, que tienen que luchar además con la montaña de 5,000 metros de altitud enrarecida de oxígeno, a la conquista del pan.

La vida peruana está no solamente en los paisanos ganaderos de la sierra, que duermen en la pascana a la luz de las estrellas y hacen hervir el charqui y las lonjas reconfortantes al calor de la bosta humeante de las punas. Está también en aquel tipo de conquistador tremendo que es el cauchero, machete limpio, desbrozando espesos ramales en las selvas, abriendo caminos que se pierden como la huella de los navíos en la mar. Está así mismo en la de aquellos buscadores de minas, “cateadores de minas”, taciturnos, obsesionados, que duermen en las cumbras sobre sábanas níveas y bajo la lámpara de la vía.

Al leer Don Segundo Sombra, la célebre novela de Ricardo Güiraldes, yo he recordado con honda emoción mis primeros años serranos, lo expreso acá sin vanidad, más solamente para dar una muestra de lo que es la vida de esfuerzo en nuestras serranías.

En la meseta puneña el indio acarrea los flacos ganados por muchas leguas, acampando furtivamente en bofedales verdes para ahorrar forrajes. Junto al hogar hecho en plena altipampa, al crepitar de la “tola”, he visto desollar carneros, arrancándoles el pellejo rasgando como una seda, con el puño apretado entre el costillar y el cuero, después de haber abierto un ojal al tajo filudo de una cuchilla. He sentido bajo el cielo frío de las noches de puna, el olorcillo de los “chunchulís”, de las “quíuchas”, “ajaranas”, sobre las parrillas candentes. Sobre el “chuñawi” helado, las carnes agrietadas por el azote de la tempestad, he visto arder las hogueras de San Juan para que proteja los ganados. En el lago, encrespado increíblemente en las lóbregas noches de agosto, impelido a la fuerza del intenso viento, la diminuta balsa de totora, con dos pies de calado sobre la superficie oscura y abis-

mal, se meció cuantas veces como una pluma que arrastra el huracán.
—“Hacete duro muchacho”!

Esta novela del campo será por esto bien gustada por todas aquellas poblaciones andinas del Perú, donde la vida es dura. Donde cada uno tiene que hacerse duro bajo el sol, contra el viento y sobre la helada. Donde tiene que hacerse duro en la aldea, contra el alcohol y contra el odio. Todo aquel que en los centros poblados andinos del Perú, haya tenido que hacer su vida entre las chacritas y las vacas, en medio de esa libertad salvaje y cara de los campos, recibirá la obra de Ricardo Guiraldes, “Don Segundo Sombra” con la más honda emoción.

Si el “pueblo sin Dios” nos hace meditar hondamente en esta vida “sin Dios” de que escribe César Falcón, cuánto bien nos hará en cambio en el Perú a toda la paisanada de chacareros, ganaderos, “chalweros” o pescadores del Titicaca y chalanes de todas las cordilleras, aquel libro que nos reconforte en esta vida campesina tan ignorada del Perú. ¿Quién será el feliz mortal que lo escriba?...

Tenemos también un alma nacional y por nuestros pagos, pasa una sombra, como la de Don Segundo; sea el compadre don Pablo, sea el anciano indio Melcho, que encarna nuestros sufrimientos, nuestra acción enérgica en la conquista de la montaña, más tremenda que la conquista de la pampa.

En el “pueblo sin Dios” está aquella minoría que no hace más que hablar y se avoca la representación nacional. Pero no está representado ahí en el cura, en el gobernador ni en el curial nuestro pueblo. Ese es el lado flaco. El lado gordo, fuerte y nervudo está en el rudo hombre de nuestros campos, aquel que cruza las cordilleras como arriero, abre bocaminas a 5,000 metros o destroza la maraña de las selvas para abrirse paso. Todo ese pueblo tiene Dios.

Don Segundo Sombra, significa la exaltación del valor campesino, del paisanaje. En vez de deprimir, exalta, consuela. Y el que esto escribe, ha visto revivir días de la meseta con la más honda emoción sintiendo la nostalgia de las granizadas tremendas, mientras la vacada mugía mansamente junto a la cabaña.



DIFICIL TRABAJO, por Xavier Abril.

PENETRACION, AGUJA, PELO, SURMENAJE, ABANDONO, ZAPATOS, ARENA, CIELO, INFIERNO, LUZ, SOMBRA, ESQUELETO, PARPADOS, UÑAS, FALTA DE GARGANTA DE CHARLOT

"Radiografía de Chaplín" (1)

39.—La cena de Charlot.

LA cena de Charlot—para los que no tenemos tradición de estampa católica gastronómica—es más interesante y más profundamente humana que la cena de Jesús, que fué espectacular cena de hambrientos, de hombres que esperaban milagros. En cambio, en la de Charlie Chaplín, cena de pura pascua judía, de soledad, de hombre agónico, él se queda solo en la cabaña, entre la oscuridad de velas apagadas, dormidos los nuevos ojos de celuloide del hombre.

En la cena de Charlot no se puede esperar milagros después de la danza de los panes: puro juego humano. Charlot, gobernador de la psiquis, del *libido*, no puede hacer milagros. El solamente opera cósmicamente porque conoce la música de la *forma* que va del esqueleto a la visión: a la carne. Charlot, es el mensaje de los ojos humanos. Es la creación óptica más genial que ha dado el mundo. El cuerpo de la cultura nueva tiene en Charlot el sentido de las córneas. Tanto que puedo aventurar a decir que lo que Chaplín no ve no lo ha creado todavía. El mundo es terriblemente oscuro en sus ojos. Solamente su luz y salmo puede dar esa calidad amorosa de recién nacido, que es su creación.

Charlie Chaplín, ha creado dentro del puro sentimiento marxista de la sociedad nueva, la cena de nuestro tiempo revolucionario. Su escenografía, su ambiente, guarda un fiel itinerario histórico de la primitiva pascua judía. El espíritu contemporáneo reclamaba esa levadura para su sentido ecuménico.

40.—El sentido sexual.

LA orientación sexual en Charlot, es de lo más importante para el estudio de su genial creación. Su indumentaria mediterránea, negra, que tiene no sé qué cosa de antigua desgracia, es lacrosamente sexual; su máscara padece enfermedades terribles. Tras de su disfraz me lo figuro morado naufrago de las playas del espanto. Su disfráz lo trae de lo más antiguo del mundo a lo más nuevo. Su oscilación es un eterno equilibrio en el vacío, de donde parece que nos trae ese tono de nueva humanidad, de piel tierna y trágica a la vez. Es en el vacío donde Chaplín ha oído la nueva voz angustiosa del mundo. El hizo en el circo las primeras experiencias, búsquedas; luego, en el cordel de la vida para su juego cósmico. El vacío es la única dimensión que hace el equilibrio en el arte de Chaplín. El ha salvado de los accidentes at-

(1).—(Véase el número XX de Amauta).

mosféricos; parece por eso ser un tráfuga del cielo. Su fotogenismo está acondicionado a la velocidad de la luz, que él observa en los parrajes más solitarios, en los blancos a la nada. Chaplín, ¿acaso ignora dónde ya no nace el hombre, dónde no nace la flor?

41.—Charlot tipo.

LA sensación de Charlot, es la de un hombre producido en un orden económico y una civilización deprimida por un fuerte interés humano.

La desesperanza de Charlot, no es individual como en Nietzsche. En la desesperanza del genio del cinema, se hospeda buena parte del espíritu contenido y político de hoy. Al menos, los seres de evasión, heroicos, los místicos nuevos, viven plenamente en esos lindes de la circunferencia que se oscurece a un lado del cielo, en el Circo. Esa matemática sensación al lado del tiempo, de la vida, es magnífica, exacta: filosófico y poético fin de la orientación errátil del judío.

El arte nuevo ha dado su tipo en Charlot (2). El tiempo antiguo, salido del medioevo, dió al nervioso Hamlet. Con él se realiza fisiológicamente la mentalidad neciosa en oposición al temperamento clásico, griego. Los latinos y la revolución francesa no dieron sino a bufones y títeres. Chaplín encarna la contraria del bufón, y en idea revolucionaria: su libertad. Con él principia en la historia la eliminación del hombre grotesco que es la figura del juglar. Chaplín muestra a veces—como al través de rayos X: en blanco y negro terribles,—su esqueleto, más no lo rabelesiano, tudesco y epidérmico de la carne tatuada, que era la técnica pirata y primitiva del juglar.

42.—El movimiento del alma.

EL movimiento de nuestro siglo mecánico, tiene su génesis en el salmo hebreo. Este mesiánico movimiento interior de la historia, asiste en pura raíz de canto la soledad redonda, lejana, de Charlot. La soledad con temperatura, con situación geográfica y patética, nadie nos la ha dado mejor que este hombrecito oscuro del celuloide. La brújula de Charlot, señala desesperadamente el Polo. El ha hecho nacer la flor del límite; ha visto en su doloroso oscilar la flor monstruosa de los abdómenes hinchados, con cáncer; los miembros que ruedan en las salas de cirugía; los sexos podridos, los senos vacíos, sin hijos. La sensibilidad de Chaplín tiene las propiedades de los rayos X. Sus ojos suben de su corazón y perforan realidades penumbradas en las ciudades (Nueva York, París, Londres) en que los ascensores se llevan buena parte de la visión solo económica de sus hombres standard. Chaplín es un ascensor que sube las almas de los más complicados y lejanos cuerpos del mundo. A pesar de sus millones, de su industria,—y lo cual no es sino una paradoja para el capitalismo—la técnica psíquica de Chaplín reacciona mejor ante el alma de la miseria, tanto que él es el primero que ha

(2).—Es muy posible que Chaplín, en lo que significa su imagen, sea el Mesías esperado por los Judíos. Y yo lo creo, porque de llegar él, tendría que ser por el cinema. Y el Mesías ha llegado, el es Charlot. Ya no es la parábola, sino el cine: el ojo del subconciente. (Nota del autor).

señalado, impuesto al mundo los valores morales-estéticos de las capas subterráneas de la sociedad.

* *

*

COMO exacta Waldo Frank, la creación de Chaplín, nace de la medida de su ritmo cardíaco, pero mejor como el mismo dice: "Cuando Chaplín se apresta a ensayar una escena ya ha sido medido su lugar en la arquitectura del asunto así como el tema mismo ha sido medido por la vida de Chaplín, de modo que éste cuando ensaya, sabe lo que sucede". Es así como la obra es su proyección física, orgánica. Todo en él, desde su salida a las líneas matemáticas de su arte, es un ritmo en que se conserva intacta la vibración plástica de su anatomía nueva. Esa luz misteriosa, fisonómica—de pura luz a veces sombra—que irradia sus gestos, sus articulaciones, son de su potencia: Luz y Sombra de su esqueleto. Solamente en sus tonalidades es que colabora lo cambiante de la vida, **le mouvement de l'ame**, que diría Valéry, y en lo que se puede precisar la síntesis del admirable ritmo de **Eupalinos**. Charlot, es además del ritmo de la tésis griega:—exterioridad, serenidad, tiempo—vagancia autómatas del ritmo humano. En esta forma es que excede al tiempo en su sentido fijo, antiguo, griego. El Friso no es sino la idea extática del tiempo dentro del sentido decorativo; quien no acierta a ver sino lo último, no logra la categoría del ritmo arquitectónico antiguo en el que está contenido, cerrado el tiempo. Pero Charlot, habitante del cielo, es imagen, figura movida, subconciente. En él ajustan las razas sus movimientos terrestres. Como gitano que es, ha podido llevar al cinema ese continuo movimiento de figuras — colores — y de imágenes que capta del mundo el nómada. Por eso su cara está todavía en la etapa de ese remolino de pasajes, de cielos caídos, que son los ojos de Chaplín. Sus mismos zapatos no son más que los coturnos griegos ennegrecidos, humanizados por un largo y sudoroso peregrinaje mediterráneo. Todo en él está sometido a su ritmo cardíaco excepcional, que incita al mundo a una taquicardia emotiva, angustiosa, en film que anega el sueño y las pestañas. Charlot, es el personaje de la angustia. Su arte no se habría dado sin el aporte del **surmenage** de la Post-Guerra. En él, sin embargo, lo único cuerdo, lógico, es su bastoncito que es una especie de Sancho adelgazado por un riguroso régimen vegetariano. Su bastoncito se mueve de acuerdo solamente con la gracia de su bigote o de su hongo que parece verdaderamente crecido en tierra fangosa. El bastoncito se ríe en sus movimiento ágiles en escenas en que Chaplín no debería intervenir. Hay momentos en que parece que su caña actuara de acuerdo tácito con el movimiento de sus huesos. En este punto, todo instrumento se humaniza al contacto con Charlot. El devuelve ternura al paisaje, al animal, a los más feroces como el oso, en las montañas pascuales de Alaska.

43.—Chaplín y la historia.

PHILIPPE Soupault, niega el origen judío de Chaplín, pero ello no afirma nada más que una pequeña necedad biográfica. Al contrario,

desempeñado por el imperialismo, quizá si el antagonismo de clases se hubiera resuelto en un cuerpo de reformas más o menos pacíficas, más o menos democráticas, más o menos formales. Lo comprueba el hecho de que, antes de precisarse el apoyo condicional del imperialismo norteamericano a la revolución maderista, ésta, en la debilidad de sus inicios, se avenía a ciertas y limitadas concesiones políticas del antiguo régimen, tales como la elección de un vicepresidente de la República, de algunos gobernadores y secretarios de Estado, provenientes del Partido Nacional Anti-reeleccionista.

Empero, cabe la interrogación de si el imperialismo intervino tonificando y apresurando el desenlace revolucionario entre la aristocracia terrateniente y la burguesía mercantil ¿por cuál razón, entonces, la revolución frutece en parte de su curso medidas ciertamente antiimperialistas, defraudando así, siquiera transitoriamente, los fines y las expectativas fincadas en ellas por el capitalismo llegado a su estadio postre-

ro? Es que la burguesía mercantil, los hombres de negocios mexicanos, se enrolan en la revolución portando sus propios e intransferibles intereses típicos de clase. La victoria, relativamente fácil, obtenida sobre la asiática dictadura porfirista, sobre el Estado feudal, pensados sólidos e inmovibles, conforta y afirma sus aspiraciones de poder y de dominio. Sus líderes aceptan transitoriamente el aporte imperialista en horas álgidas, pasando después por sobre los compromisos adquiridos al hacerlo, obedientes al impulso encaminado al goce exclusivo del ingente botín capturado y que, de otro modo, habrían de compartir con su afanoso y voraz aliado circunstancial. El sector más vitalizado de la pequeña burguesía no podía contemplar en el imperialismo otra cosa que un enemigo acerbo de su propio y autónomo encumbramiento. Comprendía que para una actuación suya, provechosa e independiente; para el disfrute integral de la nueva realidad debida a sus esfuerzos, precisaba no únicamente la liquidación de los valores y sistema feudales, sino también la eliminación de la tutela imperialista. Era la suya una lucha bifronte, contra dos enemigos tentaculares e igualmente poderosos. La clase feudal no podía aceptar pasivamente su derrota. El imperialismo no se sometía al desempeño, de un puesto subsidiario en la formidable promesa constituida por esta zona de América Latina, geográficamente suya por el imperativo del monroismo económico. La Constitución del 17, en lo que lesiona el concepto tradicional e inflexible de la propiedad, lo hace obedeciendo a este doble fin perseguido por la burguesía mercantil, encumbrada y victoriosa. Su praxis se enmarca por una concorde trayectoria.

La revolución había vencido pero no aniquilado a la feudalidad. Como en todo organismo viviente llegado a su ocaso, signado por la proximidad de una muerte segura, las manifestaciones de actividad de sus partes llegaban al paroxismo, se agitaban en una defensa desesperada de su ansia de pervivir dentro de los límites propios de sus viejos moldes.

De todos los frentes feudales, eran el clero y la Iglesia quienes más activa, militantemente, expresaban estos esfuerzos, constituyéndose en porta-estandartes del Medio Evo. Existían razones especiales para este su rol como pioneros de la reacción. La Iglesia y el clero, parcialmente debilitados en el curso de las luchas suscitadas por las Leyes de Reforma, habían readquirido sus posiciones primarias, políticas y eco-

nómicas, en el prolongado renglón llenado por el porfirismo. La aristocracia criolla y latifundaria, librada de los cuidados y preocupaciones propios del ejercicio del poder político —tarea encomendada a Díaz y los “científicos”— había perdido mayormente, por éste hecho, experiencias, dinamismos, espíritu de combatividad, capacidad de iniciativa y de acción. Su absentismo, su repugnancia por todo lo mexicano, la hacían dominada por una cúbica ignorancia del clima en que debía actuar. La Iglesia, en cambio, institución orgánica, disciplinada, prestigiada por sus funciones religiosas, cuidadosa de su férrea unidad interior, enraizada en los más profundos resquicios del alma popular, era la históricamente llamada a responsabilizarse de la defensa del régimen en que había sido resorte principalísimo, a constituirse en vanguardia de la restauración. De este modo, la Iglesia, hecha cabeza visible de la guerra santa contra la pequeña burguesía revolucionaria, a más de soldar los nervios todos de la feudalidad en un único conjunto y bajo su dirección centralizada, se aquistaba la adhesión de las masas nacionales fanatizadas y el apoyo efectivo de la catolicidad internacional.

Pronto, el curso mismo de la revolución mexicana tenía que lanzar a las fuerzas de la restauración nacional en brazos del imperialismo, unión cuajada teniendo como nexo, principalmente, el artículo 27 de la Constitución de Querétaro, cristalización máxima de los fines perseguidos por la burguesía mercantil: liquidación del feudalismo, desplazamiento del imperialismo, arquitectura de una clase capitalista orgánica nacional.

En sus párrafos primero, segundo y tercero, el artículo 27 constitucional tiende a la extirpación del latifundio como estructura feudal, asentando que: “la propiedad de las tierras y aguas comprendidas dentro de los límites del territorio nacional, corresponde originariamente a la nación, la cual ha tenido y tiene el derecho de transmitir el dominio de ellas a los particulares, constituyendo la propiedad privada. Las expropiaciones sólo podrán hacerse por causa de utilidad pública y mediante indemnización. La nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como el de regular el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de apropiación, para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública y para cuidar de su conservación. Con este objeto se dictarán las medidas necesarias para el fraccionamiento de los latifundios; para el desarrollo de la pequeña propiedad; para la creación de nuevos centros de población agrícola con las tierras y aguas que le sean indispensables; para el fomento de la agricultura y para evitar la destrucción de los bienes naturales y los daños que la propiedad pueda sufrir en perjuicio de la sociedad. Los pueblos, rancherías y comunidades que carezcan de tierras y aguas, o no las tengan en cantidad suficiente para las necesidades de su población, tendrán derecho a que se las dote de ellas, tomándolas de las propiedades inmediatas, respetando siempre la pequeña propiedad”.

Y en el párrafo cuarto del propio artículo se tiende a la nacionalización del subsuelo, pretendiéndose sustraer, por ende, una de las fuentes primarias de atracción imperialista. “Corresponde a la nación —expresa— el dominio directo de todos los minerales o substancias que en vetas, mantos, masas o yacimientos, constituyen depósitos cuya naturaleza sea distinta de los componentes de los terrenos, tales como los minerales de los que se extraigan metales y metaloides utilizados en

la industria; los yacimientos de piedras preciosas, de sal de gema y las salinas formadas directamente por las aguas marinas; los productos derivados de la descomposición de las rocas, cuando su explotación necesite trabajos subterráneos; los fosfatos susceptibles de ser usados como fertilizantes; los combustibles minerales sólidos; el petróleo y todos los carburos de hidrógeno, sólidos, líquidos o gaseosos". Y más adelante agrega: "Sólo los mexicanos por nacimiento o por naturalización y las sociedades mexicanas, tienen derecho para adquirir el dominio de las tierras, aguas y sus accesiones, o para obtener concesiones de explotación de minas, aguas o combustibles minerales de la República Mexicana. El Estado podrá conceder el mismo derecho a los extranjeros siempre que convengan ante la Secretaría de Relaciones en considerarse como nacionales respecto a dichos bienes y en no invocar, por lo mismo, la protección de sus gobiernos por lo que se refiere a aquellos; bajo la pena, en caso de faltar al convenio, de perder en beneficio de la nación los bienes que hubieran adquirido en virtud del mismo".

La Constitución del 17, a más de lesionar los intereses materiales del clero y de la Iglesia en su calidad de grandes propietarios territoriales, englobados en la ofensiva contra el latifundio feudal, tiende a debilitarlos particularmente, a través de los artículos 3º, 5º, y 130, como fuerzas políticas incontrastables, eliminando los medios incontrolados de sujeción moral de que son propietarios y sus plurales tribunas de subversión y propaganda tendenciosa. De ahí, pues, la destacada militancia del clero y de la Iglesia católicos en las aventuras contrarrevolucionarias, y de ahí que la ligazón del frente único feudal-imperialista, demostrada en ocasiones múltiples, se estreche y consolide en oportunidad del Congreso Eucarístico de Chicago —donde las fuerzas integrantes de la restauración se hallaban representadas por los altos dignatarios de la Iglesia— celebrado al amparo del oficialismo protestante norteamericano y al calor paterno de la gran burguesía yanqui.

Todas las revoluciones —la rusa, la mexicana— poseen características formales que les son comunes; algo que las estrecha y une durante, principalmente, el desarrollo de la lucha armada.

La revolución mexicana, verbigracia, ha asumido en instantes actitudes iconoclastas, ha arribado a límites extremos. Pero no hay que confundir ciertas y determinadas providencias revolucionarias adoptadas en el curso álgido de la acción —obedeciendo, las más de las veces, a la presión de las fuerzas sociales desencadenadas— con el espíritu mismo de la revolución, con su ánima y su contenido auténtico.

La revolución mexicana, revolución de la joven burguesía mercantil y de la pequeña burguesía agraria, hubo de decorar su trayecto con evidentes jalones hacia las izquierdas, gracias a tres razones fundamentales:

a).—Por su interés específico en la liquidación de la feudalidad —ofensiva contra el latifundio feudal, acción anti-clerical, distribución de tierras entre ciertos sectores campesinos, etc.

b).—Por su nacionalismo económico —lucha contra el imperialismo.—

c).—Por la necesidad imperativa de arrastrar en derredor de su órbita a las clases oprimidas —obreros y campesinos— vehículos imprescindibles para su encumbramiento y su victoria.

Dos son, pues, las causas determinantes de las actitudes revolucionarias asumidas por los gestores de la revolución pequeño burguesa: despejar la ruta hacia sus realizaciones económicas de clase, con la abolición de las supervivencias feudales y con la eliminación del control imperialista, primero; y evitar, seguidamente, la posibilidad de una intersección corrosiva y autónoma en su revolución de las jerarquías sociales proletarias —obreras y campesinas— enarbolando sus propias reivindicaciones y desertando de las filas de la revolución pequeño burguesa.

Por ello, el espectáculo presentado por el movimiento zapatista, que al concitar arrolladoramente la presencia y el fervor bajo los arcos de sus símbolos de las masas campesinas depauperadas amenaza con desviar el desarrollo feliz de la revolución pequeño burguesa, obliga a la promulgación oficial de la Ley agraria del 6 de enero de 1915 —que en 1917 pasa a la categoría de artículo 27 constitucional— logrando así, los adelantados de la pequeña burguesía, fijar entre los colores de sus banderas el muy atrayente arrancado a la tremolada por los nervudos brazos de los campesinos pobres y que pudo haber implicado, de otro modo, un desenlace amanecido y diferente de la revolución mexicana. Precisamente en relación con ésto anota J. Silva Herzog, teorizante social-liberal, en sus "Conferencias": "El triunfo de la función carrancista se debió a la estrategia del General Obregón y a la ley del 6 de enero. Su ejército aumentó rápidamente; y Villa, a pesar de su genio y valor, y Angeles, no obstante sus profundos conocimientos en el arte de la guerra, fueron derrotados".

De ese modo también se hacía posible a la pequeña burguesía, a los hombres de negocios, ayudados por el jacobinismo verbal y la fraseología incendiaria de sus voceros, aparentar el rol que aparentaron como representantes mesiánicos de una nueva humanidad, como portadores de una nueva vida libre y justa, huída de explotados y explotadores.

De otro lado, el propio y lógico desenvolvimiento de la revolución, la efectuación de su programa en lo que ha sido realizado, habría de coadyuvar eficazmente a la desorientación, entre las masas explotadas, sobre sus fines y sus destinos. Se contempló, por ejemplo, en la legislación agraria, una medida revolucionaria y socialista. El hecho de que tal legislación haya tendido a actual las prescripciones de carácter liberal contenidas en la Real Cédula del 15 de octubre de 1713, expedida por la Corona Española para la creación de los ejidos, era ya garantía suficiente para demostrar el anti-socialismo del espíritu y de la práctica de la reforma agraria mexicana. Claro que en el estado de ánimo, acodado a una servidumbre tradicional e implacable, de las capas campesinas beneficiadas por la reforma agraria, tenía que forjarse un como mito sobre la revolución y sus consecuencias, mito ampliamente fortificado y difundido entre las masas del campo y de la ciudad mexicanas, entre los hombres curiosos de América Latina, y alentado por los apologistas de la pequeña burguesía —tanto propios como extraños, mexicanos como extranjeros— así como por el regateo y las aparatosas protestas de la aristocracia criolla afectada.

Las revoluciones burguesas de Inglaterra y Francia tuvieron a los "niveladores", con Everard y Winstanley, la primera; a los "iguales", con Babeuf y Darthé, la última. Conservando las necesarias proporciones históricas, la diversidad de escenarios y circunstancias en que fue-

ron actuadas, la revolución mexicana ha tenido a los "surianos" con Emiliano Zapata.

¿Cuál ha sido, en última instancia, la significación auténtica de Emiliano Zapata en el proceso de la revolución mexicana?

En el prólogo a la segunda edición del libro "México Soviet" de J. Cuadros Caldas, Víctor Raúl Haya de la Torre, hilando una maliciosa e intencionada dialéctica metafísica, asienta que "la tendencia sintética —de la revolución mexicana— está representada por el agrarismo y encarna bien en Zapata. . . . El agrarismo es la tendencia social, económica, de la Revolución. Ante la tesis democrática —Madero— y la antítesis anárquica —Villa— aparece la síntesis socialista —Zapata— . . . Ella constituye la esencia social, económica, de la Revolución y la liberación del campesino mexicano su más grande conquista".

Desdoblando, diseccionando esta afirmación aventurada y tendenciosa, cabe asegurar que:

a).—El agrarismo oficial de la revolución mexicana no es el agrarismo de Zapata; y

b).—Aún siéndolo, el agrarismo de Zapata no era, no podía ser socialista.

a).—Victoriosa la revolución maderista, hace por olvidar y escamotear el único punto de su programa que implicaba una gaseosa reivindicación económica, inscrita en el Plan de San Luis con el objeto preciso de arrastrar en su aventura a las masas campesinas desposeídas. "Abusando de la Ley de terrenos baldíos —expresaba el Plan de San Luis— numerosos pequeños propietarios en su mayoría indígenas, han sido despojados de terrenos, por acuerdos de la Secretaría de Fomento o por fallos de los tribunales de la República, siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declara sujetos a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que adquirieron de un modo tan inhumano o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este Plan los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo".

Fué entonces cuando, acunada en Morelos, entidad federativa en la cual la feudalidad había impreso más acentuadamente aún, si cabe, que en otra región cualquiera sus caracteres totalizadores, irrumpe la rebelión campesina, jefaturada por Emiliano Zapata, urgiendo el cumplimiento de lo estatuido en el Plan de San Luis, cuyo triunfo había contado con su aporte jubiloso.

Las exigencias de la revolución agraria del sur se cristalizan y concretan en el Plan de Ayala, gonfalon ideológico de las masas campesinas en su acción autónoma, que combaten pareja e implacablemente de Madero a Carranza, vale decir hasta el asesinato torvo y sombrío de Zapata, los dirigentes de la pequeña burguesía revolucionaria, tanto como los de la contrarrevolución. Las palabras de orden del zapatismo —"Tierra libre para todos! Tierra sin capataces y sin amos!"— hacen de la suya una tendencia peligrosa para el tránsito normal y cómodo de la clase burguesa mercantil al Poder. Tanto que aún los más candentes fraseólogos agrarios de entre los condottieri de la revolución triunfante, la habrían combatido y liquidado en sangre, como han combatido y falsificado su espíritu. Ya muerto, la pequeña burguesía victorio-

sa se apropió del nombre prócer del "bandolero" Zapata como vehículo para su fácil demagogia. "Durante la vida de los grandes revolucionarios —apunta Vladimiro Ilich Lenín— estos tienen que sobreponerse a las persecuciones. Su enseñanza inspira odios furiosos. En la guerra que se les declara entra como elemento principal la calumnia. Pero cuando mueren, sus enemigos procuran convertirlos en pacíficos corderos, y si es posible, se les canoniza. El nimbo con que se les adorna es una especie de consuelo para los oprimidos; pero, tiene sobre todo por objeto realizar mejor una obra de engaño". Tal lo acontecido con la clara y limpia figura de Emiliano Zapata.

b).—La situación objetiva de México, su realidad económica y social fundamentalmente feudales, no podían permitir el desarrollo de un sistema de ideas modernas, especialmente entre las masas campesinas, desvinculadas de la regencia ideológica de los más conscientes, aunque incipientes, núcleos de trabajadores urbanos. Dice bien el compañero Eudocio Rabines cuando afirma que "el socialismo es el engendro directo, el hijo legítimo, la negación dinámica y dialéctica del capitalismo. El socialismo ha salido de la fábrica, ha sido nutrido por el maquinismo, ha surgido como teoría y como praxis genuinas del proletariado. Cualquier hombre honrado, cualquier espíritu noble y libre, cualquier jacobino advenedizo, cualquier caudillo demagogo, pueden enunciar y predicar el socialismo, pero sólo el proletariado puede realizarlo. El hogar del socialismo es la urbe, el hogar proletario, como el del liberalismo fué el burgo. El agro puede ser contagiado y teñido por el socialismo, pero no puede gestarlo ni efectuarlo".

Emiliano Zapata, instintivo, apasionado y ennoblecido guía de las masas campesinas esclavizadas, antes de normar el contenido de su programa reivindicador en las enseñanzas y postulados socialistas —que por otra parte no conocía— pretende hallar en el pasado la fórmula salvadora para sus huestes hambreadas e insurrectas. Lo primero que se destaca de su ya célebre Plan de Ayala es el concepto de "expropiación, previa indemnización" de los monopolios territoriales, fórmula desecheda aún por los ideólogos más escurridizos y ausentes del socialismo. Henry George verbigracia. Para lograr tal finalidad, invoca la aplicación de las leyes de Desamortización "según la forma y el ejemplo puestos en vigor por el inmortal Juárez a los bienes eclesiásticos que escarmentaron a los déspotas y conservadores que en todo tiempo han pretendido imponernos el yugo ignominioso de la opresión y del retroceso". Vale decir, se acogía a una inspiración y a una medida liberales, remozadas ya y superadas por el propio liberalismo.

Cierto que como Emiliano Zapata no obraba presionado por fines bastardos, ni obligado a inmovilizarse en el curso de tal o cual derrotero definido; como no existían intereses creados capaces de contener sus impulsos justicieros, tampoco fuerza humana suficiente para desviarlos de sus generosos afanes, en la práctica superó y rebasó los marcos estrechos del Plan de Ayala, expropiando revolucionariamente las tierras detentadas y reintegrándolas al dominio de quienes las fecundaban y hacían producir con sus esfuerzos. Pero fueron esas exigencias propias de la acción violenta, medidas determinadas por incidencias imprevistas de la lucha y nunca con espíritu y médula socialistas.

Emiliano Zapata, más que un factor del socialismo es, pues, uno de aquellos "aiducs" situados en las páginas fascinantes y tremendas de Patnait Instrati. Un "aiduc" indoamericano surgido en horas de hondos sacudimientos revolucionarios.

EL AMAUTA ATUSPARIA, por Ernesto Reyna.

HISTORIA DE LA SUBLEVACION INDIGENA DE HUARAS EN 1885

(Conclusión. Véase los Nos. 26 y 27 de "AMAUTA")

El ocaso de Atusparia.

Huarás. Fiesta del Señor de la Soledad.

3 de mayo. Plaza mayor. Atrio de la Catedral. Confusa gritería. Multitud desordenada. Brazos amenazantes. Caras congestionadas. Salvajes rugidos de odio: ¡Incendemos Huarás! ¡Mueran los blancos! ¡Ordena el saqueo, Atusparia!...

El jefe del levantamiento indio, sereno, dominador de su carne, ni un músculo le tiembla de emoción. Noble en su perfil de inca, pálido por la sangre perdida, la mano firme sobre el bastón de mando (la plateada vara de los alcaldes)... Lo rodean sus fieles de Marián armados de fusiles, que esperan una orden para ametrallar a los insubordinados....

No se había podido organizar a las chusmas. Faltas de ideales tenían sólo el instinto salvaje del botín. Reprimido este, se sublevaron contra la honradez de Atusparia. No vieron en la tenaz prohibición del saqueo, la pre-idea de un Amauta inca; lo juzgaron como un acto de cobardía y traición: "Atusparia está vendido a los blancos, por eso es que no ordena el saqueo" se dijeron...

Antes de organizarse, preferían beber. Renegaban de la férrea autoridad de Atusparia, y clamaban por Mosquera que les daba "chacta y toros".

La mano oculta de curas y patrones, en peligroso malabar, urdía traiciones. Tendía artera tela de araña para hacer caer al Jefe Indio, alma e idea única de la rebelión.

...Frente a los ojos de Atusparia se plantó jadeante, manchado de sangre negra, Uchcu Pedro, el Destripador: ¡¡Derrotados completamente... El Coronel Callirgos está por llegar!!

Al oír la noticia, la multitud se arremolinó sobre Atusparia: "¡Traicionados!" ¡De un momento a otro llega Callirgos! ¡Al saqueo! ¡Al saqueo!

¡Silencio!—gritó como un clarín Atusparia, y con un sólo gesto contuvo a la turba: "Oídme primero y después matádme".... Debemos proceder como gentes y no como animales... En lugar del saqueo aprestémonos a la defensa... En lugar de emborracharnos y sacar procesiones de Santos, construyamos barricadas...

Por mis chasquis supe la derrota de Yungay. Emisarios mandé a Callirgos para pedirle medio día de tregua. La ha concedido... Aprovechemos esta tregua. Si no queréis luchar, retiraos a las alturas, que yo con mis soldados cubriré vuestra retirada: Así os salvaréis todos... Yo y mis soldados seremos los únicos sacrificados...

¡Mentira! ¡Atusparia está vendido a los blancos!

¡Al saqueo!

La multitud atropelló a los de Atusparia. El jefe cayó al suelo.

Una voz potente ¿de algún sacristán? ¡Saquemos la Procesión... Cumplamos con Dios primero y después destruyamos Huarás!!

La indiada como un torrente incontenible subió hacia la capilla de la Soledad, dónde se venera la milagrosa imagen del Señor.

La Procesión.

Entre nubes de incienso y pólvora, lirios y cintas, el Señor clavado en la cruz. Música de "rayanos".—Vírgenes indias danzando. Una "palla" demacrada había ayunado tres días.—Un hombre con un camisón blanco y una soga en el cuello, representaba al "inca cautivo"... Avanzaba lentamente la Procesión.

¡Falta una hora para que llegue Callirgos! avisó un chasqui. Hay que apresurarse a terminar con la fiesta! ¡Cortemos la calle! Que la Procesión no haga su recorrido de costumbre!...

¡Pesa mucho el Señor!... ¡Maldición! ¡Se han caído los rayos de plata que circundan su cabeza! ¡Esperen un momento, hay que colocarlos de nuevo! ¡Perdemos mucho tiempo! ¡Hay que principiar el saqueo! ¡No! hay que pelear con Callirgos. La misma voz potente, que el principio incitó a los indios "a cumplir con Dios primero": ¡De rodillas! ¡Pidamos al Señor que nos de la victoria!

El ruido cesó por un instante: La misma voz clamó: "¡Dios mío... Danos la victoria!!" Y más imponente y lúgubre, que impresionó a los indios, hizo esta pregunta: ¿Qué ganaremos señor mío?...

¡Milagro!! El señor movió la cabeza negativamente. ¡El Señor dice ¡¡no!! aulló la multitud, despavorida. Muchos se dieron a la fuga.—Sólo un indio manchado de sangre negra, se enfrentó con la imagen:

¡Traidor!—le injurió—estás vendido a los blancos! ¡Con mi hacha he de hacerte añicos!!

Ante tales "blasfemias" los indios se atemorizaron más... "¡Supay!" ¡"Supay!" lo conjuraban, haciendo la señal de la cruz. "Es Pedro Cochachin el Uchcu, que trabaja en las minas negras, en los socabones profundos que se comunican con el infierno".

¡Huyamos! ¡El Señor nos va a castigar!!

El Uchcu, enarboló su hacha...

Una detonación terrible... Los cañones de Callirgos, rompiendo la tregua pactada, ametrallaba la ciudad.

La masacre espantosa empezaba.—Batallones de chinos enrolados en Casma, de negros y cholos costeños, hacían una terrible carnicería en la masa que cobarde buscaba la salvación en la huída...

Una mano poderosa contuvo el brazo de Pedro. El arma se abatió sin fuerza sobre la imagen... Volvió la cabeza como un tigre... Era Atusparia: "Es la hora de luchar y no de destruir imágenes".

¡Muera el cristo!! le escupió llameante el Pedro. Y Atusparia se irguió solemne: ¡Muera!!! ¡Mi padre es el Sol y mi madre la Tierra!!

El Uchcu conmovióse: "Atusparia, eres un amauta". Y la mano que iba a asesinarlo dióse franca.

Ambos jefes con sus pocas tropas, lograron contener a los gobiernistas, mientras las masas se salvaban. Cayó Atusparia... Su guardia fiel defendió el cuerpo caído del jefe. Con sus cadáveres lo escondieron.—Uchcu huyó...

El Coronel Callirgos, ébrio de sangre. Con una feroz sonrisa en los labios entró triunfante en Huarás.

Atusparia seriamente herido fué escondido por los suyos en casa de un señor Maguiña. Los blancos de Huarás pidieron gracia para este indio. El prefecto Iraola le expidió un "salvoconducto"... El mismo fué a visitarlo. Las damas de Huarás le prepararon hilas para sus heridas. Todos lo aclamaban a porfía como el salvador de Huarás, y los más exaltados pidieron hasta se levantara un monumento...

Mientras tanto en la plaza principal y en el cementerio, más de cien indios eran fusilados; entre ellos murieron los jóvenes Camino y Dorado del séquito de Mosquera.

Sigue la sublevación. La Traición de Solís.

Caído Atusparia, Pedro Cochachín el Uchcu, tomó el mando de las hordas.

Escogió a los más valientes, y a los demás, que por su gran número le servían de estorbo, los licenció, haciéndolos retirar a sus estancias.

El 7 de mayo, sigilosamente con sus guerrilleros, escondidos entre los sembríos y arboledas, pudo ingresar a Huarás y sorprender de improviso al batallón Canta que se hallaba acuartelado en el Colegio de la Libertad. Después de hacer muchas bajas entre los soldados, se retiraron. Cuando las tropas se armaron ya los indios se habían hecho humo.—Mas se vengaron asesinando a una gran cantidad de mujeres y niños que bajaban de Pumacayán a vender sus productos al mercado.

Este asesinato cobarde exasperó a los indios, que nuevamente bajaron de sus estancias y obligaron a Uchcu Pedro a cercar Huarás, con el pensamiento de exterminar a todos los blancos.

Uchcu Pedro dividió su ejército; una mitad colocó en la Cordillera Blanca y la otra en la Cordillera Negra.—Huarás en medio de estos dos formidables ejércitos estaba miedosa.—El plan de Pedro era incendiar y destruir Huarás para obligar a los Gobiernistas a luchar en las alturas y punas, donde los costeños se "asorochaban".

Comandante de las tropas de la Cordillera Blanca era Justo Solís un mestizo, que como Mosquera se había insuflado dentro de la insurrección con fines políticos. Asustado con la orden de Pedro, escribió al Prefecto una nota en la que le pedía un arreglo de paz.

El Prefecto mandó al campamento de Solís, como sus Delegados al señor Rodolfo Santa Gadea y al Presbítero Fidel Olivas Escudero, los que lograron convencer, junto con Solís, a todos los caciques indios de no prestar ayuda a Pedro.—Se firmó la siguiente capitulación: "Reunidos por una parte Rodolfo Santa Gadea y Fidel Olivas Escudero, delegados de la Prefectura y Comandancia General, y por otra parte Justo Solís, comandante en Jefe de las fuerzas guerrilleras de esta banda, y los alcaldes Lorenzo Enriquez de la estancia de Cantu, Pedro Pablo de Marián, Luciano Shuan de Ukia, Manuel Casimiro Rosales de Paria, Mariano Valentín, de Carhuás, Juan Palba de Aco-vichay, Carlos Romero de chacayán, Espíritu Cáceres de Chikián, León de Paz de Secse, Fructuoso Causchi de Aclla, Manuel Pío y Asencio Palma por Quillas. Además los Alcaldes ordinarios y de campo Juan Apolinario Norabuena y Manuel Corpus, después de una lar-

ga discusión acordaron: 1º—Aceptar el ofrecimiento de garantías en la vida y haciendas hecho por el Prefecto. 2.º—Comprometerse a la entrega inmediata de las armas del Estado quitadas a los soldados por las estancias de Koyllar, Makas, Humarín y Shuto. 3.—Implorar la exoneración de la Contribución Indígena, que lo tiene ya ofrecido el Prefecto a nombre del Gobierno. 4º.—En cambio se obligan los indígenas a prestar como antes obedientemente sus servicios personales, llamados de la República. 5º—Aceptar todos los conceptos emitidos por la aludida contestación del señor Prefecto".—Los delegados antedichos juzgando convenientes las anteriores conclusiones firmaron el acta con los representantes indígenas.

La respuesta de Pedro.

Terminada la misión conciliadora con los indios de Solís, el Prefecto, mandó al mismo Olivas Escudero, como parlamentario ante Uchcu Pedro. Conociendo la ferocidad del caudillo indio, al presentarse en el campo, desplegó la bandera blanca.—Los indios vendáronle los ojos, y así lo condujeron ante el jefe.

—¿Qué es lo que trae, parlamentario? interrogóle severamente.

—Alto jefe—contestóle Olivas—un humilde enviado de Cristo Nuestro Señor y de la Virgen María Santísima, viene a decirte a tí, comandante general de las guerrillas de Ancash, que no derrames más sangre hermana. Indio soy yó, y todos los mistis de Huarás hijos de india, ¿por qué ir contra tu sangre?"

—Los "mistis" no son mis hermanos. San mis verdugos. Y los hijos de india: los renegados, son los peores...

No quiero tus sermones... Larga de una vez doctor lo que tienes metido adentro..."

—Pues bien... si no quieres oirme en nombre de Dios...

—El dios de los blancos no es mi dios.

—... oirás lo que dice el Prefecto Iraola: Si te rindes, aceptará la supresión del impuesto personal, y todos los demás reclamos presentados en el memorial de Atusparia. Si no te rindes: te hará una guerra sin cuártel.

El Uchcu contestó: "Estoy cansado de ser engañado con palabras falsas... Por cada indio que caiga en la batalla: hay diez indios que ocuparán su puesto. Y cuando mueran los hombres, pelearán con los blancos las mujeres... Además, la victoria es mía... Huarás tiembla en medio de mis dos ejércitos, el de la Cordillera Blanca, al mando de Solís..."

—Ya no es tuyo... Se rindieron.—Olivas Escudero, mostró el acta firmada.

—¡Traidores! rugió el Uchcu, viendo derrumbarse sus sueños de tomar Huarás. Dame un día de tregua. Antes de pelear quiero consultar con mis capitanes. Dentro de veinticuatro horas, o levanto bandera blanca en señal de rendición, o disparo un mosquete contra la plaza de armas en señal de guerra.

En un promontorio de ruinas incaicas se reunieron todos los caciques indios y la flor de los valientes.

Uchcu Pedro les expuso la situación: La traición de Solís. Las promesas del Prefecto y las amenazas.

—¡Qué preferís—les gritó arrogante.—Huir como ratones, o morir como perros que defienden el rebaño!

—¡¡Seremos perros rabiosos!! ¡¡Pumsa hambrientos!! ¡¡Kuntures de alas fuertes!! Sea exterminada nuestra raza, antes que nos metan en jaulas, y nos muramos de tristeza como los tuctu pillen!..

—¡¡A morir... pero matando, incendiando y destruyendo!! Esa noche, fué noche de despedidas en el campamento indio... Todos juraban morir antes de volver las espaldas.

Derrotas de los Indios y muerte de Uchcu Pedro.

El once de mayo un tiro de fusil anunció a los blancos de Huarás el principio del combate.

El ejército de Iraola, contando con la "guardia urbana", se componía de mil hombres perfectamente armados. Los indios eran diez veces más, pero carecían de armas de fuego. Muy pocos eran los que tenían fusiles.

Al ver bajar a los indios como torrentes sobre el Santa, el Coronel Callirgos ordenó que el Batallón Celadores fuera a contenerlos, mientras los demás batallones Canta, Artesanos y la "Guardia Urbana" (compuesta de jóvenes huarasinos), se escondían en Huarupampa, para caer en el momento oportuno sobre los indios.

Los indios arrollaron a los "Celadores", y viendo el puente libre, (único sitio de entrada a Huarás por ese lado, pues el cauce del río es infranqueable por lo abrupto de las paredes y la mucha correntada) los indios ingresaron a Huarupampa, donde incendiaron la casa de Palomo y saquearon otras.

Callirgos cuando vió a los indios en esta "trampa de ratas", se avalanzó por todos los lados con sus tropas, haciendo mortífero fuego.—Después de una espantosa lucha desde las dos hasta las cinco de la tarde, los indios se retiraron derrotados. En esta acción murió el indio Alegre, valiente entre los valientes.—Como hacía una luna espléndida Callirgos persiguió a los indios hasta las nueve de la noche. No se hicieron prisioneros. Los chinos y negros se encargaban de acuchillarlos. Fué una verdadera carnicería...

Callirgos al otro día, lanzó esta proclama a sus soldados: "Las turbas de indios que habéis visto, y que en estúpida insensatez, se han dejado conducir por los malvados, han pagado bien cara su imprudencia y temeridad. Los miles de cadáveres que se hallan en las faldas del Pangor, son el ejemplo y el escarmiento de los rebeldes. Vuestro Coronel y Comandante.—Manuel Callirgos Quiroga". (Copiada del "Registro Oficial" Lima.—Junio 1885).

El 12 de mayo se presentaron miles de indios: Eran los feroces conchucanos, y montañeses del Maraón, retrasados por las nieves que cerraban los portachuelos.

Se estacionaron en los cerros de Huanchac; por señas y fogatas se comunicaron con Uchcu Pedro que se hallaba refugiado en la otra Cordillera y que instigaba a combatir; pero los caciques de Conchucos, viendo que las indiadas de Huarás, habían sido completamente aniquiladas y dispersas, resolvieron volver a sus provincias.

La artillería emplazada en la ciudad, les hacía frecuentes disparos para atemorizarlos. Al día siguiente trasmontaron la Cordillera.

El 25 de mayo, Federico Cáceres sub-prefecto de Huari, nombra-

do por Atusparia, desde Uchupata, donde se hallaba con tropas, envió un oficio al Prefecto amparándose en la ley de amnistía, dada por el Gobierno. Dice "que ha defendido los intereses de las comunidades de Huari, víctimas de las tiranías de los gamonales y de las autoridades tiránicas, pero que habiéndose anulado el Decreto de la Contribución Personal y dado amplias garantías a los indígenas, el se retiró del movimiento".

Uchcu Pedro jefe de una partida de guerrilleros se dedicó a incursionar por la Cordillera Negra. El 27 y el 29 de junio en las minas de Uchcu y en Ataquero tuvo varios encuentros con las tropas del Gobierno.—Les hacía bajas, y después como por encanto desaparecía en las agrestes punas.

Sabedor Uchcu Pedro que el mayor Zamudio enviado por el General Cáceres venía sobre Huarás con gran cantidad de indios huanuqueños, fué a darle alcance, y a instigarle que asaltara el contingente de dinero que de Casma llevaban a Huarás. Como Zamudio se negara, los indios lo abandonaron. El mayor fué hecho prisionero por los gobiernistas. En el asalto, los indios fueron rechazados con grandes pérdidas... Los huanuqueños se retiraron a Huamalíes y Dos de Mayo de dónde eran oriundos. En el mes de Julio, Uchcu Pedro y su hijo Hilario Cochachín ayudado por los montoneros de Trujillo, saquea Huaylas, adueñándose de esta ciudad.—El Prefecto Iraola desde Huarás emprende una marcha rápida sobre la ciudad tomada.—En la villa de Mato los indios se atrincheraron.

El 24 de agosto, después de un sangriento combate el Prefecto Iraola toma Mato y después Huaylas. Las "Guardias Urbanas" de Carás y Yungay, que acompañaron a las tropas del Gobierno, al entrar en Huaylas, saquean el comercio y se llevan lo poco que dejaron los indios y montoneros.

El Prefecto Iraola volvió de Huaylas triunfante, todas las ciudades del Callejón le levantaron arcos triunfales, y las crónicas palaciegas de los periódicos de Huarás y que transcribieron los de Lima, hablan detalladamente, de los banquetes, bailes y medallas que ofrecieron a Iraola. Hasta pidieron al Gobierno que se le diera el Generalato por los días de gloria" que había dado al Perú... masacrando a más de diez mil indios...

"La Opinión Nacional" de Lima, se burlaba de estos "días de gloria", que habían sido las páginas más tristes de nuestra historia republicana...

Uchcu Pedro, falto de municiones, se retiró a Quillo, con la intención de proporcionárselas en Casma. Como las tropas gobiernistas rondaban por esos lugares, el indio pidió hospitalidad en casa de un compadre de confianza.—Este lo vendió, y en una fiesta íntima, lo sorprendieron los soldados, sin tiempo para defenderse. Al verse preso el Uchcu Pedro les dijo a los soldados: "Así con traición, no vale".

Lo fusilaron en una de las paredes de la iglesia de Casma. Antes de morir volvióse de espaldas y levantándose la chaqueta les mostró el trasero, como signo de desprecio...

Atusparia en Lima.

Después de una sangrienta lucha el General Cáceres derrocó del poder al General Iglesias.

Habiendo estado al tanto de la sublevación indígena de Ancash, hizo llamar a Lima al cabecilla Atusparia.

El indio que se había retirado a su estancia a convalecer de sus muchas heridas, al ser notificado por la autoridad, que le dió los emolumentos para el viaje, emprendió la marcha, acompañado de su menor hijo Manuel Ceferino.

Llegados a Lima, el Presidente de la República los recibió cariñosamente, les dijo que él, como descendiente de una Ñusta llamada Catalina, último vástago de los Incas, quería a todos los indios como si fueran sus propios hijos. Que había castigado al Prefecto Iraola y al Coronel Callirgos, por las inícuas matanzas.—Que el impuesto personal y los trabajos llamados “de la República” quedaban abolidos. Que había ordenado a las autoridades prestar toda clase de garantías y defender los derechos de los indígenas.—El Presidente le ofreció al indio un puesto público en Huarás.

Atusparia rehusó: “Taita, no puedo aceptarlo porque no sé leer ni escribir... Quiero retirarme a mi estancia, dónde viviré obscuramente, llorando por siempre, la muerte de mis compañeros caídos en la Sublevación”.

El General Cáceres quedó admirado del entendimiento de este indio analfabeto.

—Pídemelo lo que quieras... (menos plata) le dijo.

—Yo no quiero nada para mí, Taita. Mas bien... te entrego a mi hijo. Haz de él un hombre de provecho”.

Antes de retirarse de Lima, el pintor Palas, hizo un retrato de Atusparia, en el que aparecía con un fusil en la mano en actitud de atacar.—Además le sacaron una fotografía junto con el Presidente.

Un periódico de Lima hace el siguiente retrato de Atusparia: “Pedro Pablo Atusparia, “el Rey Inca”, tiene 45 años de edad. Estatura mediana, aspecto enfermizo, escaso bigote, sin trenza, habla el castellano y el quechua, y se viste como los demás de su raza.—Ha sido tintorero dónde don Manuel Alzamora de Huarás.—En la sublevación de Ancash, se titulaba “delegado” y aunque no sabía leer ni escribir, visaba todos los documentos. Atusparia no es de la tela de los Restauradores de Imperios, ni se le ha ocurrido ser el fundador de una dinastía. Tiene buen juicio natural y se manifiesta celoso de la justicia.—Atusparia cree que los indios sufren injustamente, sin que nadie se acuerde de ellos. Sin los derechos que todos los peruanos gozan, y más bien, si, con todas las obligaciones”.

La sublevación de Ancash, hizo nacer una ola indiófila en Lima. Los editoriales de “El Comercio” y de “La Opinión Nacional” se muestran humanitarios, doliéndose de las masacres de indígenas. Se publican algunos estudios sobre la raza quechua, y un anónimo escritor serrano, dá las gracias, en un remitido que principia así: “Consue-la el alma, que mientras escritores se ocupan del Afganistan, de Ton-king y del Sudán, haya quién se ocupe del Perú y de los indios peruanos.—Mucho debemos agradecer al autor por el amor que revela a nuestra raza, por lo mismo, que hoy se hace alarde de matarlos a millares, al mismo tiempo que se hacen esfuerzos por traer unas cuantas centenas de chinos.—Cómo no agradecer a nuestro benefactor incógnito, cuándo hace días, uno de los más grandes capitalistas, que

quiere importar chinos, oyendo leer el parte que se habían fusilado dos mil indios, dijo: "Los indios están demás en el Perú".

En los periódicos de Lima, meses de mayo, junio y julio del 85 ("El Comercio", "La Opinión Nacional", "El País", "El Nacional", "La Tribuna", "El Campeón" y "El Bien Público") además de las correspondencias de Huarás relatando los sucesos, se encuentran remitidos del Prefecto Noriega, sincerándose de los acontecimientos, y echando la culpa a los blancos de Huarás que incitaron a los indios contra su autoridad, para sufrir después las consecuencias de una lucha de razas.

Los blancos de Huarás contestaron inculpando únicamente al exprefecto de ser el causante de la sublevación, por haber querido cobrar el impuesto personal y cometido mil abusos con los indígenas.

En esta riña de comadres, se secan los trapitos al sol. La historia recoge valiosos datos. Y llega a la triste conclusión "que en las sierras del Perú los indios son esclavos".—"Que los blancos los consideran no como personas sino como animales".

La muerte de Atusparia.

El más viejo de los ancianos, representante de las cuarenta estancias de Huarás, con su voz pausada, dirigióse a Atusparia:

"Te damos esta gran comida de despedida, según nuestras costumbres de tiempo antiguo... Cuando uno se vá para siempre, hay que despedirlo... Te llama de la Ciudad Grande, el Alto Jefe, para concederte honores y mercedes. Te sentarás preeminente en la mesa del Emperador. Usarás borla encarnada y plumas de corequenque. Vé, Atusparia, fuiste sabio y bueno. El Sol te llama hijo. Toma. En copa de oro, como nuestros padres incas beberás la sagrada chicha. Bebe de ella que en el fondo encontrarás la verdad de mi despedida...

Atusparia recibió con grandes reverencias el vaso de chicha y antes de acercárselo a los labios: "Quiero—dijo con su voz sincera—ahora que mi cabeza no siente el sueño divino de la sagrada chicha, dar mi corazón, por entero a vosotros, para que conozcáis la verdad... En el abismo misterioso de las miradas viejas de los Ancianos, conocí mi despedida postrera... ¿Me habeis llamado traidor y vendido?... No quise destruir ni asolar ciudades, ni violar mujeres, ni chancar niños sobre las piedras.—Solo Uchcu Pedro era el que con el rejón ensartaba por el ano a los soldados mistis. El que bebía la sangre y machacaba los huesos. El que clavaba cabezas barbudas en el camino. El que violaba doncellas.

Me llamasteis traidor, porque amparaba mujeres indefensas, protegía niños y era misericordioso con los enemigos...

¡Ancianos de mi tribu! ¡Por mis venas corre sangre de Incas! Soy el amauta que hace limpiar los caminos, construir los acueductos para el regadío, trabajar la tierra y adorar al Dios Bueno.

Me hacéis beber la dulce chicha de los ensueños en vaso de oro... De maíz escogido fué hecha, con sumo sagrado de coca fué mezclada... Ven sagrada chicha, entra por mi paladar, que en el fondo del vaso de oro está mi verdad...

De pié, la cabeza inclinada, litúrgico, mojó sus dedos en la chicha y ofrendó a los cuatro puntos del horizonte "Apu Huascarán, Apu Wilcanota, Pachatera mana, Cochatera mama".

Bebió largo, sin apresurarse, paladeando la dulce chicha emponzoñada...

Silenciosos chacchaban los indios... Sus caras eran enigmas... Solo el más anciano murmuró al oído de Atusparia: "Es la Justicia del Sol".—Ofrecióle el "huallqui" de la coca "Chaccha jefe, padrecito mío". "Mi coca tiene manchas rojas"... Mira... yo también la tomo, quiero acompañar al Amauta Atusparia en el viaje a la tierra del Sol, para decir a nuestro padre, que cumplí con sus mandatos inexorables... Chaccha taitito mío... que mi catipa está dulce... Me predice que llegará el día que tu nombre será reverenciado... Se me nublan los ojos... mis cien años se abaten... Veo mis rutilantes Emperadores que te esperan: "Hermano te llaman"... Oh! más allá, en su trono de oro... Inti... Pachakamac... Wirakocha...

Responsos.

Muerto Atusparia, los blancos hiciéronle un solemne entierro. Formación militar, banda de músicos y discursos.

El cholo Ladislao F. Meza de Huarás dice: "Atusparia vino a ser el Nestor del movimiento, el hombre de razón clara, el necesario evitador de la consumación de los grandes disparates. Su prestigio no era falso al decir de quienes conocieron a este buen indio. Poseía un talento franco, que en ocasiones anteriores, le había valido algunos triunfos entre los indios de Unchos y de Marian, principales autores de la insurrección. Su consejo era escuchado como bueno y casi nunca procedía contra su voluntad" El Aijino Antunez de Moyolo dice: "Los indios suspicaces creyeron que Atusparia los había traicionado durante la sublevación, por eso cuando volvió a su estancia lo envenenaron... Tal fué el fin de este indio notable que, aunque no sabía leer ni escribir y no poseía en consecuencia instrucción alguna, reveló tener grandes dotes intelectuales y una gran sagacidad. Los pueblos del Callejón, y en especial Huarás, cuyo saqueo impidió, tienen contraída para con Atusparia, una deuda de gratitud; y por eso—algún día—tendrán que levantar en Huarás una estatua a Pedro Pablo Atusparia, en recuerdo de su actuación, y como símbolo de unión de dos razas, para formar un sólo pueblo".

Víctor M. Phillips de Carás dice:... "Los actuales hacendados, fieles encarnaciones de los terribles corregidores de la época virreynal... ¿quién ignora como son tratados los indios en las haciendas de la sierra? Tal vez peor que bestias. Trabajos forzados, reenumeración miserable, o nula, flagelaciones, arrebatos de sus tiernos hijos para el servicio doméstico... y otras mil barbaridades que sería largo enumerarlas. Por otra parte, los frailes, esos eternos succionadores del pobre infeliz paria... y por último, hasta el tinterillo que medra con las lágrimas, sufrimientos y miserias de esta mil veces desventurada raza!"

"El Sol de los Incas"

El periodista huarasino Dr. Fernando Suárez Olivos, en un artículo que publicó en 1923, en el periódico "La Autonomía" de Huarás, bajo el título de "Reminiscencias", dice, refiriéndose a la sublevación

indígena del 85: "El indio Manuel Atusparia dominando la situación como jefe supremo, nombró prefecto al doctor Manuel Mosquera; y envió circulares a todos los centros indígenas de la República, con el fin de restablecer el imperio incaico. Por aquella época, el administrador de "La Autonomía"—don Abelardo P. de La Rocha—se vió obligado a publicar "El Sol de los Incas" redactado por Luis Felipe Montestruque, secretario general de Atusparia, muerto poco después, en uno de los ataques a la ciudad de Yungay. . . Tomado Huarás por las tropas del orden "El Sol de los Incas" desapareció, pero Rocha pudo seguir después con la publicación, dando al periódico el nombre de "La Federación".—En el año de 1892 reapareció "La Autonomía", siempre bajo la administración de Rocha. A poco, enfermó y murió éste, que fué el tipo del perfecto cronista de aquellos tiempos.

Los azares de la guerras del Pacífico dejaron en Huarás a Montestruque. Fué secretario del Coronel Secada, y profesor del Colegio de la Libertad.

El hijo de Atusparia

Acompañado del historiador "del movimiento obrero del 19", el compañero Martínez de la Torre, visitamos en el Callao a Manuel Ceferino Atusparia, hijo del famoso Pedro Pablo. Vivía en la calle de Apurímac 435. Una vivienda de obreros.—Manuel Ceferino, un hombre corpulento, de unos cincuenta años de edad, alto, cobrizo, de grandes mostachos, nos recibió muy amablemente. Charlamos sobre la actuación de su padre; Manuel Ceferino nos relató, más o menos, todo lo que el autor, ya conocía, por los periódicos del 85 y los relatos verbales de los indios huarasinos sobrevivientes de la sublevación.

Sus impresiones personales son muy vagas; tenía diez años cuando estalló el movimiento.

Recuerda a su padre, dando órdenes para que trajesen ramas de sauce. Que estando en la puerta de la casa, dónde su padre trabajaba vió pasar a muchas mujeres con cajones de fideos y sacos de azúcar, y que le dijeron que estaban saqueando a los chinos. Que él entonces se fué a la chacra de Marián, dónde su madre doña María Fernanda Llauri. . . Que después recuerda, ver pasar a su padre en una camilla. Que nuevamente en casa de don Fabiano, vió a su padre muy enfermo, rodeado de señoritas. Que recuerda haber desembarcado en el Callao con su padre. Y haber asistido "a la entrega del mando" al General Cáceres, en el Palacio de Gobierno.

Recuerda la conversación de su padre con el Presidente de la República.—Dice que él, se quedó en casa del General. Que lo mandaron a estudiar en uno de los mejores colegios. Que después estuvo en el Ejército. Y que hace veinticinco años se radicó en el Callao, donde ha formado un honrado hogar. Tiene dos hijas, bellas muchachas, que conservan los rasgos finos de las princesas del incanato. Como cosa curiosa nos dice que desde que se estableció en el Callao ha vivido en la misma casa, y con los alquileres pagados durante los veinticinco años hubiera podido comprar todo el "Callejón".

Manuel Ceferino nos muestra su partida de bautismo, que lo acredita como hijo legítimo de Pedro Pablo Atusparia y de María Fernanda Llauri.—Además nos muestra copias de las solicitudes que presentó al Prefecto de Huarás, pidiendo cien soles para atender a los

funerales de su anciana madre que había muerto. Se basa este pedido, en la actuación honrada de Atusparia, en la sublevación del 85, salvando del saqueo a Huarás y demás poblaciones de Ancash.

Que doña Fernanda Llauri al morir le dijo: "A tu padre lo envenenaron en un banquete; (las encías se le pusieron moradas). Si tu no te vas pronto de la estancia, también te matarán.

Final

El año de 1925 hubo en Huarás una protesta indígena.—Los caminos de la costa habían sido destruidos por las fuertes lluvias, y a los indios se les obligaba a repararlos sin renumeración alguna, so pretexto de cumplir la "Ley Vial".

Los indios se reunieron en grandes grupos, en la Plaza de Armas. Hablaron con el Alcalde municipal, le decían que no podían trabajar en los caminos de la Costa, porque estaban en plenas labores agrícolas, y además habían cumplido con la "ley vial" por dos años adelantados.

El Alcalde mandó a los indios a quejarse dónde el Prefecto. Los ayudantes en la Prefectura, les contestaron, que no podían entrevistarse con el Prefecto porque estaba durmiendo la siesta.—Los indios se dirigieron entonces donde el Obispo, presidente de la "Pro-indígena".

El suscrito que era redactor de un periódico de Huarás, se mezcló entre la manifestación indígena, con el fin de tomar datos.—El periodista vagabundo—Martín Miranda—un tipo escapado de una de las novelas de Máximo Gorki, habló con los altos jefes quechuas... "Había que protestar"...

Cuándo... ¡Gendarmes! En todas las bocacalles armados de fusiles... Nos quisieron tomar presos. Yo pude escapar. Martín cayó.

En la noche, flagelaron al heroico Martín. A mí, se me buscaba para deportarme a esa famosa isla de San Lorenzo.

(Los azotes dados al compañero Martín, los sentí en carne viva: me hicieron más rebelde).

Esta aventura me dió cierta popularidad entre la indiada. Cuando cazando paisajes por las estancias huarasinas, busqué datos para la historia del Amauta Atusparia, los conseguí sin reservas...

Ernesto REYNA

Setiembre—1929.



LOS POEMAS RURALES

1. como un viejo colono ébrio de viento
 el domingo se fué sobre la grupa
 castaña de la tarde...

labios tostados de alegría y de alcohol
cantaban en los barrios serranos de la fiesta.

más lejos
la noche se terciaba
su "vicuña" de sombra.

algunas puertas
cerraron sus pestañas humildes
y otras ¡ah, otras! ajustadas las 9 p. m.
bostezaban compases de caja y de guitarra...

2. ...y por las calles
 regadas con sabroso sabor a miel de caña
 pasó la ronda ciega
rubricando los rostros de los cholos borrachos
y haciendo fuertes nudos
a sus lamentos y protestas.

y por todos los rincones de la noche
encarcelando rebeldías serranas
violentando alaridos
fué la arrogante justicia de la hacienda

"cierra esa puerta... apaga la luz indio borracho..."

y al conductor de caña dieron los calabozos
en la madrugada
su contingente de fatigas ébrias
mil carros sin salario
se volcaron ese lunes
y en las espaldas pesaban como culpas
los vigilantes ojos del capataz criollo...
...a lo lejos pitaban su protesta de humo
l a s l o c o m o t o r a s

nicanor a.delafuente

chiclayo.

EL GAVIOTA, por José Díez-Canseco.

(Conclusión. Véase el No. 27 de "Amauta")

IV

Nácar azul unánime la mar prendida en el tramonto. ¿De dónde vendrán los tumbos? Se marchan hacia el este, hacia la costa que no se adivina en el horizonte claro. Hacia allá todas las olas. Canta el marullo en los flancos del buque. La estela se retuerce sin espumas. Cae el sol sobre el mar. Ni un pájaro. Solo la parva de nubes tintas en rojo que viajan con el buque. Se ve venir los tumbos. Pausadamente, lentamente, van acercándose hasta el buque. Lo alzan un instante, lo dejan caer, y prosiguen el viaje lento y sin objeto. Así cada tres minutos. ¿No se cansan nunca? La brisa zumba en jarcias y en drizas. Una brisa pesada, tibia, yodada. Lejos quedó Cabo Blanco. Se navega a la cuadra de Colombia. Los tramontos y las albas alegres rutilan como papagayos colorinos y mudos. De rato en rato, un escualo asoma el dorso aspadado y plomo ¡Mar, mar amiga y locuaz, madrina de vagabundos!

Nunca viera así la mar absoluta. Siempre parcela azul enmarcada por la Isla y la herradura del puerto. Los ojos de Gaviota se dolían en el esfuerzo de adivinar distancias. Siempre eterna, constante, numerosa, perenne, la mar antigua y nueva. ¿Sobre qué profundidad navegarían? Gaviota imaginó la masa densa, unida hasta lo infinito, inerte de cuarenta brazos para abajo. ¡Demonio, ¿cómo sería eso? La mar!

A proa del Albatros, unos delfinos jugueteaban señalando el rumbo. Navegaron un instante junto al casco. Luego desaparecieron. Ahora, la soledad absoluta. Absoluta. Por el este se alzaba la noche a todo trapo. Venus rielaba plata en tumbos. Y otra vez, y muchas otras, la canción de la brisa entre las jarcias.

No hubo fiestas al pasar la línea. A la hora del baldeo, Kálúa, el mulato de Hawai, le endilgó un cubo de agua sucia. Ese fué el bautizo. Confirmaron el nombre de Gaviota. El muchacho regañó de la broma y todos la olvidaron después. Por las mañanas, policía. A la madrugada, baldeo. Refregar bronce. Limpiar la cámara y literas. Después, las tardes aburridas, charlando de igual a igual con los tripulantes que contaban de tierras lejanas: Marsella, Santander, New York, Génova. Luego los puertos del Adriático. Las gentes bullangueras de Levante. Las brumas de Bretaña. Fjords escandinavos poblados de albatros lentos. Los puertos de Oriente: Yokohama, Kobe, Shang-Hai. Costas de Persia, hacia Bab-el-Mandeb, por el Mar Rojo. Los horizontes de médanos grises.

Así se fué tejiendo la amistad entre esos hombres y el muchacho. Pero era el nuevo. A él las bromas y las pullas a que contestaba, rápido y preciso, con su ingenio de criollo. Pero siempre la barrera de respeto entre los viejos y el nuevo. Nunca se transgredió. Vientole voluntarioso y fuerte para resistir todos los trabajos de a bordo,

empezaron a ver, en él, un camarada digno. Y así, cuando desembarcaron en Balboa y fueron a Panamá, Levecq, el inmenso bretón, compró un pleito promovido por un puntapié de Gaviota a la cara de un mulato y que restalló como una cachetada. Al pasar el Canal todos le fueron instruyendo sobre los lugares que veían: Ancón, Bellavista, Gatún.

Don Charles, que tanto gustaba de guardar distancias, ya aceptaba la compañía del grumete en las horas tediosas de la noche. Y allá, en el puente, mientras el gringo manipulaba en las cartas, el muchacho era compañía alegre del marino.

Casi era otro. Las faenas de a bordo, rudas y violentas, habíanle anchado, solidificado. Y, ya en tierra, algunos compañeros reían del afectado balancear del torso con que el muchacho quería hacer ver sus trazas marineras. No decía "mi buque". Decía "mi cacho". La fabla cruda del Gaviota tomó nuevos ingredientes de la jerga marina y, entre ajos, mezclaba a veces un ¡God dam! que hacía sonreír a los gringos. Siempre la camiseta de jersey azul. Del cinturón, un enorme cuchillo de muelle remataba el avío marinero. Comenzó a mascar tabaco y a fumar en pipa. Se afeitaba muy de vez en cuando y el bozo crespo que le crecía le daba un aspecto de chiquillo disfrazado de hombre.

Cuando don Charles le señaló trabajo fijo en el puente, casi trepó a una cofa el Gaviota de alegría. ¡Pilotín! ¡Entenderse con la caña! ¡Ya era un viejo a bordo! Los otros le fueron instruyendo sobre la brújula y en saber guardar el rumbo. La advertencia de no llevar nunca cuchillas, ni llaves, nada que fuera acero, pues la aguja se disfuera. Y partida por la proa del buque, la mar innumerable y serena.

Algunos refunfunaron, sin embargo, de que tan pronto se le diese puesto en el puente. Pero el muchacho, orgulloso de sus trazas, soportaba tranquilamente dos cuartos de guardia seguidos, con tal de meterse bien adentro las enseñanzas de los viejos camaradas.

Noches de a bordo. Altas y brilladoras las constelaciones caminantes. Lejos al oeste, dos puntos que a ratos brillan y a ratos se pierden. Algún barco. Luego la guirnalda fosforescente de los delfines que huyen en zig-zags raudos. De las lumbreras, los rayos de las luces encendidas. En esas manchas de luz, manchas de peces que escapan de la angurria de los dorados. Alguna vez el bufido de un lobo. Luego el retozo de los escualos pacientes y voraces, que siguen a los buques como una estela dentada de peligros. Y el rumor inalterable de la mar pausada. Tanto se oye este rumor que ya ni se le percibe. Y allá, en el puente, de doce a cuatro, prendido en la caña del timón, el muchacho rompe nieblas que rutilan en la mar parsimoniosa. Después, las albas sin pájaros. Albas mudas, claras, tranquilas, sobre la mar que se entinta toda con las galas de Levante.

Gaviria, el Gaviota, no tenía perro que le ladrara. Tampoco don Charles. Perdida la madre zamba y el padre marinero, no hubo hogar porque no hubo nunca mujer. De una castidad forzada, desfogada en los delirios de los puertos distantes y distintos, solo el mimo de las putas que luego se olvidan como libros aburridos. Por ende, faltaron hijos. Solo descansos breves en los puertos, descansos agitados en las tabernas marineras. No profundizó jamás en las ciu-

dades que decoraban sus recuerdos. Nunca la hembra honesta que fuera novia absorta en playas parleras. Nunca le esperaban. Jamás tuvo carta que no fuese de los Armadores o de las Agencias esparcidas por el mundo. Jamás la letra apresurada de la mujer que espera.

Y viviendo solo, sin más recuerdos queridos que los que guardaba de Paita, sin tener qué esperar ni qué querer, el gringo puso toda su inconsciente capacidad paterna en el criollo chalaco. Hubo mimo y complacencias mal comentadas por la tripulación severa y celosa. Y más de una vez, inexplicable desobediencia de la disciplina, el muchacho fué a pasar algunas horas de la tarde a la Cámara del Capitán, y acariciaron por igual una botella de ginebra. Otra tarde, puestos unos dólares sobre un periódico atrasado en un año, Caillaux, el marcellés bigotudo, había limpiado los bolsillos de don Charles, Brown, Levecq, Bossio y Gaviota. Es decir, el criollo alternaba ya con la plana mayor del buque. Levecq y Bossio eran marinos de las flotas mercantes de sus respectivos países. Ambos oficiales agregados al escalafón militar. Abajo, las gentes de máquinas que miraban al Gaviota de igual a igual, se habrían pasmado de encontrar esta familiaridad al cabo de seis meses de camaradería.

Pero el muchacho, instintivamente, supo guardar distancias sin permitirse confianzas. Y a la vez que supo tener chungas y aspavientos de burlas, supo, también, tener maneras de respeto. Esto le acrecentó amistades. Pero nunca faltaron hostiles desconfiados y díscolos.

Dos nuevos muchachos se embarcaron. Uno, en Cuba, el otro en el Havre. A los dos les fué enseñando pacientemente las tareas simples que a ambos competían. Y por inmedianías de edades, los tres mocosos anudaban compañía. Y aquella noche, no se sabía cuál porque las fechas a bordo son todas iguales, se estuvieron jugando un poker baratito. Les sorprendió Caillaux. Galo y cubano tuvieron arrestos. Al chalaco, ni hostia.

V

Mares escandinavos. Mares de los trópicos parleros. Costas azules de contornos vagos entre las nieblecitas vagabundas. Puertos sombríos de vahos petroleros. Cisco de Cardiff. Ácidos y sales de los rígidos cueros argentinos. Ménstruo acidalio de la mar enferma en períodos femeninos. Selvas espesas de Centro América. Puertos aromados de té y sándalo: Ceylán, Saigón. Todos los olores de todas las latitudes en las narices absortas de los hombres sabuesos. Modorras espesas de los mulatos jamaicanos. Toda la gama del hedor humano en la pituitaria del chalaco aventurero.

Después, las borracheras en el apresuramiento de un descanso ficticio. Tabernas de humos espesos que se cogen con la mano, y que altos abanicos de palmeras remueven junto con las cortinas indianas y colorinas. Precoces desconfianzas por las mujeres que corren, de mano en mano, como monedas falsas y enojosas.

Y así, vivir, vivir sin afectos, sin trabas de sentimientos ni arrullos de mujeril zandunga enamorada. Sólo el favor fuerte de don Charles. Y, las desconfianzas de los camaradas que vieron esos favores como injustos, porque el muchacho no hacía más que los otros.

Porque no vieron amores que ambos disimulaban en la inflexibilidad de una consigna. Porque no supieron hasta donde fueron hijo y padre, ni hasta donde exasperara la soledad entrambos.

—¡Pica, pica, pica!

—¡No jorobes!

Bossio dejó caer la cuchilla con que picaba tabaco y apuntó al Gaviota con un taco de madera que el otro esquivó en un guiño:

—¡Rápido pa'l boche!

—¡Per Dio!

—Déjate de faroles y pásame picaúra...

—¿Cuando vas a comprar?

—En cuantito llega a puerto.

Ya había pasado un otro día sin historia y manso. El tramonto se encendía de verdes, rojas, moras tintas. Ya aparecía Venus, la Cojonuda al decir del Gaviota, llorando plata sobre la mar, en ese día, picadita. Se acercó Caillaux. La charla se hizo entre los tres, arrastrando las palabras y procurando bromear. Rápido, corría un viento espeso arrastrando humos del cosmos. Allá, sobre el horizonte casi, la estrella solitaria de las nieves.

—Parece que se alza la mar...

—Mismo que leche hervida...

—Parece...

Los tres hombres callaron. Era, acaso, la víspera de un temporalito. Callaron. El viento siguió en su ritornello de mal augurio. Espesos, corrían también los nubarrones ensuciando a la mar por reflejo. Pasó el Capitán:

—¡All hands on deck!

—¿Baile?

—Ha bajado el barómetro...

A sus puestos de maniobra. Seguido del Gaviota, el Capitán al puente. Trepó por la proa un chicotazo de espuma. A toda prisa, tapa a las escotillas. El muchacho arrugó el gesto:

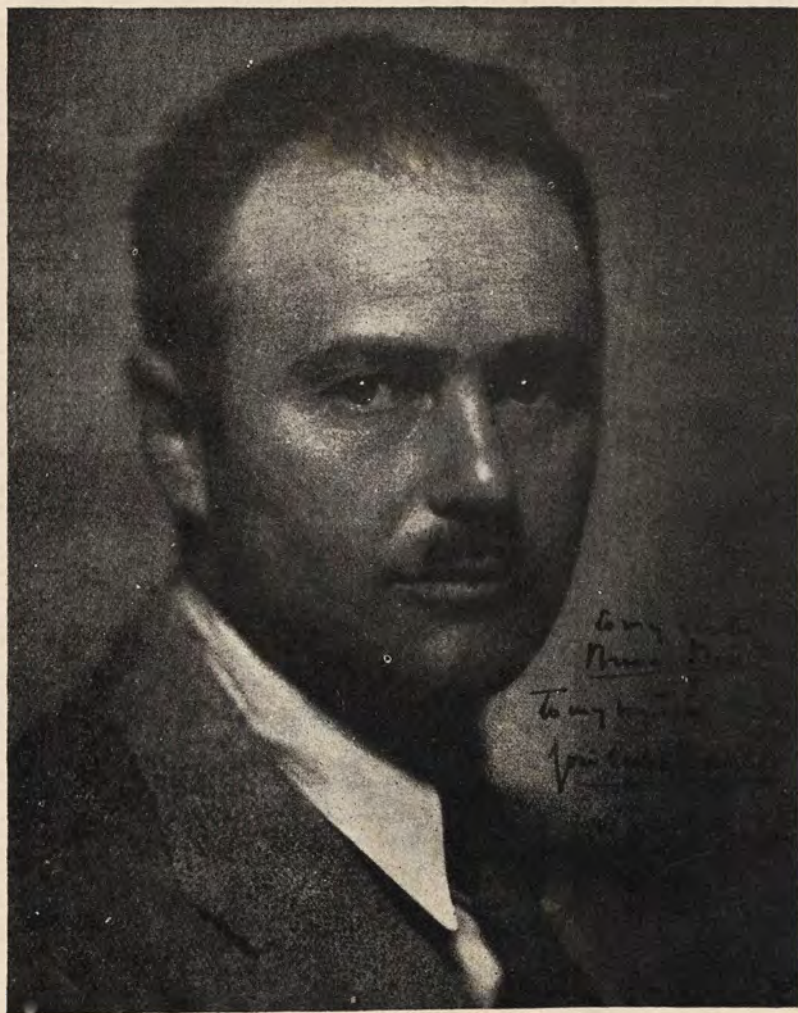
—Esta si es jarana, mister...

—Not yet.

Desatentadas, las olas seguían en un apresuramiento absurdo. ¡Claro que era jarana! El Albatros se alzaba crujiendo y quejándose. Los palos decían, en un gesto desolado, que no. Pero la mar seguía implacable chicoteando de flanco al buque palomilla. Redujeron velocidad y, cara al viento espeso, la fuga hacia otro lado más tranquilo. Volvieron a alzarse las olas. Todas locas, desmelenadas de espumas. ¿De qué acicate huirían también ellas? Y siempre allá, hacia allá... ¿Dónde es "allá"? ¡Vaya usted a saberlo! Y sordo, prolongado, absurdo, estúpido, voraz, el rumor de la mar como de un gato juguetón y diablo.

Felizmente no pasó a mayores. Es decir, si. Hubo una y gorda. Temporalazo grueso el del día ese. Pero no lo hizo el viento ni la mar turbionera. Lo hizo el Gaviota.

Unos minutos la mar siguió correteando. Todavía cantó el viento amenazas y ternos sucios, a los que los hombres de a bordo respondían con todas las groserías de todos los países. Al pasar, un tipo indefinible,—trazas francesas,—se apoyó en un pie del Gaviota y, como la mar, se alzó también el muchacho "mismo que leche hervida".



C I T Y B L O C K

A WALDO FRANK

¿Por qué esas negras y mediterráneas calles solitarias de máquinas y llenas de soledad de árboles? Calles salidas del salmo, y los vagabundos y las casas deshabitadas. El cielo ya de la última calle del mundo. Las calles de Charlie Chaplín, sobre todo, o el acantilado de los oprimidos. ¡Oh, Waldo Frank, magnífico y antiguo transeunte de las calles de la sombra, de la antigua calle de la sangre del pueblecito judío que está tan cerca aún de los pasos del hombre! ¡Oh, esas calles de Charlie Chaplín, caídas en los crepúsculos, en sus oscurecidos ojos que ven la procesión adolorida del mundo! Calles con piedrecitas



CABEZA, por Carmen Saco (Lima, 1930).

omo en las aldeas de la Biblia. Calles del alma, sin luz, por las que
 vá solo Waldo Frank. La amistad de Mr. Frank es con Chaplín y sus
 calles. Me gana por completo esa actitud de Frank, ante el mundo
 largo de las calles. Esa manera siempre de ubicar al hombre en la ca-
 lle, de verlo y sentirlo en la calle. Para Frank, indudablemente, el pun-
 to o situación del hombre eterno es en la calle. En Frank, hay una tra-
 dición histórica de la calle, que es el sentido errátil de su raza. Yo
 también creo mucho en el destino de las calles, en su contenido
 humano; creo que la mística ya ha filtrado las calles. ¡Oh, esas calles
 de Toledo, húmedas de mística y de laceradó salmo! En los templos



MERCEDES PADROSA, busto por Artemio Ocaña.

de Toledo, en los altares, en los ángeles, no hay atmósfera mística. Está ya en las calles, bajo el acantilado de las calles donde están los esqueletos de cuando la Inquisición. Yo también llevo una calle determinada en mi alma. Solamente tengo de ella datos de sombra, de oscuridad, de embriaguez dichosa. Así mismo tengo también una calle olvidada. Es por la que he encontrado a Waldo Frank, huído de sus malos amigos, de sus amigos poco interesantes, que suelen ser malos amigos.

¡Oh, calles de Londres, de París, de Praga—; calles de las fotografías; calles lejanas del polo—; calles de Madrid, donde no se puede hablar mal de Dios—; calles de París con malas mujeres, con gozo de un momento y consultas de médico, enfermedades venéreas etc. Pero magníficas calles con servicios sexuales, que exigen el más íntimo ritmo de nuestros huesos—; calles con pena a los lados, en los vidrios rotos de las altas ventanas, ¡horrible dolor de las altas ventanas de París, de las buhardillas del invierno donde viven los desamparados alumnos del dolor cogiendo los tonos que han de salvar al mundo! Calles altas de los pintores, de los más puros que aprehenden el cielo. ¡Oh, las calles de los místicos modernos: de los tratantes de blan-



Madera por Camilo Blas.

cas y de los poetas! Calles de Waldo Frank, con una sola sombra, huida y bulto en el viaje de la soledad. Calles de Waldo Frank, directas a la soledad, a su hombre de soledad. Calles por donde han rodado los epilépticos. Maravillosas calles de huesos sin asfalto en el itinerario de Waldo Frank.

Xavier ABRIL.

Cerro el puño y el franchute fué a dar contra un palo. Esto, a vista del Capitán, ¡del Capitán! Bossio intentó contener al muchacho y él, sin saber a quien, creyendo acaso que le agredían, alzó el pié,—¡pata chalaca!—y lo aventó a las costillas del italiano que se quebró en el golpe. Hasta que le apercollaron. Barbotó don Charles:

—¡Al pañol de cadenas!

Y allá, en dos metros cuadrados, largos minutos requintó a todos: a Bossio y a don Charles, a su "cacho" y al franchute, a todos, ¡a todos! Odio y maldijo hasta cansarse. Se entredurmió un rato. Una voz le sorprendió risueñamente:

—Gaviota, sal p'ajuera...

—No puedo: mi'an castigao.

—¿Sabes qui'or es? Las ocho...

—¿Y mi rancho?

—Por eso vengo. Don Charles dice que ha sido una muchachada y dice que ya salgas del castigo, ya...

—Tá bien. Y después, ¿regresó?

—No mi'a dicho nada...

—Vamos.

Iban navegando con la mar ligeramente atravesada. El Aibatos corría con suaves bandazos, como si en cada uno de ellos hurtara el cuerpito para no aguantar porrazos. La noche clara y calma. La brisa estaba ya fresca y suave. Altas las estrellas viajaban también, prendidas en las puntas de los mástiles. El voltaje bajo amarillaba las escasas luces de la cubierta. En la toldilla de popa dos sombras caminaban en corto paseo de estribor a babor. Al bajar por la escalerilla que conduce a la Cámara, oyó su nombre. Paró la oreja prudente:

—¡Engreído! ¡Si don Charles lo consiente! ¡Tenía que engreirse!

—¡Pero hacer boche en la cubierta?

—Lo deben haber zampao al pañol a pan y agua...

—¡Qué pañol ni que niño muerto! Ahorita ordenó don Charles que lo sacaran, porque dice que no jué su intención de ofender a nadie...

—Don Charles lo quiere: debe ser su hijo...

—¡Qué hijo! Lo que tiene es que se le ha acoderao al gringo con cariñitos y aceite...

—¡No frieguen! Ese muchacho es un buen grumete.

¿Grumete? ¡Ayayay! ¿Grumete? Demasiao bonito pa grumete...

Gaviria palideció como si se mareara. No le importaba que supusieron de él, ¡todo! ¡Cualquier cosa! Pero, ¿eso? ¿Demasiado bonito para grumete? ¿Y don Charles? Se aventó a la Cámara. Por las miradas se dió cuenta de quien había sido el canalla que tal se le ocurriera. Alzó un banquillo y lo estrelló sobre el cobarde. Una baraunda de vasos y platos de estaño, las interjecciones sordas y el grito furioso, destemplado, femenino, silbante, del mocososo que se abrió a puñetes. En el primer instante la sorpresa desarmó a los otros. Kálúa se torció con un cabezazo en el pecho. Carrizales se restañaba la sangre de una mejilla que un puntapié del Gaviota abriera. Los cuatro o cinco restantes tenían golpes sin importancia y ya comenzaban a devolverlos al muchacho que respiraba furia:

—¿Yo, maricón? ¿Yo, maricón?

A la bulla llegó don Charles. Su alta figura se marcó en la sombra de la escalerilla:

—¡El Capitán!

—¡Ahá!—barbotó el Gaviota.—¡Decían estos carajos que soy demasiado bonito pa grumete! ¡Y decían,—prosiguió en un hipo de llanto,—que usted, don Charles se aprovechaba d'eso! ¡Y a mi, nadie, ¿entiende? nadie si' atrevido nunc'a decirme eso!

Y como un loco, sin qué ni a qué, abrió su enorme cuchillo de muelle. Y acaso con el vago deseo de probar que con ese gringo no tenía nada, se precipitó sobre él, montando el pulgar sobre el lomo de la hoja, para rajarlo de abajo a arriba. Don Charles, lentamente, esquivó el golpe al vientre y lo recibió en la mano tatuada,—ancla con dos coronas,—que en un instante se tiñó de una sangre que cegó al Gaviota ya atontado. El gringo le desarmó y, anudándose un pañuelo, ordenó tranquilo:

—Otra vez, ¡al pañol de cadenas!

* * *

De La Guayra al Callao, quince días. Quince días lentos, espesos, inútiles para el trabajo, inútiles para el descanso. Gaviria no salió de su encierro nada más que para ir a los lugares. Y eso, acompañado de centinela. Después, al pañol de cadenas. Alguna que otra vez preguntó cómo seguía el Capitán de su corte:

—He's all right. . .

Un poco de yodo y otro poco de ginebra sobre la carne cortada. Un vendaje que no se cambiaba sino de tarde en tarde, y la costra fué creciendo, espesándose, hasta que un día se cayó. Una larga cicatriz rosada le quedó sobre la mano fuerte, atravesando el dorso desde el pulgar al meñique. Y al juntarse la boca de la herida, se habían, también, juntado, por sobre el ancla tatuado, los dos corazones que el gringo llevaba como la enseña de una inquietud lejana y ya perdida.

Una tarde, a las cinco, asomó Levecq:

—Come here.

—¿Qué pasa

—Llegamos al Callao. Vas a desembarcar. Da gracias a que don Charles no te mete preso. Sal.

Fué a su litera. En la cámara unos hombres charlaban vagamente alrededor de una tetera humeante. Al entrar el Gaviota, enmudecieron. El muchacho arregló sus cosas y fué a ver a don Charles. El gringo había puesto sobre su mesa unos montoncitos de soles y medios soles. Sin mirarle a los ojos, ordenó:

—Ahí está su paga. Vea si está conforme. ¡Cuéntela, cuéntela!

El otro contó las monedas:

—Tá bien, señor.

—All right. Yo creí que eras un hombre. No eres sino un muchacho. Otro te hubiera dejado seco de un tiro. Tuve calma. No me lo agradezcas. Desembarca. Loevy te llevará en el chinchorro. Y, ¡nunca compres cuchillo!

—Mire, señor, yo no quise ofenderlo. Jué la sangre que me quemaba. . . Abajo dijieron una cosa que no pude aguantar. . . Yo no quise ofenderlo. . . Si alcé el cuchillo, ¡sabe Dios por qué jué! Burradas que uno hace. . . Disculpe y adios. Yo siempre. . .

No pudo continuar. Algo se le anudó en la garganta al muchacho que le estranguló la voz y se la hizo femenina y flaca. El gringo volvió a otra esquina la cabeza, pero todavía se le pudo ver que los ojos le brillaban extrañamente y la barba, con blanco, ya, entre el rubio oscuro, le temblaba con algo que era,—apuesto lo que quieran!—una cosa así como llanto.

Gaviota arrió fuerte la puerta y llorando, llorando, se tiró al chinchorro en que le esperaba Loevy mudo y grave.

Comenzaba a encenderse la Isla.

SEGUNDA PARTE

NUEVO habían dejado el hábito de Nuestra Señora del Carmen. En una peana, ceras prendidas y florcitas de papel. Dos focos eléctricos hermanaban la fe y la ciencia, y un milagrito, de cobre no más, atestiguaba la influencia parca de la Santa Virgen en la Corte Celeste. El caño, viejo amigo del Gaviota, no lo habían cambiado. Su cobre se enverdecía de orín. El botadero de fierro, oxidado y mugriento, recibía, como siempre, las confidencias claras del agua que cantaba sus frescos instantes, de la labaza turbia de las bateas, de los desperdicios inmundos de baldes y bacinés. Por el centro del solar, un nuevo senderito de ladrillos chatos y anchos. Y entre los cantos menudos, un musgo ralo, verdecino, mustio. Allí estaba su viejo cuarto. Misia Francisca todavía oficiaba de portera, gorda y chata ante la batea de agua azulina. Y el mismo cantar pendía de sus gruesos belfos, mientras restregaba sobre la tabla las piezas de ropa que entre sus manos mudaban de color.

¡Nuevito habían de jado el hábito de Nuestra Señora del Carmen! Otra vez lo pintaran al temple y otra vez relucía la corona inmensa de la Virgen abogada. A su derecha e izquierda, dos angelones sacaban Animas Benditas de un purgatorio de yema de huevo. El Niño, en el regazo de la Madre, mostraba los escapularios eficacísimos a la hora de la muerte. Otros patriarcas y otras almas todavía se chamuscaban en el castigo temporal y tremendo.

Por entre las cañas que sujetaban cordeles en que se secaba ropa recién lavada, una parvada de palomillas —hembras y machos—, retozaba con bullangas. Dentro, sabe Dios qué ocioso, rasqueaba en una guitarra una nueva canción tristona. Y esta canción, cantada así tan a deshora, contagió de nostalgias al muchacho que, guiado por Misia Francisca, penetró al cuartucho donde viviera antes del viaje.

¡Mala pata, Gaviota! El, que pensara vivir, para siempre ya, aborrido del cacho vagabundo; él, que pensara no volver a la tierra querida y añorada, que supusiera volverse un hombre, un hombre de mar que es ser doblemente hombre; que imaginó vagar por los mares desconocidos y anhelados y que, al fin —¡Dios lo habría querido!— tuviera su cacho donde mandar y vivir, venía, otra vez, a la sórdida vida de todos los días, llevando en el alma la visión de los puertos entrevistados entre un trago y un lío, para ver pasar, otra maldita vez, las horas muertas ofreciendo números de lotería y diarios aburridos. ¡Mala pata, por los clavos!

¿Volver a embarcarse? ¡Ni de vainas! ¿Dónde encontraría otros amigos fuertes y duros para viajar en su compañía? Y, además, habría de ser, como antes, el nuevo. No podría comenzar sino de grumete, siendo el último, "trincando el coy", durmiendo en cubierta y aguantando calores y fríos sin una queja, dentro de la más dura disciplina y siendo el primero en el trabajo sino quería morir de hambre en los dos metros cuadrados de un pañol cualquiera.

Estiró su colchón, dispuso su saco y fué repartiendo por las esquinas de la pieza las chucherías compradas en tal o cual puerto. Con dos clavitos puso la fotografía que le tomaran en Amsterdam: aparecía con gorra, camiseta de jersey y en compañía de él, de don Charles. Luego colgó la imagen del Señor de los Milagros y bajo la oleografía del Cristo puso una jarrita de loza comprada en Vigo, que más tarde portaría flores que aromaran las agonías del santo señor. Después salió a comprar un baúl.

Por la calle Lima estuvo vagando un rato. Una sensación de extrañeza le tomó al encontrarse, otra vez, en su tierra, en su Callao, viendo rostros familiares, devolviendo los saludos de bienvenida de los amigos apostados en las puertas de los bares y fondas japonesas.

Allí, en la puerta de "El Descanso de Livorno" estaban Cepeda, el chino Narváez, Evaristo Contreras. Viejos camaradas desde la infancia. Con grandes aspavientos le llamaron. Bromas y abrazos. Contreras sacó una cajetilla de Estanco Obrero. Ofreció tabaco:

—¿Tás trabajando e'nel Estanco?

—Sí, per'es por la patada. Dentré a trabajar áhi pa jugar por el primer equipo. Trabajo como todos, si, pero pagan más...

—¡Ahá!

—¿Y tú?

—No he güelto a jugar. A bordo nu'ay cómo. Demasiao trabajo pa guardar tiempo p'al fútbol.

Luego preguntas, largas preguntas sobre los viajes del Gaviota. Este contó líos y baraúndas. Aventuras con mujeres. Calores de Centro América. Fríos de la alta Europa. Toros de España. Toda la historia del trabajo a bordo. Los tedios de la navegación, las alegrías del arribo.

—Dentremos a tomar algo... —invitó Contreras.

—Yaque...

Don Nicola sirvió media docena de cerveza. Sobre el mármol de la mesa, fósforos y cigarrillos. Junto al zócalo se apilaban botellas y botellas. Los cuatro amigos charlaban y charlaban. El chino Narváez confesó que no tenía trabajo pero era camote de una mujer de la calle Constitución.

—¡Una hembra! ¡Cómo se depi, compadre!

Cepeda justificó la hipérbole del otro. Narváez ofreció a Gaviria presentársela.

—¡Con tal que no mi'agas la contra!

—¡Cojudazo!

Pidieron más cerveza.

Se achisparon rápido. Docena y media de Pilsen Callao se aliñaban en el suelo y sobre la mesa. Con toda exactitud cada cual pagó lo que había pedido. Hablando fuerte y bromeando, marcharon a la Plaza del Mercado, a comer en la fonda de un chino. Un bullicio sordo ambulaba por bares y cafeses. Unas victrolas estruendosas pla-

ñían tangos y reían marineras. Dos voces se juntaban en el ¡ay! largo de un triste criollo y las guitarras retozaban bajo los dedos de sabe Dios qué zambos faroleros.

Era la hora en que salían aquellas mujeres de trajes colorinescos. Sin sombrero, con una ligera mantita sobre los hombros, avivados los labios y mejillas, invitando con el brillo de los ojos rápidos, pasaban por las calles taconeando fuerte para mover las ancas.

Llegaron a la fonda. Todavía pidieron unos piscos. Luego cenaron. De sobremesa charlaron extendiéndose en recuerdos. ¿Cuántos años faltaba Gaviria? ¡Diablo, si se embarcó el año 27!

—¡Compadre, si parece que jué ayer!

—¡Quién l'iba a crer!

¡Dos años largos! ¿Quién lo iba a creer? ¡Dos años! Y, sin embargo, esos años pasaron, qué pronto. Dos años se estuvo vagabundeando por tierras lejanas y desconocidas y al volver nada cambiaba: ni los hombres ni las calles. La misma fisonomía, un poco más dura, en unos; la misma fisonomía, más tierna, en otras. Los amigos que dejara tarnáronse más curtidos; las calles guardaban siempre su mismo aspecto hospitalario y dulce. En ellos, —Cepeda, Contreras, Narváez,— el cinismo práctico de quienes tenían que luchar salvajemente contra la vida. La calle Lima, la Constitución, la Castilla, la Adolfo King, todas iguales. Alguno que otro edificio nuevo, pero los restantes, viejecitos, mohosos, carcomidos, patinosos de tiempo, con la misma traza socarrona y triste. Y para que no enterneciesen recuerdos ni agobiasen saudades, pagaron y se fueron.

I I

Volaba de prado en pradooo,
volaba de loma en lomaaa,
volaba de prado en prado,
volaba de loma en loma,
un palomo enamorado
que sintió separado
de su inocente palomaaa!

En el fondo de la sala roja, un piano, un cajón, una vihuela, una bandurria. Piano, vihuela y bandurria lloraban con un dlin-don tierno, prolongado, melancólico. El cajón, bajo las manos sápidas y musicales de un zambito melenudo y tuerto, cantaba en monorrítmicos golpes redoblados. Era el único reilón en la jarana parca, ¡cajoncito peruano!

Alrededor de la sala, una banca larga, forrada de terciopelo rojo y ya raído. Unos espejos, faltos de azogue los pobres, multiplicaban las dos únicas parejas que marineaban farolonas y pirueteras. Una lámpara que fué de gas brillaba ahora con eléctricos focos pavonados. Las mujeres bostezaban en la espera de clientes. En una habitación inmediata, —la cantina,— se escapaba el gas de las cervezas en taponazos sordos. Una bulla de vasos y risas delataba un jolgorio borrachín. Eran los cuatro amigos, Cepeda, Gaviria, Contreras, el chino Narváez y Diana, el camote del chino. La hembra se mostraba dentro de un traje rojo que se plegaba a las curvas llenas y fuertes de su cuerpo esbel-

to. Lacia la melena, achinados los ojos, alto el busto y los labios pintados, tenía un aspecto refinado y hablaba con "elles" fuertes imitando a los argentinos. Nativa de Chimbote, sin embargo. Gaviria había aprobado:

—¡Güena, pa que!

Cuando la orquesta comenzó ese vals:

Sal, morena a tu balcón...!

el Gaviota invitó, con permiso del Chino, a Diana. No era el vals lento, armonioso, lánguido que hemos visto en las películas con motivos de operetas vienesas, no. Era una danza cortada, rápida, con una agresividad sensual, propia de estos criollos violentos y camotudos.

Poco a poco fueron llegando fletes rubios y achispados. Sin detocarse, entraban directamente a la cantina. Doña Mercedes, propietaria de este palomar nocturno, saludaba con una inmensa sonrisa que mostraba las caries de la dentadura rutilante en oro. Coñaques y vinos fuertes. Dólares y florines. Después, dos mujeres de sombrero. Se delataban como niñas de rango. Las guió doña Mercedes al interior de la casa. Tornaron más pintadas y sin sombrero. La jarana ardiendo y los gringos borrachos. Se generalizó el baile. En un revuelo, el chino Narváez se acercó a Diana que seguía el vals con Gaviria:

—Perdona, compadre. Diana, pégate a ese tráido de la cachimba. Tiene güilla y'stá en bomba...

La otra se desasió del mozo y fué a donde el camote le señalaba. Onduló un poco, le echo el humo del cigarro y le sonrió con picardías:

—Buenas noches...

Narváez y el Gaviota fueron a la cantina. El chino se sentó en el mostrador:

—Una Pilsen...

—No, pa'mi un whiskey con agua...

—Tás fino...

—Costumbres...

Ante su whiskey, Gaviota comenzó a hablar al otro de la vida que llevaba. ¡Vivir de una mujer! ¡Hágame el favor! El chino bebía a traguitos su cerveza. De pronto, le cortó la palabra:

—¡Déjate de vainas! ¡Vo a trabajar? ¿A ganar tres soles, ¡y eso!, po'acarrear adobes? ¡No me vengas! Y el día que uno se duerme porqu'a jaraniao un poco, no se come... ¡No me vengas! O zamparse a una fábrica o al Vulcano aonde le sacan a uno el quilo... ¡Ayayay!

Y enmudecieron. Las cenizas de ambos cigarros estaban crecidas. Con el meñique sacudió la suya el Gaviota y murmuró:

—Tá mañana...

—¿Te vas?

—Si. Ya'stoy borracho...

Y se fué. En la sala, tumultuosa de la jarana, le detuvieron Cepeda y Evaristo. El otro les prometió encontrarse con ellos, al día siguiente, en El Descanso de Livorno. ¡No, qué se iba a quedar! ¡Hasta mañana!

Fuera, la calle ya en silencio. Un policía pitaba la hora. Luego el cigarrillo iluminó sus ángulos de bronce cholo. Se dieron las bue-

nas noches. Una garúa finita estriaba los focos públicos. Un tranvía pasó desocupado. El Gaviota, en lugar de marchar a su cuarto, se dirigió al Malecón. Un poco de aire que le despejara. En el Muelle de Guerra, por el lado que mira a Chucuito, se recostó con los codos sobre el muro y la cara entre las manos. Las luces de los barcos subían y bajaban. Los remos, exactamente espaciados, de una barca pesquera levantaban agua de plata. Corría un viento fresco. Y allí, frente al mar, recordó sus malas andanzas, sus entusiasmos, sus alegrías, sus tristezas, sus apuros por monedas. Esa mar, esa mar tan querida y tan odiada le separaba de su vida de antes, de las tierras por las que vagara, sediendo de aventuras, loco de distancias. Allá viviría siempre don Charles, ese don Charles que tanto le quiso y a quien tanto amara. Ese viejo que supo tener con él ternuras que nunca gustara antes. Ese viejo que le regalaba prendas y se equivocaba a la hora del pago con unos soles demás que aliviaban al muchacho de pesares. Ese viejo, ese gringo peruano que le mandaba acostarse porque suponía que estaba mareado y que luego le llevaba té y limón que le pasasen las náuseas. Ese gringo tan bueno y tan noblón, ese gringo...

Y, quién sabe por qué, si por la brisa o las copas, los ojos del Gaviota se humedecieron tontamente. Prendió un cigarro y se marchó zigzagueante:

—¡La gran perra!

* *

*

En el Vulcano, la enorme factoría retumbante, perdió el puesto. Para albañil no tenía ganas. Un taller de carpintería, ¡era tan sórdido! Estibador en los muelles era trabajo duro y mal pagado. ¿A dónde ir? Eran ya muchos sus años para volver a importunar a las gentes con el pregón eterno: ¡la de a mil! La venta de periódicos dejaba pocos chuyos y vender boletos en un tranvía o en un cinema era esclavizarse tontamente. Además, todos esos trabajos estaban distantes de la mar que, una vez gustada íntimamente, no se puede abandonar a pesar de sus furias, porque tiene también sus encantos. Esa mar viene a ser para sus gentes lo mismo que una china zandunguera, engreída, querendona. Y a la mar volvió. Es decir, a medias. En el Resguardo le dieron un puesto ínfimo pero al menos había la compensación de ver gentes, de ir a bordo de los barcos que llegaban, de despachar equipajes. Allí, en el Resguardo, tenía al menos la fruición mínima de tratar todavía a los vagabundos de todos los países y de vez en cuando meter de contrabando un ciento de cajetillas de cigarrillos o una pieza de seda. Le uniformaron de azul. Y así comenzó su nueva vida, anclado otra vez, quizá sí para siempre, en la rutina del puerto estrepitoso.

Lentos pasaron unos meses, un año y otro año. Ya supo hacerse a todas las exigencias de esa vida y aprendió mañas de las gentes que, por la boca del río, metían zapatos, lencería y drogas de contrabando. A esos hombres, medio ladrones y medio justicieros; a esos contrabandistas, últimos protestantes de la dura inflexibilidad de Códigos y Ordenanzas, aprendió a perseguirlos con una saña que cualquiera habría dicho venganza. Si, una venganza inconsciente contra esos hombres que vivían en el mar. Contra esos miserables que, por unos soles, se exponían a un tiro o al presidio. Una venganza que era despecho y era

envidia, porque esos vivían todavía a su antojo, haciendo de sus vidas lo que les venía en gana. Porque él, Gaviota, vivía amarrado a un deber absurdo, metido dentro de la cárcel azul de su uniforme y maldiciendo la mala, la pe rra pata que lo trajo otra vez a la perezosa indiferencia de los días porteños.

Pero ¡qué diablo! Después de tantos meses y de tanta rutina no hay voluntad que aguante, ni nostalgia que no muera. Cuando la vida se encauza definitivamente, sin perspectivas leagres, el abandono es un recurso y un consuelo. Y pasarse la vida penando porque no hubo buque en qué marcharse, era tonto y sin objeto, ¿no es cierto? Y así, una vez distribuido el tiempo entre un quehacer y una ilusión, nada nos hace volver la memoria, inútil ya y adormecida. Y entre jaranas y copas, volvieron los días tarambanas de la Boca'e Chapa y las empresas rumbosas de arrunzar con pindongas.

Los primeros días de regreso en el Callao fueron un poco duros. Antes de embarse, Gaviria no era sino un palomilla, mal tratado por el medio, sin amigos, porque no eran tales los compañeros con quienes había que competir, sin más consuelo que las noches turbadoras del prostíbulo, arrullado por el camote de una niña pecadora. Y todavía, ese camote era un peligro que había que afrontar todos los días. Se embarcó, pues, y sólo tuvo, al pricipio, el temor ante una nueva vida. El temor de haber dejado su Callao que tanto y tan bien conocía, para emprender una aventura de la que no tenía antecedentes. Pero una vez abordo, familiarizado con esas gentes, no se preocupó más y se acomodó a las circunstancias. Ahora que desembarcaba, extrañó un tanto la vieja vida del barco, pero como al volver encontrara otra vez su tierra y sus gentes, sólo tuvo la nostalgia de los primeros días. Acaso le contrarió el sentirse amarrado a una obligación, ¿pero no eran las bordas del Albastros una cárcel imposible de evadir? ¡Qué diablo!

Días después de calzar los veintiún años, le prendieron los galones de Sargento de Resguardo. Dos tiritas plateadas. En el Bar Kosmos se tomaron unos tragos, él y una partida de amigos. Don Néstor Gaviria no pagó ni una tanda. Por eso tomó whiskey.

I I I

—Así que, ¿ustí'a'stao en París?

—No, en París, no, señora. De Francia no conozco más que Marsella, el Havre, la Pallise. También he estao en Tolon. Pero a París nunca juí.

—Ahá. Como dijo que había'stao en Francia... Con su permiso.

Misia Lola se perdió tras una cortinita verde. En la salita minúsculas,—muebles de esterilla, retratos y postales, macetas con helechos, dijes de conchas marinas, esteras y petates sobre el piso de madera raída,—quedaron Gaviria y Teresa.

¿Teresa? Sí, la china Teresa Gómez, aquella que trabaja en el Correo. Fué en el Cine Badell. Vencidad de asientos y coquetería de

la muchacha. Gaviria la siguió hasta su casa y cuando ya iba a abordarla, la otra le dió con la puerta en las narices. Así la persiguió días y semanas. Eso fué por los primeros días de Diciembre. Al año nuevo la casualidad le puso delante de la muchacha. Al salir del Teatro Colón, felizmente él trajeado de civil, alguien tuvo una impertinencia que la sonrojó duramente. El grupo tarambana de piroperos prosiguió en sus floreos enfadosos hasta que terció el Gaviota porque quiso y porque pudo. Y, ¡chin, pun, Callao!, se hizo el boche. Un zambo cano comentó sonriente:

—¡Cómo me gusta ese gallo qu'en el revuelo pica!

Madre, hija y dos amigas huyeron prontamente. Al día siguiente, se cruzaron en una calle. Teresa se paró ante él y en muy buenos decires le dijo su gratitud y que "se había portado como un caballero". El mozo enrojeció hasta los ojos. Su audacia se le fué a los talones y ella rió de todo el embrollo que al otro se le hacía el estarse ante una mujer que le coqueteaba. Cuando se separaron, teniendo entre la suya la mano basta del muchacho, ella le preguntó si se verían otra vez:

—Cuando usted quiera, señorita...

—El miércoles voy al Badell a ver "París a Medianoche"...

Y de ver París venían. Durante los entreactos, la muchacha había vuelto los ojos pícaros y reilones. Gaviria recibía el coqueteo con una vaga sonrisa entre el humo del cigarrillo. Aquel día se puso un uniforme nuevo cuyos botones restregó hasta casi gastar. A la salida se les acercó y la muchacha lo presentó a su madre. Dijeron que mucho gusto y la señora Gómez se expluyó en una serie de consideraciones sociológicas y calificando de "desgracias" a esos tipos que asaltan con piropos a las mujeres que no han defensa.

—Felizmente usted, felizmente...

Cuando llegaron a la puerta de la casita enjabelgada, le invitaron a pasar. Misia Lola sacó copas y una botella de guinda. Bebieron y así quedó anudada la amistad. Las dos mujeres tornaron con mimos agradecidos. Gaviria excusó gratitudes y dijo que hiciera su deber. Misia Lola, prudente, inquirió:

—Usted, ¿es del Callao?

—Sí, señora.

—Cómo no lo había visto antes...

El mozo contó entonces que estuviera embarcado. Habló de sus andanzas y contó de tierras extrañas. La charla se hizo larga por esa cualidad de nuestros mozos bien hablados. Contó también como, al pasar la línea, allá en el Ecuador, le bautizaron con un baldazo de agua y le impusieron el nombre de Gaviota. Luego los líos y bromas jugados a cual taberno de cual ciudad lejana, perdida ya, en el recuerdo del muchacho:

—¡Qué costeo...!

Cuando Misia Lola penetró al interior de la casa, Gaviria preguntó a la moza si volvería al cinema y cuándo. Ella sonrió hasta por los ojazos rasgados y murmuró apenas bajando la cabecita prieta y rizada:

—Mañana...

Y callaron. Volvió Misia Lola. Gaviria se despidió ofreciendo, para siempre, sus servicios. La Sra. Gómez sacó debajo de la manta bordada un brazo regordete y moreno unido a la mano por una pulsera de

quintos de libra, regalo de su finado. Teresa le acompañó hasta la puerta. Y, ya insinuante, se despidió el muchacho:

—Stá mañana, china...

La china, toda sonrosada y sonreída, picardeó también insinuaciones:

—Hasta mañana, Gaviota...

I V

Gaviria cambió de habitación. No podía ya, adecentado y pretencioso, seguir en el Solar de Nuestra Señora del Carmen. Una "tendencia" en la calle Lima le albergaba ahora. En la salita colgó los chismes y abalorios, recuerdos de sus viajes. En una mesa, tinta y plumas. Manifiestos del Resguardo. Códigos y Aranceles. Comedor, todavía sin muebles. El dormitorio, con cama ancha ya, que esperaba a la esposa.

En la salita, en marco hecho por él y por él taraceado, sonreía la novia. En otro marco, don Charles y él, allá en Amsterdam, cuando todavía eran amigos. Una fotografía del Abatros. Oleografías con marinas chillonas y escenas de naufragios y batallas navales. En un testero, el Huáscar con el pabellón al tope y desesperándose en Angamos. Luego, las patillas de boca de hacha de un Miguel Grau un tanto hipotético.

Pero todavía, se decía él, faltaba la mano de la china que arreglase todo con orden y concierto. Todavía faltaba, en efecto, la prolija inquietud de la compañera que pusiese la nota íntima de hogar en los cuartos un poco desolados de la casa.

—¡Los hombres no sabemos estas cosas!

—Pacencia... —había bostezado Misia Lola.

Y los días fueron discurriendo mansos, tranquilos, sin historia. El noviazgo vulgar, sereno, sin alternativas, en que Gaviria ponía su arrebatado enamorado y Teresa se dejaba arrullar mimosa y querendona. Largos paseos nocturnos por el Malecón. Ambos llegaban conversando. Una vez junto al mar, paseaban en silencio, escuchando el mozo a la mar cariñosa, oyendo la novia cómo el novio oía. Después, de regreso ya, unos minutos breves de despedida. Y antes de irse, Gaviria la besaba en la boca, en los ojos, con esa violencia apasionada y codiciosa de que tanto gustan las mozas engreídas del Perú.

Ella le fué vulgarmente leal. Primero, porque el mozo supo enamorarla como un macho, sin arrumacos ni dengues. Segundo, porque alguna vez que se habló de la Fulana que engañaba a su marido, había murmurado el Gaviota:

—Zambo flojo... ¡Pa que serán las chavetas?...

Y así, días más, días menos, llegó aquel en que señalaron fecha para la boda :el segundo sábado de Abril.

* *

*

—Mira, Teresa, una vez yu'ice, un daño. Jué sin querer pero l'hice. Algo dijieron en el buque en que navegaba y saqué el cuchillo contra el hombre más güeno 'e la tierra. Tu mi'as óido hablar de don Charles. A él lo corté... En la mano, no más, felizmente, porque l'iba a vaciar. No he güelto a verlo, ni quisiera... Yo estaba muchacho, muy muchacho... Te lo he querido contar pa que sepas todo lo qu'e hecho en mi vida. Así es mejor, ¿no es cierto? Quién sabe si algún día lo habrías sabido por otra gente y mejor que yo te lo contara, ¿no es cierto? Ese hombre me quiso... ¡como nadie mi'a querido! No como tú, claro, era distinto... El jué como mi padre... Jué la primera persona que no me trató mal y que supo ser amigo... Un día me perdonó un arresto que tenía por haber metido un lío del sentimiento y los otros dijieron una barbaridá... Me se jué la mano... Y quería pedirte un favor: al primer hijo que tengamos le ponemos Carlos, ¿quiéres?

—Bueno... —se sonrojó la moza.

Quedaron en silencio. Un surco hondo se hizo en la frente del muchacho. Un rato permaneció mudo, mirando sin ver, pensando en el viejo amigo, para siempre perdido y acaso evocó toda la amargura del trance, porque, con los ojos húmedos, abatió la cabeza prieta.

—Ya'stá, Gaviota, ya'stá... —consoló Teresa.

Y por primera vez en su vida, fué ella la que le tomó la cabeza para dejarle en la boca, con los labios entreabiertos, un beso profundo, tembloroso, húmedo:

—¡Mi vida!

* *

*

De mañanita Gaviria fué a tomar su guardia. Le tocaba el turno de cuatro a ocho. Enfundado dentro de su capote, la gorra hasta las orejas y cubierta la boca por la bufanda, llegó al Resguardo canturreando unas coplas.

En las Oficinas una animación inusitada. El Jefe, despierto todavía, tenía en las manos unos papeles. Oficiales de alta graduación fumaban alrededor del Jefe comentando con bromas la noticia:

—¡Qué chasco! ¡Bien hecho!

Alzó la voz el Jefe:

—¿Quién está de guardia? ¿Gaviria?

—Sí, señor. Yo'stoy de guardia.

—Bien. Va Ud. a ir con estos hombres. Ya tienen la lancha preparada. De Paita han cablegrafiado que en un buque, ¿cómo se llama, Céspedes?

—La Sybil, señor. Matrícula de Liverpool.

—Pues en ese Sybil se ha embarcado un contrabando formidable de sedas y opio. La denuncia viene de la Capitanía de Paita. Ud. va a decomisar eso...

—Bien, señor.

Abordaron la lancha. Del cinto, la Browning. Los otros hom-

bres, doce en total, iban también armados. Gaviria preguntó a uno de sus hombres:

—¿Qué buque es ese? ¿Inglés?

—Sí, mi Sargento. No se qué buque será...

Largo rato estuviera fuera, más allá de la primera boya. El viento rizaba tumbos y más tumbos sobre los que subía la lancha sin luces. Los hombres se acurrucaban unos contra otros cubriéndose del frío. La candelilla del cigarro alumbraba en Gaviria una expresión dura, cruel, alegre.

Cielo fosco y bajo. Una niebla espesa se extendió sobre el mar. Uno de los hombres distinguió sin embargo:

—¡Allá dentro!

Y fueron. La lancha saltaba sobre las olas en una presteza políaca y odiosa. Se pusieron al paio. Los tripulantes de la lancha abordaron el buque.

Por la cubierta, restos de comida, desperdicios y sacos apilados. El hedor característico de los buques mal cuidados. Los hombres de guardia a bordo se sorprendieron ante la amenaza de los del Resguardo:

—¡Orden de prisión! ¡Nadie se mueva!

Entre la niebla oscura, mal se distinguían los rostros barbudos de los tripulantes. Se adelantó uno:

—¿Por qué esa orden?

—Hasta que entreguen el contrabando embarcado en Paita. Denuncia de la Capitanía de ese puerto.

—El Capitán sabrá... —delató un cobarde.

—De fijo.

Gaviria dejó al resto de sus hombres que custodiasen a los otros y guardasen las escotillas. Se dirigió a popa, a la Cámara del Capitán, que seguramente estaría levantado escondiendo las mercaderías, pues el alto no le iba a pasar desapercibido. La cámara estaba, en efecto, con luz.

Con la cacha de la pistola llamó en la puerta:

—¡Come in!

Y entró adelantando la Browning:

—¡Orden de prisión!

El Capitán se volvió, claro el rostro ante la lámpara vivísima:

—¡Don Charles!

—¡Gaviota!

Por entre la barba cana y descuidada, el viejo se asombraba de pena. Reparó en el uniforme que lucía en el marco abierto de la puerta:

—¿Tú? ¿Policía?

La voz se le quebró al muchacho:

—¡Don Charles! ¡Don Charles!

—¿Qué buscas aquí? —endureció el tono el viejo.

Gaviria no pudo responder al pronto. Volvió el rostro hacia la cubierta. Sus hombres, desnudas las morenas pavonadas pistolas, cercaban a los tripulantes foscos. Entre algunas duras expresiones creyó reconocer: Levecq, Bossio, el franchute a quien pateara después del temporal ese, allá por las Azores. Los ojos, de un azul de acero, se hincaban en las pupilas húmedas del Gaviota. Tomó coraje:

—Disculpe, capitán... Hay una denuncia de Paita... Contrabando a bordo...

—Policía... —despreció el viejo.

Los tripulantes se irguieron con la satisfacción de la arrogancia del patrón de abordó. Se encrespó el otro:

—¡Aquí no hay policía, ni policía, ni nada! ¡Aquí hay un hombre que cumple con su deber! ¡O entrega el contrabando o...!

—¿El contrabando?

—Sí, el contrabando! ¿Dónde está? —sollozó en un alarido el mozo.

No respondió el viejo. Con una calma fría, tranquila, volvió lentamente la cabeza y fijó la mirada en un punto de la pared del camarote. La escena era clara con la lumbre del carburo. La mano del Gaviota se agarrotaba sobre la cacha de la pistola. Mudo, el capitán se quedó mirando hacia ese punto, en la pared. Los ojos del sargento del Resguardo siguieron la mirada de don Charles: allí, en esa pared, guardado como una reliquia, mohoso y sucio, el cuchillo con que él, el Gaviota, hiriera al pobre gringo.

No dijeron nada. Ambos quedaron mudos, alto el fiero amor de don Charles, rota la arrogancia del Gaviota. La tripulación risoteó con larga y zafia cacha. Sin decir palabra, Gaviria se dirigió al entrepuente, a las escotillas para bajar a las bodegas. Dos hombres de abordó le siguieron para ayudarle por los vericuetes de la sentina. No clareaba todavía. El Gaviota, adelante, con la Browning en la mano. Uno de los hombres portaba lumbre. El otro, ceñudo, a la espalda del policía que atisbaba rincones. De pronto, un puño se alzó a mansalva y Gaviria rodó atontado:

—¡Carajo!

Encima de él, a través de la niebla que el golpe le puso en los ojos, vió el rostro prieto de petróleo y barba gruesa de su agresor antiguo. No se pudo defender. El otro le pateó en el suelo y el muchacho se desmayó sin ver ya nada, sintiendo tan sólo el pie del franchute que le molía las costillas. Pretendió gritar pero el del farol, con pronto golpe, le rompió labios y grito. Desde atrás, desde el duro fondo hostil del buque en que había vivido, sintió que, de nuevo, le agredía, oscura e irracional, la voluntad mala de los recios criminales del mar. Y golpearon, golpearon, golpearon. Luego, por sobre la borda, alzaron el cuerpo ya fofó y, ¡plaf!, lo arriaron al agua.

El viento parlero y chaláco, los tumbos mansos y dormidos le fueron llevando hacia la ría, allá por el norte. Hacia allá derivó, medio hundido y tragando agua, pobre Gaviota miserable del puerto guapo, deshecha a golpes por sus foscas hermanos de abordó, —díscolos y descastados hermanos—, torvamente confabulados contra la diáfana alegría inofensiva del muchacho.

Desde lejos, un alba clarita delató el cadáver, y otras gaviotas se alborotaron con parlanchinas estridencias sobre el cuerpo del muchacho muerto en la mar y en su ley.

José DIEZ-CANSECO.

La Balada de la Noche

El alba amanecía más temprano en tu frente;
acaso el vaivén de tu gracia hacía dulce
el vuelo de los pájaros.

La lluvia de tus mieles era como las fiestas
del rocío.

Las nubes tienen la gimnasia de la esperanza,
igual que las hojas de un sueño se me caen tus
lejanos sonidos.

Tengo la mirada que se defiende encima del corazón
y el espejo que guarda su tesoro evadido de
todos los rostros del deleite.

El color de los rezos se nubla, pesa demasiado el latido de
(tu voz;

porque algo se aprieta y quema mi duda
y atraviesa mi siembra precipitada.

Puede ser lo que perfuma los sueños,
lo que hace la alegría en las llamas;
porque el recuerdo desciende como flor
o es el mendigo tendido a la sombra
de su resplandor apagado.

Llevo la palabra que corta su propio filo;
la imagen que quiebra su luz en el viento
que ha muerto;
barquero de tu nombre perdido en el humo
de un naufragio,
te busco en la onda del trigo, en la carrera
del cielo.

He ahí la senda repentina y la noche abierta
para derramarse como un licor distraído.

Lorenzo Montes.

LOS QUE TENIAMOS DOCE AÑOS, por Ernesto Glaeser.

(Véase los Nos. 26 y 27 de "Amauta")

Ferd y yo nos quedamos solos en el patio. Vemos pasar a Katinga con un cubo lleno de leche recién ordeñada.

—¿Quieres que vayamos a la cuadra a ver los caballos?—me pregunta Ferd.

—Vamos—le digo, y allá nos dirigimos.

Los caballos, metidos cada uno en su jaula, sacuden con la cola las primeras moscas de la temporada. Un criado se acerca a Ferd con un cepillo de púas en la mano y le dice algo al oído.

—Oye, me dice que está naciendo un potrillo. ¿Quieres que nos acerquemos a verlo?

—¡No!—le digo resueltamente.

—No tengas miedo, tonto. Los animales no son como las personas; no tienen por qué recatarse.

Voy con Ferd.

En la penúltima jaula está un hombre con una blusa blanca.

A su lado, dos mozos de cuadra sostienen unos paños.

—Es la "Frida"—grita Ferd.

Y va corriendo.

En este momento cruza los aires un relincho, un grito diríamos si se tratase de una persona; la tarima tiembla; se oyen tres coces resonar contra la pared. El hombre de la blusa blanca acude con unas tijeras relucientes, y grita: ¡Cuidado! Los mozos extienden paja en el suelo, y uno de ellos va a buscar agua en un cubo. ¡Sujete usted fuerte!—oigo que dice el veterinario. Ferd contempla la operación a la entrada de la jaula, apoyado contra una pila de paja. Se le nota un temblor convulsivo de ansiedad... Yo me siento en un cochecito, cerca de la puerta, y me tapo los oídos, pues no cesan de llegar de la jaula nuevos gemidos y lamentos, como si la yegua estuviera muriéndose.

Miro a la cara de Ferd. Es gris y se torna del color blanco de cal de la pared que tiene detrás. Nervioso, desgarrá las pajas con las manos. Me aprieto la cabeza hasta que la sangre me zumba en los oídos. Observo que los otros animales de la cuadra empiezan a desasosegarse y se frotan la cabeza contra los barrotes. Un garañón negro que está a mi derecha, en una jaula separada de las demás, levanta la cabeza, tira un par de coces, intenta alzarse sobre las patas traseras, se encuentra sujeto por la tirante cadena, y relincha. Y es tan fuerte su aliento, que hace volar la avena del pesebre. Tiene los ojos inyectados de sangre, rojos como tomates mondados. La lengua, que le asoma de vez en cuando, está cubierta de espuma amarilla. Y todos los caballos de la cuadra saltan, sacuden las cadenas, cocean hasta hacerse sangre, derriban los cajones del pienso y relinchan.

—¡De prisa; traed las sogas!—grita el veterinario, empujando a un criado con mano nerviosa por detrás de la cabeza. El criado sale corriendo, tropieza con un cubo lleno de papilla de salvado, que se derrama, formando un charco viscoso, cubierto al instante de moscas. De

un montón de paja sale, vivaz, un ratón y se acerca a lamer la papilla amarillenta.

En el aire resuenan los relinchos de los caballos.

Retiro las manos de los oídos, pues el ruido es ahora tan grande que ya no se distingue nada.

Sólo veo a Ferd. Inmóvil en su sitio, contempla con ojos abultados el misterio.

De pronto, oímos que el veterinario da una palmada y grita: ¡Bravo! En este momento entra corriendo el criado con las sogas.

—¡Ya no hacen falta!—le grita el veterinario, riendo— ¡Un potro hermosísimo!

—¿De veras?—exclama el criado, tirando las cuerdas.

—¡Viva!—grita Ferd, echando la gorra por alto.

—¡Bien por nuestra "Frida"!—prorrumpe el criado, bailando de alegría sobre el suelo resbaladizo.

—¡Ya se podía usted ir a tranquilizar a los potros...!—le gruñe el veterinario.

Y el criado corre con sus ojos claros a los caballos rebeldes, y los acaricia. Como ya no oyen los gritos de la yegua parturienta, los animales se aquietan. Junto a ella sólo ha quedado el veterinario, refregándose las manos.

Ferd me hace señas de que vaya.

Despacio, voy acercándome a donde está él.

Tendida en su jaula, entre paja y mantas amarillas, veo a "Frida", la yegua madre. Tiene los ojos apagados, como balas usadas. Huele a sangre y a sudor. A su derecha, en un montón de paja, heno y mantas, se mueve el potrillo recién nacido.

Tiene la cabeza blanca como la leche y los ojos un poco legañosos.

—Este potrito es para mí —me dice Ferd—. Mi padre me lo regaló antes de que naciese...

Me rodea el cuello con el brazo y mira con ternura a la bestezuela acabada de nacer, que se agita entre la paja.

El veterinario nos dice:

—Ahora, marchaos.

—La yegua necesita descanso —me explica Ferd con tono de iniciado—. Le pondré "Hans".

Cuando nos marchábamos, vimos que "Frida" se revolvía. Alargó el cuello, sacó trabajosamente sus patas delanteras de debajo de la paja, tentó al potrillo y comenzó a lamerlo.

—¡Mira qué hermoso!—me dice Ferd.

Hasta el veterinario contempla el cuadro con cierto amor.

—Atravesamos la cuadra y salimos al patio.

Su brazo sigue rodeándome el cuello.

El sol luce fatigado.

Estamos junto a la verja.

De las tierras circundantes sube una columna de humo.

En la casa de la servidumbre cantan las mozas polacas.

—Es víspera de fiesta—me dice Ferd.

* *

*

Voy camino de casa. El frescor blanco-azulino de la tarde se posa sobre los campos. En los setos de zarzamoras saltan los pajarillos.

La hierba que crece junto al camino está húmeda. Si mete una las botas entre ella, salen negras y brillantes como el charol.

Ferd me ha encargado de ir a casa de León esta misma noche a comunicarle nuestro acuerdo. ¡En nombre de la Guardia roja!, me ha dicho, prohibiéndome terminantemente que aceptase ningún regalo de Frau Silberstein, aunque sólo fuese una manzana. ¡El honor lo veda!, me dijo.

Pero no me dijo nada del misterio, ni una palabra; ni por qué había mentido a su padre; ni me dió ninguna explicación acerca del beso, ni sobre el parto de la yegua, que tanto miedo me metió. Sólo me dió una orden y una prohibición.

Claro que yo le engañé cuando cerré los ojos y me imaginé que sus labios eran los labios de una muchacha.

Pero quizá el misterio requiera mentir.

Ferd no quiere que se le hable del misterio. El no ha mirado en el Diccionario, como yo, ciertas palabras, ni se ha escondido en una casa de baños, mirando por las rendijas para ver a las chicas bañarse. Ni ha enseñado tampoco a una muchacha a montar en bicicleta por una carretera, a la caída de la tarde, sosteniéndola en el sillín, mientras el aire la levantaba la falda. Ni ha luchado en el prado con una chica, por broma, ni notado que la broma se convertía de pronto en veras, y uno no se quedaba contento hasta que no la derribaba y la hacía caer de espaldas.

Ferd no sabía ni quería saber nada de esto. Ferd era un héroe. Un ideal. Pero sin misterio...

Yo juré seguirle las huellas a este misterio que flota en el aire y lo llena todo, hasta descubrirlo, aunque todos los mayores se juramentasen para ocultármelo. Seguramente es un misterio malo. Pero el saber una cosa mala es más tolerable que el sospecharla.

—¿De modo que voy a romper el juramento que le he hecho a mi amigo?

Pero no —pensé para mí—; no necesito faltar a él, porque lo que yo quiero no es tener una muchacha, sino ver con mis propios ojos cómo es cuando se tiene...

Y muy contento de este razonamiento, que me libraba de la deshonra de un perjurio sin impedirme averiguar lo que quería saber, entré silbando por las calles adentro.

En el capítulo siguiente, —que omitimos para limitar nuestra transcripción a los capítulos esenciales de la novela— se cuenta la visita del protagonista a su discípulo León Silberstein. Descripción del ambiente del hogar judío de los Silberstein, muy contentos de que su hijo enfermo tenga un amigo en la ciudad. El pequeño Silberstein remarca a su amigo el tono de protección de su amistad. Los Silberstein lo obsequian con unas galletas.

Sabotaje

Cruzo lentamente la plaza. Las grávidas copas de los castaños e se ensombrecen.

Me paro delante del monumento a la guerra, un obelisco de piedra areniza, de color gris, cercado por una verja de barrotes bronceados en forma de lanzas, y, bajo la sombra grasa de la piedra venerable, vuelvo a sacar el paquete del bolsillo y contemplo amorosamente las galletas.

Todavía huelen.

Doy dos vueltas alrededor del monumento y dos veces me las llevo a la boca, pero sin decidirme a hincarlas el diente.

Apoyado contra la verja, con la mirada fija en la palabra **Gravelotte**, grabada en la piedra en letras de oro, y el pensamiento puesto en las galletas, contento de haber encontrado, al fin, una solución al dilema a todo correr. Pero no como otras veces, con ese avance sereno y calculador, exacto en los movimientos que hace de él uno de los delanteros más temibles de nuestro equipo de fútbol; su carrera es veloz, precipitada; el busto avanza con más rapidez que las piernas.

Corro a su encuentro, aguardo a que pase y le grito, alargándole las galletas fatales, veo a Augusto Kremmelbein que viene calle abajo torturante:

—¡Augusto, Augusto, toma estas galletas, para tí!

Pero él no las mira siquiera; pasa sin detenerse por delante de mí; su respiración me roza la cara; me tropieza con el codo en el pecho.

—¡Augusto!—sigo gritándole. Y corro tras él. Con grandes esfuerzos logro darle alcance. Como necesito todo el aire para correr, le hago señas desesperadas, enseñándole las galletas. Intento detenerle, y por poco me derriba.

Y sigo corriendo detrás de él, sin saber el porqué de tanta prisa.

Al cruzar la tercera bocacalle logro sacarle un par de metros de ventaja; me vuelvo, y mis pies danzan locamente retrocediendo cara a él. Con el último resto de ternura de que dispongo, endulzo la voz:

—Augusto, toma, te regalo estas galletas. . .

Pero Augusto menea la cabeza, haciéndome seña de que no.

Al fin, le veo la cara, roja, con los ojos hinchados de llorar, y pegados en las mejillas, restos de lágrimas amasadas con polvo y con sudor. La boca, entreabierta. Los labios, azules.

—¿Qué te pasa, Augusto?—le grito, tremolando, ya sin esperanza, el regalo.

—¡Mi padre!—chilla. Me da un empujón y dobla corriendo la esquina de la calle donde vive, sin que haya fuerza humana que le sujete.

Otra vez a solas e indeciso con las galletas dichosas.

Las recias pisadas de las botas ferreteadas de Augusto resuenan entre las casas silenciosas.

—Alguna desgracia ha ocurrido—digo para mí en voz alta, y me espanto al oírme. Me imagino al padre de Augusto, que trabaja de fogonero en la fábrica de azúcar, cayendo en una caldera y tendido en un cobertizo con la rigidez de la muerte y escaldado, o quién sabe si metido ya solemnemente en el ataúd y rodeado de velas, en el mejor cuarto de la casa.

Y echo a correr, pero con precaución, sobre las puntas de los pies, pues aún no había visto ningún muerto.

Y vuelvo las galletas al bolsillo con un gesto desdeñoso.

* *
*

La familia de Augusto vivía en el "Caserón", como despectivamente lo llamaban los que tenían casa propia. Estaba situado de propósito en un extremo de la villa; había sido construido hacía unos dos años por la Compañía propietaria de la fábrica de azúcar, y encerraba dieciocho viviendas. Dos de las situadas en el piso bajo se reservaban para los obreros de más categoría; en las demás, cada familia tenía que contentarse con dos piezas. En el caserón vivía una nube de chiquillos. Se situaban por bandadas en la escalera, y cuando asomaba algún desconocido armaban una gritería espantosa. La mayor parte del tiempo lo pasaban pegándose; a todas las mujeres que veían que no fuesen sus madres, les sacaban la lengua. Por lo general, traían en la mano un trozo áspero de pan untado con una capa de mermelada negruzca, que cuando lo llevaban a la boca se mezclaba con los mocos. Solía encontrarse también en el patio, formados en corro y apostándose a cuál meaba más alto. El campeón obtenía como premio una caja de cerillas vacía de las que mendigaban por las tiendas. Otras veces, se iban a jugar junto a una charca cuyas aguas estancadas tenían un color blanco lechoso y olían apestosamente. En los bordes de la charca crecían unas hierbas míseras y por allí cerca un lilo daba sombra. Y cuando la dulzonería de sus flores se mezclaba a las emanaciones de las aguas putrefactas, el aire se hacía irrespirable.

Los inquilinos del caserón llamaban a aquello —a la charca, a las hierbas y al lilo— el "parque", pues la dirección lo había mandado abrir para que sus obreros se reposasen los días de fiesta. Había también dos bancos de madera de pino, con unos cartelitos donde se leía: "Prohibido terminantemente ensuciar en estos lugares". De estos bancos disfrutaban por turno los varios pisos del caserón, y cada parte se cuidaba celosamente de que las demás no permanecieran sentadas más tiempo del que les correspondía. La fábrica había puesto de guardián y portero de la casa a un sargento retirado, al que le gustaba mucho el aguardiente y que gozaba pegando a los chicos. Les llamaba golfos y puercos, y a cada paso los dejaba encerrados en los sótanos sin razón ni motivo, a lo mejor porque le habían sacado la lengua. Los muchachos se vengaban ensuciando por las noches en el portal.

El sargento había heredado algún dinero de una pariente del campo, y al final de la semana siempre había alguna mujer, inquilina de la casa, que le pedía prestados un par de marcos. El accedía al préstamo siempre que la solicitante no tuviese inconveniente en pasar una hora con él a puertas cerradas. A veces, ocurría que, después de algunos minutos, la mujer tuviese que subir y mandar en su lugar a la hija a buscar el dinero. Seis de los chiquillos del caserón se parecían extraordinariamente al sargento; de ellos, cuatro eran idiotas.

La gente llamaba a este caserón "La Valaquia", porque la fábrica en las épocas de más trabajo, solía albergar en los pisos altos a un tropel de obreros rumanos, que las familias tenían que admitir a dormir

como huéspedes forzosos. De paso, las ayudaban a multiplicarse, y permitían a no pocas mujeres una pequeña variedad y un poco de descanso a sus maridos, fatigados del trabajo y del matrimonio. Así se explicaba que entre los chiquillos que poblaban el caserón hubiese muchos morenos y rizados. Generalmente, eran más listos que los demás y les podían en los juegos. Eran los niños mimados de la casa; andaban mejor vestidos que los otros y comían de vez en cuando pan untado con manteca y azúcar.

Les llamaban "los cucús", y resaltaban como pintas rojo-amarillentas en los muros grises del caserón.

Cantaban muy bien y eran grandes bailarines; muchas veces, se soltaban a bailar en medio de sus juegos. Los hermanitos rubios les hacían corro y admiraban sus movimientos ágiles, en los que hablaba una sangre exótica y libre. Cuando bailaban "los cucús", no se oía en el patio una palabra fea, y hasta el sargento los miraba plácidamente, sentado y sonriendo, con sus ojos húmedos de alcohólico. Alguno que otro lucía un corbata meridional, de colores detonantes, la única herencia de su padre. Y esto, porque al marchar la había dejado olvidada.

Los cucús solían ser la mar de astutos y unos ladronzuelos. Se daban maña para robar dinero y golosinas de las tiendas y hacer recaer ingenuamente las sospechas sobre sus torpes hermanitos, y cuando se sentían observados, deslizaban en los bolsillos de éstos el cuerpo del delito. Si se descubría, adoptaban un magnífico aire de inocencia; si la cosa salía bien, se las arreglaban siempre para despojarles en casa del botín.

Eran los árbitros dirimidores de todas las peleas. No tenían que matarse trabajando. Las madres, que para sus chicos legítimos no tenían casi nunca más que palabras insultantes, a éstos les daban a veces nombres que parecían tomados de cuentos antiguos. Nunca les pegaban. Y los hombres que les habían dado el apellido no se atrevían tampoco a increparlos cuando, de mayores, volvían a casa borrachos los días de paga. Los trataban como si fuesen bastardos de misterioso origen, cuando, en realidad, no eran más que la simiente espuria de míseros peones meridionales.

La familia de Augusto Kremmelbein vivía en el primer piso, pues el padre llevaba ya más de quince años empleado en la fábrica como obrero fijo. Era un hombre tranquilo y parco en palabras. Los ratos que tenía libres los dedicaba a hacer tallas en madera y trabajos de marquetería o a la lectura de libros que sacaba prestados de la Biblioteca pública. La sed de "ilustrarse" le robaba al descanso no pocas noches. Leía casi exclusivamente obras científicas, libros de Medicina, de técnica o de Economía. Después de estudiar pesadamente y por sus pasos contados las obras de Marx, Engels y Bebel, se afilió al partido socialdemócrata. Sus convicciones, a diferencia de las de muchos, tenían, como él se complacía en poner de relieve, una base científica, pues antes de abrazar la causa había analizado meticulosamente el sistema y sopesado el pro y el contra. Kremmelbein era un hombre seguro. A él se debía la hábil organización del movimiento societario en nuestra villa. Fundó un club obrero de deportes y unos coros obreros, y con los escasos medios de que disponía formó una pequeña biblioteca circulante, en la que sólo se admitían libros de ciencia y las obras de los caudillos y fundadores del socialismo. Desdeñaba los libros de amena literatura que, a su parecer, desviaban el espíritu de las ideas funda-

mentales, inspirando pensamientos ajenos a la cruzada del proletariado. Esta librábase, según él, en un terreno estrictamente económico. Una estadística sobre la crisis de la vivienda, o sobre la mortalidad infantil en las familias obreras; las estadísticas de accidentes en las fábricas y las minas; las curvas acensionales de la tuberculosis; un estudio comparativo acerca del límite normal de vida en los distintos oficios —mineros, industrias químicas, tejedores—; los balances de los grandes consorcios; los dividendos de las Sociedades anónimas; los sueldos de los directores; las curvas de la Bolsa; los materiales estadísticos sobre cualquier pieza del aparato social, cautivaban a Kremmelbein el fogonero más que la mejor novela.

“La verdad está en los números”, dijo un día en una sesión del Comité de cultura del partido.

Kremmelbein vivía entregado con celo de propagandista a la organización y educación social de sus compañeros. Su táctica era razonar con hechos, y donde otros sacaban a relucir largas tiradas retóricas, él se limitaba a describir la realidad de la situación. Revolucionaba con ejemplos. En vez de fórmulas y tópicos, esgrimía estadísticas. En vez de declamar metáforas, manejaban números. Las veladas culturales que él presidía tenían el rigor y la sobriedad de una clase de matemáticas. Delante de grandes carteles dibujados con tinta china, a los que trasladaban sus estadísticas con impecable pulcritud, exponía a guisa de comentarios sus doctrinas, que los buenos burgueses de la localidad no podían aceptar como buenas, científicamente, porque Kremmelbein no poseía ningún título académico. Pero los trabajadores le adoraban, pues jamás hablaba de una cosa sin tener las pruebas en el bolsillo. Era un revolucionario de buena ley. No tenía más orgullo ni otra ambición que la verdad.

La Dirección de la fábrica seguía de cerca, con cierta atención, las andanzas de este magnífico obrero. Inspirábase miedo su absoluto desdén hacia todo lo que fuese fraseología. Y más de una vez había hecho llegar a oídos de su mujer, por conducto de ciertos mediadores, que Kremmelbein podía ascender tan pronto como quisiese a capataz, sin más que apartarse de la política. Pero el fogonero, lejos de someterse a las sugerencias de la Empresa, organizó una huelga modelo en que los obreros triunfaron en toda la línea, gracias a él, que excitó a que se uniese al movimiento al personal de todas las fábricas del distrito. La única esperanza que aún alimentaba la Dirección de reducir a este obrero rebelde era su mujer, una bávara que se pasaba las horas en la iglesia. Sin embargo, las suaves amonestaciones del confesonario no podían con las estadísticas de Kremmelbein el fogonero, y cuando la mujer le invocaba a Dios y el orden sabiamente establecido por la Providencia, sacaba del cajón de la mesa sus materiales y sostenía que si la voluntad divina era ésa, él no estaba de acuerdo con Dios. La mujer se veía cogida entre la fuerza contundente de sus argumentos y la autoridad de la fe heredada. Y no sabía por cuál de los dos caminos decidirse. Era una buena madre.

Todo esto lo sabía yo por Augusto, que sentía por su padre una devoción rendida, como si fuese un sér superior; algo así como un libro encuadernado en pasta. Eterno...

Cuando ya voy acercándome al caserón, caigo en la cuenta de que el padre de Augusto no puede haber sufrido ningún accidente en la fábrica, como yo pensaba, porque están en huelga desde hace cinco días. Las intalaciones de seguridad adoptadas en máquinas y calderas eran notoriamente insuficientes. Los obreros pidieron que se mejorasen; pero la Dirección, mediatizada por unos cuantos aldeanos ricos, no accedió a la súplica y estalló la huelga, dirigida, como siempre, por Kremmelbein.

Los patronos, dispuestos a no transigir, contrataron a un tropel de peones extranjeros para que trabajasen como esquirols; pero los jefes de la huelga, enterados de ello, organizaron retenes encargados de impedirles por la fuerza la entrada en la fábrica.

El accidente en que había muerto el padre de Augusto tenía que ser, por tanto, de otra clase. Lo habría arrollado un tren.

En las inmediaciones de la casa veo una masa de gente, apelotonada en grupos sombríos e inquietos. Todos llevan gorra; son, por consiguiente, obreros. Mascullan sordamente no sé qué y algunos levantan el puño contra la fachada del caserón, con sus ventanas iluminadas, sobre la que caen, amenazadoras, las sombras azules de los árboles circundantes. El portón del patio está abierto de par en par; un farol pálido de gas alumbraba la entrada, en que está un guardia de centinela. En la noche flota el olor de las primeras lilas. Bajo las burbujas grasas del charco croa una rana solitaria. El guardia se quita el casco y se enjuga con un pañuelo de yerbas la frente, surcada por una cinta de color amaratado... Y suspira. Suda. La calle está animadísima. No cesan de afluir nuevos obreros, que casi nunca vienen solos, sino en grupos. Hablan muy bajo; sólo se oye el retumbar de sus pisadas. Todas las ventanas del caserón están abiertas, menos las tres del primer piso detrás de las que vive la familia de Augusto, que tienen las cortinas echadas.

Todos los hombres que viven en el caserón se han echado a la calle. Las mujeres, arrellenadas sobre los alféizares de las ventanas, chichiean con las vecinas. Dos o tres chiquillos, encantados de que nadie se ocupe de ellos, juegan al fútbol en la acera con un bote de conservas vacío.

Vago entre los grupos de obreros, acechando en vano la ocasión de entrar en casa de Augusto. Una palabra misteriosa, jamás oída: la palabra "sabotaje", me cerca, constantemente repetida por todas partes, llenándome de confusión y ansiedad. Las galletas famosas empiezan a reblandecerse en el bolsillo. Pero ¿cómo sacarlas aquí, delante de tantos obreros? Me acuerdo de que mi madre me dijo un día que no había que suscitar nunca sin motivo la envidia de los pobres.

Un estremecimiento claramente perceptible atraviesa de pronto por la muchedumbre estacionada delante del caserón, comenzando por los que están al otro extremo de la calle y llegando hasta los que permanecemos apostados junto a la puerta. Es el mismo ligero estremecimiento que cruza la clase cuando el profesor penetra en el aula. Una especie de tirón involuntario en que el cuerpo se pone rígido durante un segundo, y cuyo punto culminante es la oración. Yo me estremezco ligeramente, como los demás, aunque no sé de qué se trata.

Por la acera de la derecha se oyen pasos. Pasos secos, cortados, elegantes. El que los produce es de seguro un hombre enérgico. Bajo la bola fatigada de luz de gas destacan dos manchones blancos, colga-

dos en las sombras de la noche como dos montoncitos de nieve derretida o dos panecillos sin amasar.

Son los guantes blancos del Dr. Persius, comisario de policía, que viene acompañado de un guardia. Pasa por entre las filas sombrías de los obreros y el guardia le abre paso, gritando: ¡Apartarse!

Los obreros se retiran, pero su retirada fragua un muro, por delante del cual avanza, un poco perplejo, el señor comisario, sin saber a dónde mirar. Tiene paso, pero no horizonte. El sable del guardia suena contra el pavimento con el chasquido de una máquina descompuesta.

* *
*

Herr doctor Persius es conocido mío. Me acuerdo perfectamente de cuando, a poco de terminar la carrera, practicaba en el despacho de mi padre y venía con frecuencia de visita a nuestra casa, obsequiando a mi madre con ramos de flores. Mi madre no podía tragarle ni oír sin un gesto de desdén las carcajadas estrepitosas con que reía cualquier chiste de sus jefes, pero mi padre le tenía cierta estimación: creíase obligado a dispensársela en gracia a Persius padre, un abogado que tuvo cierta fama en la villa, y en cuyo bufete había practicado de joven. Este Persius, el viejo, era un hombre más aficionado a los placeres del mundo de lo que sus rentas le permitían, razón por la cual, cuando ya tenía cumplidos cincuenta años, amenazado por inminente bancarrota, hubo de apresurarse a contraer matrimonio con una chica rica y un poco idiota, hija de uno de los comerciantes más fuertes de la localidad.

La escasa inteligencia de su hijo debíase a esta unión, de que el abogado se vió en seguida libre, gracias a un ataque al corazón que puso rápido remate a su vida. El chico pudo lograr acomodo en el Instituto de una pequeña villa rural, en que el nivel de los estudios era lo suficientemente accesible para que pudiesen llegar a él los hijos, medio idiotizados también, del príncipe regente de aquellos territorios. Cuando hubo obtenido el grado, su madre se encargó de elegir carrera. Para comerciante, era demasiado imbécil. Con ayuda de profesores particulares y de clases de repaso, logró aprobar el primer examen. Y en la reválida pasó también, a fuerza de empollarse de memoria, horas y horas, los viejos apuntes de su padre. Y hasta hizo un examen lucido, pues, como todos los tontos, tenía una magnífica memoria... Como carecía de ideas propias, le sobraba sitio para alojar las palabras ajenas, a fuerza de leerlas y machacarlas veinte veces. Su cabeza era un almacén vacío en que los demás apilaban sus productos. Cuando todavía tenía por delante algún examen que aprobar. Persius era de una humildad admirable. Contestaba con un "sí, señor" a cuantas preguntas se le dirigían, y antes de preguntar él cualquier cosa, hacía siempre una reverencia cortés. Su cortesía llegaba a extremos heroicos, como el de escuchar, sin la más leve interrupción ni un gesto de impaciencia, a todas y cada una de las parleras mujeres de sus superiores, aguantando hasta el final y con cara plácida y sonriente, sus tiradas insoportables. Cuando era algún hombre el que hablaba, adoptaba una actitud recogida de silencio y se esforzaba por retener de memoria sus palabras. Y si luego le preguntaban por su opinión, reproducía con maravillosa exactitud la del interpelante, con lo cual se había conquistado su simpatía. Después

de tener el título, le mandaron a nuestra villa con no sé qué cargo gubernativo, encargándole también de la jefatura de policía. Pero este Persius era ya otro hombre. Ahora, que ya no tenía que temer ningún examen y creía asegurada su posición hasta el fin de sus días, echó por la borda la fingida modestia de sus años de estudiante, y a la tontez añadió la arrogancia. Sus modales eran secos y expeditivos. Se creía el comandante de la plaza. Aunque jamás montaba a caballo, no se le caía de la mano el látigo. De los oficialillos de la guarnición vecina copió los guantes blancos y el monóculo. A un viejo juez del distrito, que recataba sus ideas liberales, no le llamaba nunca por su nombre, sino "ese cerdo pacifista". Retiró el saludo a un abogado judío que le había preparado para el examen enseñándole los elementos del Derecho internacional. Todos los que no compartían sus opiniones, eran unos imbéciles. Los franceses, unos degenerados. Alemania, la tierra ilustre de los poetas y los pensadores. Se sabía de memoria todas las poesías chovinistas de Teodoro Korner, y dondequiera que encontraba un piano poníase a aporrear en él un potpourri de canciones patrióticas. Sus cantares, cuando estaba borracho, eran siempre nacionalistas rabiosos. Los obreros eran para él una canalla, y ni el mismo Bismarck le parecía bastante puro. Jamás puso el pie en el extranjero. Los días que tenía de vacaciones los aprovechaba para asistir a las grandes maniobras dirigidas por el Káiser. Era la mano derecha de la autoridad gubernativa. El puesto que ocupaba obligábale a enderezar sus energías preferentemente contra "el enemigo interior". La última frase que se había aprendido de memoria era la de esos desgraciados que no tienen patria. . . ." Era demasiado imbécil para rozarse ni ligeramente con las ideas socialistas. Combatía a un adversario al que ignoraba, y esto daba una seguridad imponente a su porte. Mi padre había seguido con cierta simpatía la evolución de su tímido pasante. Era lo bastante liberal y nacionalista para comprenderla, comprensión tanto más explicable si se tiene en cuenta que Persius seguía testimoniándole el respeto de siempre. Todos los meses le hacía una visita, y a mí, cuando me encontraba en la calle, me paraba y me decía, indefectiblemente:

—¿Cómo va, amiguito?

Yo tomaba aquello de amiguito al pie de la letra.

Por eso, al verle ahora junto a la puerta, siempre escoltado por el guardia, le grité:

—¡Buenas tardes, Herr Doktor!

El comisario se para y recorre con ojos ceñudos el frío muro obrero, sin saber de dónde viene el saludo. Al fin, consigo romper las filas a fuerza de codazos, salto al haz de luz del patio, y vuelvo a exclamar:

—¡Herr Doktor!

Persius levanta, irritado, la nariz, y pregunta con voz altiva:

—¿Quién me llama? ¿Qué ocurre?

—¡Her Doktor!—contesto, y pienso en aquellos días no lejanos en que practicaba y aprendía sumiso en el despacho de mi padre.— ¡Soy yo!

Y me planto delante de él, inclinándome cortésmente. Pero él frunce el ceño y me pregunta secamente:

—¿Qué haces tú aquí?

Sus ojos, fríos como los de un águila disecada, me asestan una mirada que quiere ser tigresca.

—Herr Doktor—le digo tímidamente—, he venido a ver a mi amigo Augusto Kremmelbein.

—¿No te da vergüenza?—me grita, dejándome solo bajo el resplandor blanco-azulado de la lámpara de gas.

Pocos segundos después, le veo llevarse el guante blanco a su cara grisácea, contestando al saludo del guardia que está a la puerta. Y desaparece por la escalera.

Los obreros siguen a pie firme, silenciosos. En las ventanas se apiñan caras inmóviles de mujeres. Nadie habla. En la delgada escalera se oyen crujir claramente los pasos del guardia que acompaña al comisario.

Los obreros se apelotonan todavía más. Oigo que uno dice: “Van a detenerle”.

Detrás de las cortinas del cuarto de Kremmelbein se ven cruzar sombras escuetas. Luego, todo se queda quieto y silencioso, como si hubiesen apagado la luz.

El guardia del patio sigue metiendo ruido con su sable.

Me da en las narices el perfume de las lilas y a ratos el hedor de la charca.

Por el patio cruzán dos cucús contoneándose y mordiendo sendas rebanadas de pan untado de manteca.

Trepo a lo alto de una pared, desde donde veo toda la calle. La gente, apelotonada, guarda ese continente severo y taciturno de los entierros cuando van a sacar el cadáver de la casa mortuoria.

Todo se desliza con sujeción a preceptos ocultos y misteriosos, a una especie de rito, y hasta la cara del guardia tiene un aire solemne. Los obreros permanecen silenciosos. Diríase que todo este ceremonial les subyuga y emociona hasta privarles del habla. ¿O es que acaso no están todavía hechos interiormente a estos métodos y se sienten un poco asustados?

De pronto, todos se arremolinan hacia la puerta. No se oye una voz. Sólo el deslizarse silencioso de los cuerpos. Como copos de algodón caliente embutidos en una herida. Persius aparece en lo alto de la escalera, y se esfuerza por conseguir aquel semblante severo, tan de moda en aquel entonces entre las gentes de su linaje. Los labios apretados, los ojos ceñudos, la nariz levemente arremangada y la cabeza erguida y rígida. Da no sé qué orden al guardia gordo que le escolta y al que cuelga de la nariz un bigote buenazo como un manojo de berzas. El guardia se echa el sable bajo el brazo, baja a trompicones las escaleras y grita a las masas silenciosas.

—¡Disolverse! ¡Todo el mundo a su casa! ¡Paso!

Herr Dr. Persius se para a la mitad de la escalera y se calza parsimoniosamente los flexibles guantes.

En el vano de la puerta de su casa aparece Kremmelbein, el fogonero, con las manos esposadas y escoltado por dos guardias. En vez de cuello, trae puesta una bufanda.

—¡Paso—sigue gritando desoradamente el guardia gordo, y echa atrás a los obreros esgrimiendo el sable desenvainado.

—¡Disolverse, o haré despejar la calle!

Y Persius levanta el brazo izquierdo, con ademán de dar una orden.

En este momento, se levanta en la calle una gritería atronadora, un coro acompasado de carcajadas—¡Ja, ja, Ja! ¡Ja, ja, ja!,—un sonido seco y claro como si batiesen huesos.

Las piernas delgadas del comisario hacen una pirueta cómica. Junto a él, el pobre guardia, sudoroso, lucha como un león contra la pasividad burlesca de los obreros. El semblante de Persius ha perdido la compostura obligada; tiene la cara roja como un cangrejo cocido, y después de pasar dos veces la lengua por los labios chilla:

—¡Todo el que haga resistencia será detenido! ¡Inmediatamente! —vuelve a bramar; pero en el fuego de su voz se quiebran las vocales.

Los obreros le dan una pita descomunal. Son silbidos estridentes que resgan el aire. Como los de los pitos de los árbitros de fútbol. Silbidos claros y aguzados como el vidrio. Las mujeres, asomadas a las ventanas, silban también, pero en una nota más baja. Y los que no saben silbar, chillan, como la vajilla cuando se hace añicos.

—¡¡Marrano!!—chillan—. ¡¡Marrano!!

El caserón entero grita y silba como loco. De una ventana, encima de la puerta, derraman un orinal.

—¡Mierda!—exclama el guardia del sable grande, dando un salto atrás.

—¡Cumpla Ud. con su deber! le grita el comisario, zarandeándole del brazo.

El guardia desenvaina.

Sale el sargento, que está, naturalmente, borracho, esgrimiendo el revólver, que tiene derecho a usar como portero.

Uno de los dos guardias que escoltan a Kremmelbein desenvaina también.

Se forman en plan de ataque. Persius, a retaguardia...

Extiende el brazo...

En lo alto de la escalera, Kremmelbein el fogonero, con las manos atadas, se ríe.

—¡Despejar la calle!—grita Persius.

Una tempestad de carcajadas.

Encaramado en lo alto de la pared, pienso: ¡Ahora! y tiemblo de emoción.

—¡En guardia!—grita otra vez el comisario.

El piquete se dispone a atacar.

Sobreviene un silencio inquietante.

Y del fondo de este silencio se alza, como la nota profunda y rotunda de un órgano, una voz en la que no tiemblan la excitación ni la cólera:

—¡Camaradas, dejad la calle libre!...

—Cállese usted, chilla el comisario, volviéndose al fogonero, y da orden a los guardias de que ataquen.

Pero antes de que puedan llegar al enemigo, la puerta queda libre. Los obreros se han replegado silenciosamente contra la pared en que yo estoy encaramado. Todos los ojos están fijos en Kremmelbein.

El fogonero sonríe, entre los guardias.

—¡Gracias, compañeros!

Y hace ademán de levantar las manos esposadas, esbozando un saludo.

Persius no puede contenerse de rabia. Da una patada en el sue-

lo, se dirige furioso a donde está Kremmelbein y levantando la mano como si fuese a pegarle, grita:

—¡Ya está usted cerrando el pico!

—Por qué no nos ponemos en marcha?—dice Kremmelbein—. La calle está libre. . .

—¡Andando!—repite uno de los guardias que escoltan al fogonero. Y el otro da la misma orden.—¡Andando! y se coloca a la izquierda del detenido. . .

Kremmelbein baja la escalera con paso fuerte y sereno y es como si los guardias que le siguen viviesen también de sus pasos. Detrás, a una distancia de tres metros, avanza Persius, a retaguardia del agente gordo y bigotudo.

El sargento-portero, apoyado contra el marco de la puerta, contempla nostálgicamente el cañón de acero pavonado de su revólver.

Ya está el preso en la calle. Los obreros van incorporándose al cortejo silenciosamente. Todo está quieto y sólo se oyen las botazas de los guardias resonando contra el pavimento.

Apenas se habrían alejado unos diez metros, cuando las masas rompen a cantar. Primero fue una voz sola, muy joven, tímida y dulce, pero luego, como si todos hubiesen estado esperando esta señal se unieron a ella, tras los primeros acordes, en una armonía maravillosa, las voces de todos; las profundas voces de bajo de los hombres de cincuenta años, las voces elegíacas de barítono de los de treinta, y, por último, desde las ventanas del caserón, la clara voz de soprano de una muchacha.

Cantan su himno, y lo cantan en honor de Kremmelbein el fogonero.

Y, al unísono de sus voces, sus cuerpos van formándose en columna. Y avanzan.

Avanzan detrás del preso y le cubren la retaguardia con su coral.

Oigo un momento la voz chillona de Persius. Pero nadie la escucha ni distingue. La arrolla el estribillo:

"¡Agrupémonos todos bajo la Internacional!"

Salto de la pared en que estoy encaramado y corro detrás del cortejo.

Y veo sus caras, transfiguradas por una alegría extraña. Y veo a Kremmelbein, esposado, que marcha entre dos guardias a la cabeza del cortejo, como si fuese él el capitán y Persius su prisionero.

El comisario, nervioso, estrujado por la masa, delibera con el guardia que le escolta; pero éste, aunque pretende reforzar la fuerza auditiva de la oreja con el cuenco de la mano, tiene que contentarse con alzarse de hombros, devotamente, a cada pregunta.

Todos avanzan al compás del cántico, que rige hasta el paso de los guardias, y Persius, que no quiere someter el suyo a la melodía, no hace más que dar traspiés.

De pronto, los obreros del cortejo se cogen todos del brazo, formando cadena. Y así cogidos, cantan:

"¡Qué importa que caiga el hombre si queda la bandera!"

Kremmelbein, esposado, vuelve la cabeza y les sonríe. Las caras de los obreros resplandecen.

(Continuará en el próximo número)

Cielo y Nácar de la Carne

I)

Azares de la brisa
 mandiles blancos y canción de sangre
 con qué algodón se fué tu última entraña?
 en tus ojos un niño de nácar me trajiste
 tan blanco como eres hoy apenas
 tu cuerpo es soledad lleno de lacras
 tu cuerpo que era tierno como un ángel
 TU CUERPO QUE ES AHORA ENTRE MIS MANOS
 COMO UN ROSAL MANCHADO DE TUBERCULOS.

II)

Lucérnulas de niebla
 exposición de lápidas de humo
 cómo correr por la dorada estrella
 si soy no más un cerdo entre tus manos?
 empino un ojo para verte el alma
 pero el diablo me burla a cada nube
 plato de oro y tenedor de nácar
 para olvidar la rosa no es bastante
 viví amé jugué todo el calor del mar en la

R U L E T A

TU QUE ERES TAN PURA NI UN PETALO DE SOL
 (PUEDO ARRANCARTE.

Ricardo Peña Barrenechea.

LA PROCESION

I

sobre la nube más gorda a la Virgen del cumpleaños
con su manto largo de chacras la han sacado a dar una vuelta

con su corona que los devotos se la hicieron del primer oro
del sol de la mañana
va claveteando a las nubes

todo el pueblo, con sus chozas, sus árboles, sus acequias y sus cercos
se mueve apretujándose tras de la Virgen

las mujeres bajo sus mantones
se atizan con c h a l a de miserias el corazón
hasta que el fogón arde
y entonces los ojos chisporroteaban de ruegos.

veinte caras de hombres maduros de amor a Dios
van mascullando rezos como mascando mote

la mirada de la Virgen se e n r e d a en los patacalas
que también vienen a limosnear su cuartillo de amparo

II

Las ceras a franjas nacionales
b a b e a n
el vestido blanco, blanco de fiesta
de las calles soleadas.

EL BOMBO DE LOS MUSICOS HINCHA LOS CERROS DEL CON-
(TORNO
MIENTRAS LAS TROMPETAS CACAREAN SU MUSICA BIGO-
(TUDA

III

en la puerta de la iglesia
las golondrinas tejen guirnaldas de trinos
y el cura d e s a r r u g a n d o una plegaria
eleva
el TRONCO AVERIADO OCTOGENARIO DE SU VOZ

los repiques aletean en los árboles. . .

por la cuesta los coheteros van abriéndole heridas al cielo
y la aldea
SE ABROCHA EL CREPUSCULO COMO UN ESCAPULARIO

Guillermo Mercado

Yanahuara—1929.

Panorama Móvil

C R O N I C A S

EN EL ATELIER DEL PINTOR REVOLUCIONARIO FERNANDO. LEAL

por Tristán Marof

Nos reunimos con frecuencia varios amigos, escritores y artistas en el "atelier" del pintor Fernando Leal. Todavía existen y sobreviven esas charlas sabrosas, a pesar de que el tiempo dicen que es oro. ¿Pero las palabras jugosas, las frases chispeantes, los pensamientos, no son también oro?

Empiezan a llegar los asiduos concurrente a la plática de las doce. Están ya todos. No faltan personajes pintorescos, de esos que no se dan a cualquiera y transan con un aperitivo; de esos que llevan caudales valiosos en el cerebro, inútiles para el negocio, insuperables para tender puentes enarzados de brillantes a la luna, felices como un ruiseñor después del aperitivo... Los que hablan, hacen derroches de ingenio, de fina ironía, de irisada sutilidad. Y comienza otra vida, diferente de la que se arrastra a los pies como una serpiente, una vida llena de prismas, donde la emoción y la armonía tienen su parte. En cada hombre hay un deseo insatisfecho de superación, que unas veces se llama arte, gloria, pasión. Los hombres medianos, equilibrados, metódicos, es verdad que son pilares de la sociedad; sin ellos no habría cosechas ni comercio, pero las luces no se prenden a los pies, en lo más alto brillan.

En todo sitio del mundo donde he estado, me ha gustado concurrir a las charlas de artistas. Prefiero el "atelier" de un pintor al café literario español en que la imaginación sucumbe. Pero es preciso escoger sus amistades. Estando en México, es natural que se

relacione uno con pintores. En México los hay de todo matiz, desde los académicos hasta los revolucionarios. Pensar en los primeros es pensar en los kanguros. La Academia es una palabra desacreditada en el diccionario. Los revolucionarios en cambio están al alcance de todo el mundo, con la mano tendida al inquieto, al locuaz, al que quiere comunicar sus pensamientos.

Mientras en el "atelier" de Fernando Leal, unos hablan de problemas sociales, otros se burlan de los revolucionarios gordos, alguien cuenta la anécdota del día. Más de una vez la frase sangrienta y despiadada brota. Uno de los concurrentes asiduos, hombrecito pequeño de estatura, pero sabio, el ocurrente e imprescindible Mariano Silva, coquetón y humorista, nos relata escenas de las niñas americanas que vienen a estudiar a México, atraídas por los cursos de verano.

—Este año, por ejemplo—dice—todas las "miss" pasan de cuarenta años para arriba; comprenderán ustedes que a este paso el "panamericanismo" pierde su importancia. En tanto que el "hispano-mariguanismo" triunfa... Llegaron o creo que van a llegar dos bellísimas poetisas de Sur-América...

—Por supuesto que no se referirá usted a Gabriela Mistral—interrumpe un señor de lentes que acusa suavidad en sus maneras.

—No; me refiero a las "intelectualas"—responde el aludido.

—A las de aquí seguramente no. Pero es prudente precisar. Yo prefiero la prosa de las mujeres, porque el verso lo tenemos nosotros...

—Algunos, algunos... no confundamos.

Alguien sugiere que sería oportuna la creación de un departamento de "crítica oficial", así como la municipalidad subvenciona a los charros

para que paseen los domingos en el Bosque de Chapultepec.

—¿Entonces el marqués de Guadalupe, pertenece a algún departamento especial?—interrogo yo con grande ingenuidad.

Todo el mundo festeja mi dulce ingenuidad y se hacen bromas sobre quien sería el jefe del departamento de “crítica oficial”. Se forman dos partidos: unos sostienen a Diego Rivera y otros a Renato Molina Enriquez.

Mientras pasa esto, salimos Fernando Leal y yo a los corredores de la Escuela de Pintura al aire libre que él dirige ¡estas escuelas tan pobremente dotadas y tan fuertes de personalidad. Yo tuve ocasión de conocer otra, la que dirige el pintor Fermín Revueltas! ¡Qué días los que pasamos allí! Estas escuelas que han dado fama a México, donde muchachitos campesinos y obreros pintan afanosamente sus telas! El profesor no da consejos, no interrumpe ninguna originalidad, cuando más una indicación técnica. De allí que cada alumno integra un arte personal. Y estos muchachitos pintan todo lo que ven. Al frente de la escuela que visitó está la estación de Nonoalco; más allá se divisan locomotoras rugientes y que lleguen, más allá fábricas, más allá antenas ordenadas en suave concatenación, y más allá al fondo un paisaje másculo, gris de nubes y de cerros. El paisaje de México, de este país misterioso y profundamente contradictorio, con sus volcanes que irrumpen violentamente, con sus montañas caprichosas, con sus volcanes que irrumpen violentamente, con sus montañas caprichosas, con sus llanos desérticos e ilimitados. Una cumbre y un llano: He aquí México; que conserva su vigor y su tinte a través de todas las catástrofes...

—Su país es un vasto panorama—interrumpo yo.

—Sí, de lejos: de cerca un cuadro vivido; más bien una brasa que parece fría y sin embargo quema.

Al salir de la escuela, Fernando

Leal me habla de sus luchas diarias, de sus grandes proyectos, de sus ambiciones de pintor. No todo es agua de rosas.

—Conoce usted de sobra, nuestra revista “30-30”—continúa Fernando Leal.

—Sí, le replico. Revistas de esta índole necesita el ambiente mexicano, y no una sino muchas. Revistas de combate implacable, fuertes, sinceras, que se enfrenten contra la vieja sociedad, la garrulería y los vicios. México que trasciende a bosque, con solidéz de roble, no gusta de blanduras...

—Porque combatimos todo eso, porque atacamos los reductos secretos de la feminidad, del egocentrismo y de la mediocracia enfatuada, las “intelectuales” influyeron para que los frescos que estaban pintados en los muros de Salubridad fueran destruidas. ¿Obraron rectamente? Yo no sé, pero lo cierto es que alegaron sentimientos morales. Y vea las fotografías de los frescos. ¿Me comprende usted?

En efecto, ellas representan escenas altamente humanas: emoción y vida.

—¿Pero es posible? Casi no puedo creer... ¡qué divertido! ¡el feminismo en acción!... Si usted hubiera pintado de otra manera... hombres solamente, de seguro que los frescos hubieran sido admirados...

Fernando Leal, al lado de Diego Rivera, de Revueltas, de Alba de la Canal, ocupa su puesto prestigioso de verdadero artista revolucionario con tendencia propia, con suficiente originalidad. Pero sobre todo en la obra de Leal, es preciso distinguir delicadeza de concepción y fuerza emotiva al mismo tiempo.

México 1929

EL DESFILE DE BANDERAS

por C. Alberto Espinoza Bravo

“Universidad”, Revista potencialmente revolucionaria. Timoneada

por Germán Arciniegas. Malgrado la Ley de "Defensa Social", en Colombia, cumple con la consigna de las vigilantes tribunas de Indo-América. En su número 144, trae el discurso trascendente del Presidente de la Federación de Estudiantes de Colombia, Diego Luis Córdoba, como un Mensaje condenatorio, como una pulsación de la hora, como una lamparada de esperanzas y de fuerza porvenirista. Por la Juventud habló el Espíritu de Hispano-América, el 11 de julio, del año imperialista,—1929.

La fiesta del "Estudiante Colombiano" culminó con una manifestación continentalista. "El Desfile de Banderas" fué un éxito románticamente revolucionario; un signo del futuro histórico de Indo-América y un reto verticalmente anti-imperialista. Los cables de Yanquilandia lo silenciaron. La prensa capitalista rubricó su complicidad. Los intelectuales burgueses remarcaron su enmarcamiento pasadista y decadente. Pero, la obra de los hombres nuevos jamás queda amurallada. Las fronteras y las distancias desaparecen. Captado por los cuadros vigilantes lo avientan al Mundo; actualizándolo, porque todo lo consruído, lo pasado, se hace presente perenne y futuro creador; haciéndose carne, espíritu, en la masa. Tal acontece con la gallarda manifestación del estudiantado colombiano.

Ahondando en su raigambre, se desentraña su trascendencia y su significación. En el proceso revolucionario de Hispano-América, adquiere esta manifestación una animación social, política. "El Desfile de Banderas" a pesar de no significar nada más que el eclosionamiento romántico del alma de la gente nueva que se madurece para la Revolución Social de este Continente, debe interesarnos desde todo punto de vista.

Estos gestos multitudinarios, creadores de optimismo, encendedores de fé revolucionaria, son la clarinada y el amarramiento de auroras, de un Continente que se rehace y se salva.

"El Desfile de Banderas" adquiere cuerpo y alma continentalistas, en horas de quiebras y desesperanzas, significando la muerte del Pasado y el nacimiento del Futuro. Por él, el espíritu de Bolívar protesta de tanta claudicación, de tanta inmoralidad de los hombres responsables de los destinos de América. Pudiendo valorarse que el espíritu de Bolívar insufla idealismo y rebeldía a las ánimas jóvenes; y, por un proceso maravilloso el espíritu de Lenin, —el Espíritu Nuevo—, insufla a estos militantes la beligerancia socialmente romántica de un realismo constructor. La juventud de estos meridianos tiende a la unicidad hispano-americana, por Bolívar; y, por Lenin tiende a la unificación universal.

"El Desfile de Banderas" significa la protesta contra el Imperialismo ~~saxoamericano~~, que es "una de las manifestaciones de la farsa protéica bautizada con el nombre flamante de "Doctrina Monroe". Y, por ende, la condena a los culpables y a los cómplices de la pérdida espiritual, económica y política de las Democracias de Indo-América. Adquiriendo por ello una trascendencia histórica en el Panorama Mundial. Y, dando la prueba inicial que los hombres de espíritu socialista harán de América la UNION FEDERATIVA DE LAS REPUBLICAS PROLETARIAS Y CAMPESINAS. Es decir América, Una en el Mundo Político, Social, Económico, Cultural.

A esta manifestación del estudiantado colombiano, faltó una mayor beligerancia revolucionaria; declaraciones terminantes de oposición al conservadurismo claudicante y transaccionista y de adhesión abierta al Socialismo; denunciando la crisis definitiva de las democracias. Ella debía haber estado animada por los impulsos del Nuevo Mito que apasiona a todos los hombres de este Mundo que anhelan conquistar el milagro que guarda la Raza. De ahí que sea valorada como una gallardía romántica, como justificación de la actitud de nuestro Quijote indo-

americano, Sandino. Sin sustraerle eso sí su significación anti-imperialista, antifascista. Las palabras de Diego Córdoba reafirman este concepto: —“No siendo, pues, esta manifestación, ni siquiera en sus causas más remotas y ocasionales, obra de la cancillería colombiana, ni procedimiento asumido por la gravedad de nuestros patrios erigidos en junta circunspecta”.

El símbolo de cada país de Hispano-América, estuvo agitado, en el “Desfile de Banderas”, por manos de estudiantes aguerridos. Pasearon su prestancia por calles y plazas de Bogotá, ante la estupefacción de los seniles y arrivistas. El símbolo de España presidió el Desfile, en las manos de la mujer nueva de América. Si por razones sentimentales u otras, España presidió el acto, por una justificación de principios revolucionarios y de Epoca, debía haber presidido el “Desfile de Banderas”, sin excluir a España, la Bandera de los pobres, de los proletarios del Mundo: **el símbolo rojo**. La Bandera que flamea en Leningrado y que flameará mañana en el Mundo, no debía haber faltado. Con este símbolo la manifestación rebasaba su finalidad y se hacía indo-americanamente socialista. El rojo hubiera reconcentrado a los proletarios colombianos, cumpliendo, por ser el color del Plano social, de las ruidosas aglomeraciones, al decir de Oswald Spengler, su fin histórico. Empero, esto se producirá en el futuro próximo del “Desfile de Banderas”.

“El Desfile de Banderas” significa una manifestación anti-imperialista. Las palabras sinceras del Presidente de la Federación de Estudiantes lo confirma: —“Hay, sin embargo, tres lacras que nos es imprescindible extirpar, si queremos dar cima al anhelo común de todo patriota indolatino: nuestra idiosincracia belicosa, nuestras dictaduras criollas y el capítulo aparte del **imperialismo saxoamericano**”. Significando, por sobre todo, la condena amplia contra las dictaduras. Este párrafo del discurso del P. de la F. de

E., lo comprueba: —“las dictaduras, satrapías criollas iba decir, son frecuentemente causa de reclamaciones diplomáticas y cuando no lo son, todavía dificultan la unión, porque la confederación iberoamericana ha de tener como primer fundamento la igualdad de las repúblicas confederadas y esa, a base democrática, es meramente utópica mientras haya quienes presumen de haber nacido predestinados a tiranizar”.

“El Desfile de Banderas”, realizado el 11 de julio, en Bogotá, debe estar considerado en el Calendario de las grandes manifestaciones sociales, políticas de Hispano-América. Debiendo repercutir en las conciencias libres, las palabras de Luis Córdoba, como un Mensaje de la Juventud y del Futuro del Nuevo Mundo que perfila su Espíritu, su Cultura, por los caminos trazados por el Socialismo: —“Compañeros indolatinos: permitidme que, haciéndome el intérprete de vuestros sentimientos, declare que este Desfile sin precedentes continuará siendo el símbolo de nuestra unión perpétua; y que desde el Monte Aventino de esta ciudad hospitalaria, juramos, a fuerza de descendientes de Bolívar, no cejar un punto hasta extirpar las dictaduras que carcomen las repúblicas hispánicas y hasta abatir la insolencia de un coloso cuyo imperialismo nefando repudiamos, proscribimos y quebrantaremos”.

MOVIMIENTO

SINDICAL

CONTRA LA DESOCUPACION

MANIFIESTO DE LA CONFEDERACION SINDICAL LATINO AMERICANA

¡A todos los trabajadores del Continente!

Compañeros:

Un cuadro doloroso y trágico presentan hoy los hogares de los obreros y campesinos del continente: una pla-

ga que significa hambre y miseria ha invadido las filas de nuestra clase:

LA DESOCUPACION

Desde México hasta la Argentina, en todo Centro América, en el Caribe y en la América del Sud se está escuchando cada vez más y por doquier el mismo desesperante y angustioso grito de las huestes desocupadas:

QUEREMOS PAN Y TRABAJO!

Qué es lo que pasa?

A consecuencia de la racionalización y de la grave y creciente crisis en que se debate el capitalismo mundial, día a día, en la América Latina, son lanzados a la calle enormes contingentes de obreros, trabajadores agrícolas y campesinos pobres que ambulaban de fábrica en fábrica, de mina en mina, y de hacienda en hacienda sin encontrar trabajo.

Esos hermanos nuestros, los desocupados, se encuentran en la mayor miseria, desesperados, faltos de perspectivas y, por esto, hasta sucumben tristemente en algún recodo del camino, —e incluso en las ciudades,— como acontece en Colombia, Brasil, Guatemala, Costa Rica, en el Sur y Norte argentino, etc., en vez de levantarse para luchar en defensa de sus derechos a la vida, al pan y al trabajo!

A cada instante nos llegan informes fidedignos, cartas de obreros y campesinos (y lo dice hasta la misma prensa burguesa) demostrando que la desocupación va tomando más cuerpo, que se ahonda por todas partes del Continente, y que ya van sumando millones los proletarios que carecen de pan, para ellos y sus familias, sus mujeres y sus hijos. En México más de 700.000 trabajadores están desocupados; en Cuba hay cerca de 300.000; en Colombia 150.000; en Guatemala hay 60.000; en Costa Rica hay más de 40.000; y así por el estilo en Honduras, Panamá, Argentina, Uruguay, Ecuador, Perú, Chile, Bolivia, Paraguay, etc., en suma no hay un solo país de América Latina donde este

problema no se presente en forma aguda.

La racionalización capitalista, las maniobras del imperialismo y la desocupación

Después de la profunda crisis económica y política que originó la masacre imperialista europea de 1914-18 y del período de muy relativa y de más aparente que real estabilidad que le siguió, el mundo capitalista entra nuevamente al período definitivo de su desmenbramiento y mortal crisis. Este tercer período de la decadencia capitalista de Post-Guerra se caracteriza, entre otro cúmulo de contradicciones, por un desarrollo de la producción industrial y agraria —en tanto el proletariado se muere de hambre— que sobrepasa el límite de antes guerra, lo que agudiza cada día más la rivalidad y la concurrencia entre las potencias imperialistas por la conquista de los mercados del mundo.

Cómo y a costa de quiénes logran los capitalistas producir mayor cantidad y a precios más baratos que antes?

Lo logran principalmente —entre otras medidas— con la racionalización más bestial introducida en todas las ramas de la producción y a costa del esfuerzo exclusivo, de la desocupación y del hambre de las masas trabajadoras.

Esa racionalización, que va introduciéndose en todos los países, en las fábricas, minas, explotaciones forestales y frutales, el transporte, etc., tiene por fin obtener para el capitalismo el mayor rendimiento en el trabajo, con menos obreros y en menos tiempo. Los capitalistas logran sus propósitos, en parte perfeccionando sus máquinas y los procesos del trabajo pero, fundamentalmente a costa de una mayor y nunca vista explotación de los trabajadores, en mil diferentes formas, ya sea aumentando directa y principalmente la intensidad del trabajo para cada obrero, ya rebajándoles sus salarios reales, o bien tomando mano de obra

femenina o infantil, —pagando solo la mitad de los salarios,— en reemplazo de los obreros adultos. Luego, lo que principalmente persiguen y logran los capitalistas con la racionalización es una enorme reducción de obreros en todas las ramas de la producción, de donde son arrojados una gran cantidad de ellos, dando así lugar al grave problema de la desocupación.

Por este solo factor, la racionalización, que es el más grave de los demás que la originan, se puede afirmar que la crisis de la desocupación moderna, a diferencia de las anteriores, es un mal permanente y crónico, que se agravará crecientemente. Los trabajadores europeos, por ejemplo, que antes de la guerra tenían condiciones de vida y de trabajo mejores que los obreros de los países coloniales, hoy en día sienten también los efectos terribles de la miseria y la desocupación. Es tanto, que se ven precisados, como acontece actualmente con Alemania, Inglaterra y otros países, a tomar por la fuerza los almacenes de víveres y a realizar toda clase de demostraciones de masas, de los desocupados, contra el régimen burgués, exigiendo una serie de reivindicaciones para mejorar su situación y demostrando que están dispuestas, a llevar su lucha hasta el fin, hasta la instauración de un régimen de obreros y campesinos, como el implantado en la Rusia proletaria, único en el cual la desocupación será solucionada de un modo efectivo, real y definitivo en beneficio de la clase obrera emancipada del yugo capitalista!

¿Por qué las masas proletarias desocupadas, crónicamente desocupadas y hambrientas (Alemania con 3.000.000; Inglaterra cerca de 2.000.000; Estados Unidos más de 4.000.000; Italia 500.000) de esos viejos y clásicos países capitalistas se levantan con tal agresividad y toman una dirección revolucionaria día a día más firme y clara? Porque la podredumbre y las contradicciones crecientes del capitalismo así como las perspectivas de nuevas y más espantosas guerras imperialistas y la seguridad de un mayor em-

pobrecimiento de las masas proletarias, llevan a estas, y principalmente a los millones de obreros desocupados, al convencimiento de que, como lo afirmara el gran maestro del proletariado, Marx, "El capitalismo ha llegado ya a un grado tal de descomposición y de quiebra que hasta es incapaz de seguir alimentando a sus propios esclavos" y roba a estos hasta su último pedazo de pan aun sabiendo que con ello el régimen burgués se cava su propia fosa.

Pero lo que se constata en todo el mundo, se observa de un modo muy particular y hora a hora más grave en toda la América Latina, según se ha dicho antes, pues aquí, a la racionalización y a las graves consecuencias de la crisis mundial capitalista, se agregan además los fatales resultados de las inacabables maniobras de los imperialistas, que se aprovechan de la misma situación actual para someter a una mayor esclavitud y explotación a las masas obreras y campesinas, en complicidad con las burguesías nacionales. Tal es lo que ocurre con las múltiples maniobras de los imperialistas metropolitanos sobre todo de Inglaterra y de los Estados Unidos, ora disminuyendo calculadamente sus compras para agravar las crisis en los distintos países Latino Americanos —como ocurre con el café en Brasil y Colombia, con el salitre en Chile, con las carnes en la Argentina, Uruguay y Paraguay, con las frutas de Centro América, con el petróleo de México y Colombia, con el azúcar en Cuba, etc., ora maniobrando con los créditos, provocando la suspensión de las obras públicas, para someter de más en más a su arbitrio a todos los países como ocurre en Colombia etc., donde los imperialistas cuentan con dictadores y lacayos de toda índole que les hacen el juego, por treinta dineros, y pretenden acallar la acción combativa de las masas.

Tengamos en cuenta todos estos factores que agravan la situación de la clase obrera Latino Americana y tendremos un cuadro de conjunto del

grave problema de la desocupación que diezma a los trabajadores de todos los países del Continente.

Los desocupados y todo el proletariado deben entrar en lucha!

En esta situación ¿qué es lo que corresponde hacer?

Ni los desocupados, ni el proletariado todo pueden permanecer indiferentes ni pasivos ante el grave problema que se va extendiendo extraordinariamente por todos los rincones de América.

Los desocupados, todos los trabajadores, todos los sindicatos revolucionarios deben lanzarse inmediatamente a la lucha más enérgica en todos los países de un extremo al otro del Continente, en defensa de los desocupados, contra las funestas consecuencias de la racionalización capitalista, contra las criminales maniobras de los imperialistas extranjeros y sus aliados los capitalistas nacionales, cuyos resultados son los de provocar y agravar por todas partes la gangrena, de la desocupación!

Por eso, la Confederación Sindical Latino Americana, que congrega en su seno a las centrales y sindicatos revolucionarios de 17 países de América Latina y que mantiene los más estrechos vínculos solidarios con el proletariado revolucionario estadounidense a través de la Confederación Sindical Unitaria de los Estados Unidos, ha resuelto realizar

UNA GRAN CAMPAÑA CONTINENTAL CONTRA LA DESOCUPACION

la que culminará en una gran demostración de combate y de defensa de las reivindicaciones de los sin trabajo en el

DIA CONTINENTAL DEL DESOCUPADO EL JUEVES 20 DE MARZO DE 1930.

Las palabras de combate de la C. S. L. A.

Trabajadores de América!

Iniciad rápidamente la campaña por los desocupados, de acuerdo con la resolución de la C. S. L. A.!

Centrales obreras y Sindicatos: no tengáis el frente de esta gran cruzada creando y patrocinando en todos los rincones de vuestros países comités de desocupados, a la par de vuestras organizaciones!

Organizad desde ahora mismo, y sin descanso, profundas agitaciones de masas, organizad manifestaciones, mítines y demostraciones de toda índole, de desocupados y en solidaridad con ellos!

Exigid el seguro contra la desocupación, y que lo paguen los gobiernos y los capitalistas!

Exigid y luchad enérgicamente por la jornada de 7 horas diarias!

Reivindicad para los desocupados el derecho de no pagar los alquileres y arrendamientos de las viviendas, ni impuestos, ni deudas ni ningún otro gravamen que pese sobre ellos!

Exigid la realización inmediata de obras públicas —para dar trabajo a los desocupados— que sean de beneficio directo para las masas obreras y que sean financiadas a costa exclusiva de los capitalistas!

OBREROS DESOCUPADOS, TRABAJADORES

Unid vuestras fuerzas!, estrechad filas junto a las centrales y Sindicatos revolucionarios y lanzaos a las calles a defender vuestros derechos, a defender el programa de reivindicaciones lanzado por la Confederación Sindical Latino Americana para esta campaña continental y luchad permanentemente contra la explotación capitalista, contra el imperialismo, contra los gobiernos burgueses y contra las burguesías nacionales que son los causantes y responsables de la desocupación y de toda la situación de mise-



Los obreros de Gastonia condenados por la justicia capitalista

ria en que vive nuestra clase!

Abajo los explotadores de la clase obrera!

Luchemos contra la desocupación!

Viva la jornada de 7 horas, viva el seguro para los desocupados!

Muerte al capitalismo, gestor de las guerras, la desocupación y la miseria!

Abajo las maniobras de los imperialistas extranjeros!

Viva la Rusia obrera y campesina, patria del proletariado mundial!

Viva la emancipación del proletariado continental!

Viva la futura Federación de repúblicas obreras y campesinas de América Latina!

Viva la Confederación Sindical Latino Americana!

EL COMITE EJECUTIVO DE LA
C. S. L. A.

Montevideo, enero 2 de 1930.

DOCUMENTOS

A LOS OBREROS Y CAMPESINOS DE PARAGUAY Y BOLIVIA

Del manifiesto dirigido al proletariado de Paraguay y Bolivia por el Secretariado Sud Americano de la I. C. transcribimos los párrafos principales:

Compañeros:

El conflicto entre Bolivia y Paraguay, azuzado y dirigido por los imperialistas por intermedio de sus agentes, los de la Paz y de Asunción, vuelve a agravarse y una vez más se cierne sobre las masas laboriosas de ambos países la amenaza de la guerra. La incidencia sangrienta ocurrida entre los fortines Boquerón e Isla Poy tiende a ahondar más todavía las di-

ferencias entre Bolivia y Paraguay, y haciendo a cada uno de estos países más permeables al dominio imperialista. ¡Los gobiernos que os oprimen, instrumentos impúdicos de los imperialismos británico y norteamericano, desatan nuevamente la ola chauvinista y a tal efecto desatan contra vosotros la reacción más feroz, restándoos hasta los magros derechos que escasamente podiais ejercer! Las masas laboristas de Bolivia no son enemigas de las masas laboriosas del Paraguay, y viceversa: sufren la misma explotación imperialista, sufren la misma explotación gubernamental, y tienen, en cambio, el mismo y único interés fundamental: el derrocamiento de sus opresores. ¡Manifestad contra el chauvinismo, contra vuestros gobiernos, contra la guerra; organizaos contra vuestros verdugos y preparaos para la única guerra realmente vuestra: la guerra civil, con vistas al gobierno obrero y campesino!

Compañeros:

La burguesía y los imperialistas quisieron “resolver” las incidencias mediante convenciones “pacifistas”, que habrían de asegurar, según decían, el desarrollo armonioso y tranquilo de las relaciones internacionales. Esa farsa se revela y se denuncia hoy con toda claridad: pese al arbitraje “pacifista”, el choque entre los fortines Bóquerón e Isla Poy muestra que no es ese el camino que ofrezca realmente garantías. En el régimen capitalista, bajo el yugo del imperialismo, la paz no es posible, y toda declamación pacifista cobra, entonces, el significado de una tentativa de ocultar a las grandes masas la realidad de que **la guerra es un hecho inevitable mientras subsista la presente organización social**. Para las masas laboriosas solo hay un camino: luchar contra las guerras de sus gobiernos mediante la guerra civil contra sus burguesías. Vosotros, obreros y campesinos de Bolivia y Paraguay, debeis reclamar enérgicamente vuestros derechos, luchando por

la tierra a los campesinos, contra la reacción, contra el gobierno de Siles y contra el de Guggiari, contra los imperialismos inglés y yanqui, por el gobierno obrero y campesino!

C A R T E L

LA REACCION EN MEXICO

“AMAUTA”, que desde las primeras manifestaciones del “thermidor mexicano”, testimonió su solidaridad a los revolucionarios aztecas, se une hoy a la protesta continental por las violencias del régimen Portes Gil-Ortiz Rubio contra el partido de clase del proletariado mexicano y la C. S. U. M. que coinciden con la adhesión de este gobierno a la ofensiva anti-soviética del imperialismo.

M A R G I N A L I A

NUEVOS APORTES CIENTIFICOS AL MONISMO NEUTRO

(A propósito del premio Nobel de física
a Luis de Broglie)
Por Hugo Pesce

La obra de Louis de Broglie, que obtuvo últimamente el premio Nobel de física, además de ofrecer la explicación lógica de algunos fenómenos físicos, tiene el mérito de contribuir a aproximar la solución de fuertes contradicciones de orden filosófico que parecen existir en la ciencia actual.

La teoría de la **relatividad** general, al ofrecernos un esquema posible del universo, en el orden “estructural”, parece tender, en su aspecto “intrínseco”, a una afirmación marcada de **continuidad**, como también lo confirma el carácter del método de las ecuaciones diferenciales empleado por la misma teoría relativista. Esta, que se asienta sobre bases físicas muy firmes, satisface, además —como tienen especial cuidado de evidenciar, entre sus cultores, Max Born y Eddington— a las ne-

cesidades de un sistema deductivo lógico.

Por otro lado, la teoría de los **quanta**, en su formulación matemática corriente, a la que no es dado adaptar el sistema de ecuaciones diferenciales, implica el carácter **discontinuo** del universo. La teoría clásica de los "quanta", metafísicamente aislada respecto al orgánico y armónico conjunto relativista, presenta, respecto a este último, contradicciones formales serias.

Estas consideraciones movieron a algunos filósofos hacia intentos especulativos de conciliación, apareciendo como uno de los más logrados el de Bertrand RUSSELL (defensor de la "continuidad del mundo físico con el mudo de nuestras percepciones") quien define "una unidad material simple" diciendo que es una "línea causal" y sugiere que "el mundo consiste en acontecimientos fijos acompañados de ritmos".

Los físicos, por otro lado, tuvieron que tener en cuenta algunas dificultades ofrecidas por la teoría de los "quanta". Entre estas: la imposibilidad de explicar de acuerdo con aquella los fenómenos de interferencia y difracción, así como de encontrar las leyes que rigen los momentos de los "saltos" electrónicos o de las explosiones de los átomos radioactivos. La necesidad de una renovación profunda se imponía, además, en atención a los importantes servicios que la teoría cuántica presta a la física con la explicación de los fenómenos espectrales de las radiaciones, de la ionización de gases irradiados, del efecto fotoeléctrico, recibiendo confirmación por la comprobación del efecto Compton y otras.

Con este objeto HEISEMBERG, entre los primeros (1925), elaboró una **teoría de los quanta mecánicos**, construyendo un álgebra de matrices para traducirla matemáticamente. Al suprimir la distinción entre movimientos cuantizados y no cuantizados y encontrar "una ecuación fundamental válida para todos los movimientos po-

sibles", viene a quitar a los átomos y electrones de Bohr el "grado de realidad inmediata de los objetos sensibles" colocándolos en el plano de esa determinada "especie de realidad que se atribuya a los quanta de luz".

BORN, JORDAN y DIRAC colaboraron (1925) en la teoría de los quanta mecánicos.

Hacia la misma finalidad de solucionar los conflictos a que ha llegado la teoría de los quanta, se mueve la especulación de Louis DE BROGLIE, quien esbozó la hipótesis sugestiva de que, análogamente a la coexistencia, en las radiaciones, de "quanta de luz" finitos y contiguos, y de **ondas** continuas, existieran, en la materia, al lado de los electrones finitos y cuantizados, fenómenos **ondulatorios electrónicos**. Esta hipótesis que apareció como sumamente arriesgada, llamó, sin embargo, la atención de Einstein quien hizo referencia a ella en una comunicación a la Academia de Ciencias de Berlín. De Broglie desarrolló su hipótesis en 1925, siendo seguido por Schoedinger y otros. En 1926 la completa, formulando una **teoría ondulatoria de la materia**, en la cual "el punto material es concebido como una singularidad en una onda". En 1927 se producen las confirmaciones experimentales de Davisson y Germer, pronto seguidas por otras, demostrando el valor positivo de la hipótesis genial.

Creo oportuno, a este punto, señalar la opinión de Bertrand Russell, quien evidencia la marcada analogía entre la teoría de Heisenberg y la de De Broglie, subrayando, entre otras cosas, el hecho de que, también en ésta "las radiaciones que nosotros creemos proceder del átomo tienen más realidad física que el mismo átomo".

El mismo Russell, además, señala la teoría de los "electrones giromagnéticos" de KING (1926), la que permitiría deducir lo válido de la teoría de los quanta de leyes fundamentales y procesos "que son **continuos** e implican

la no-atomicidad de acción".

Es natural que la lograda evolución de hipótesis del tipo De Broglie haya sido seguida con profundo interés por los investigadores relativistas, quienes tienen que ver con agrado desaparecer en gran parte las dificultades existentes para armonizar la explicación de algunos fenómenos ondulatorios con la que da, para fenómenos análogos luminosos, la teoría de los "cuanta de luz". El principio de Planck, que vino a formar parte integrante de la teoría de la relatividad, no podía dejar de constituir una preocupación constante (por los motivos que arriba he apuntado) para los filósofos de la relatividad. Hoy día el contraste formal entre el sistema relativista y una de las hipótesis por el utilizadas, parece tender a desaparecer.

*
* *

Los aportes científicos señalados en las líneas anteriores, que lograron una renovación de la teoría de los cuanta armonizándola con la teoría relativista, tienen un alcance filosófico importante en cuanto vienen a reforzar sustantivamente la posición del **monismo neutro**.

Para quien concibe al universo y al mundo biológico (del que los fenómenos sociales no son sino un caso particular) como un conjunto regido por leyes fundamentales que son las mismas en todos sus planos, resulta de particular interés constatar la tendencia actual impuesta a la ciencia por el desarrollo de nuestros conocimientos. Esta tendencia se mueve, cada día más claramente, dentro de un monismo neutro, destruyendo el sentido de disyunción entre las expresiones de "mente" (o idea) y "materia" en su antigua acepción.

La evolución cíclica (integrativa y desintegrativa) del universo cósmico, las transformaciones íntimas de la "substancia" objeto de la fisico-química, el sentido de los procesos biológicos, confirman cada día más la reversibilidad completa de los dos mundos

que se consideraba como separados y opuestos.

Ya Aristóteles planteó la cuestión de esta evolución continua reversible, al delinear el proceso de ilimitada información de la "materia prima" por la "forma substancial" (esencial) y por las formas "accidentales". La materia prima al recibir la primera determinación se actualiza dando lugar a la "materia substancial". Las sucesivas informaciones "accidentales" hacen perder progresivamente a la materia su carácter potencial para revestirla del máximo de actualización llegando al plano de la existencia determinada. Esta cadena ilimitada y perfectamente reversible representa con analogía marcada la de los fenómenos referentes a la energía y a la materia, cuyos límites, según los modernos puntos de vista, no son infranqueables y son definibles tan solo para un momento dado.

Weyl nos muestra hoy día, sobre la base de las teorías einstenianas, hasta qué punto los escolásticos violentaron el sentido originario de la teoría hile-mórfica mostrando dualidad donde no había sino unidad. Todo supuesto de una substancia caracterizable cualitativamente, así como "toda teoría del fluído que quiera mantener el lleno continuo del espacio, dice Weyl, se convierte, en última instancia, en una teoría del campo".

El "campo" gravi-electromagnético de Einstein (en su forma de campo "afin" dada por Eddington, o en su forma de estado homogéneo dada por el hiperboloide de De Sitter, que parece concordar con las concepciones de Weyl) es tal que comprende todos los fenómenos. Materia no es, para Einstein, sino todo aquel acontecimiento comprendido dentro de ciertos límites del campo, en el interior de los cuales rigen leyes distintas (pero afines) respecto a las que rigen en el restante campo. "La materia no es sino una función del campo" (Weyl). Materia y energía están situados en aquel, por decirlo así, con "igual derecho".

La prevalencia cada día más

marcada de un monismo neutro, como interpretación filosófica del mundo exigida por la ciencia actual, viene a destruir la antigua acepción, inaceptable para el marxismo, de la palabra "metafísica". Esta ya no viene a ocuparse de "algo más allá de la física" sino que especula sobre la "síntesis" (en sentido hegeliano) de dos estados de equilibrio, la "materia" y la "mente", cuya contradicción es de tomarse en un sentido puramente dialéctico.

Es importante señalar las confirmaciones que la ciencia actual está dando al monismo neutro dentro de cuyas concepciones, creo, puede moverse el materialismo histórico marxista, pudiendo rechazar, quizás, los servicios de un monismo materialista de compromiso, como ya rechazó los del materialismo filosófico puro e ingenuo.

MEMORANDUM

SOBRE UN TOPICO SUPERADO

Hemos recibido una extensa carta del nuevo Secretario General de la Sección del Apra en París, Luis E. Heysen, que pretende rectificar la comunicación publicada en el N° 25 de "AMAUTA" sobre la disolución de ese grupo y del anexo centro de estudios anti-imperialistas y la adhesión de la mayoría que votó este acuerdo al plan del Partido Socialista del Perú. La inserción de esta carta en "La Sierra", a cuya redacción ha sido sin duda enviada al mismo tiempo q' a nosotros, podría relevarnos de la obligación de publicarla. Pero preferimos concederle la acogida que solicita en las páginas de "AMAUTA" para su más amplia divulgación entre nuestros lectores.

La extensión del escrito nos impide, sin embargo, realizar en este número una inserción que ha perdido su urgencia. No tenemos inconveniente en registrar la noticia de la reconstitución de una célula "aprista" en Pa-

rís. Pero nos parece excesivo e imprudente, por decir lo menos, presentar como una "depuración", el abandono del A. P. R. A. y sus quimeras por los miembros más solventes intelectual y doctrinariamente de ese grupo. Insistiendo en un reclame desacreditado, y respecto al cual todos saben a qué atenerse, Heysen trata de definir el A. P. R. A. calificándola de "partido de frente único, nacional-latinoamericano, antiimperialista". Y la verdad demasiado notoria es que el A. P. R. A. no pasó nunca de ser un plan, un proyecto, una idea, por cuya organización, que jamás llegó a ser efectiva como "alianza" o "frente único", trabajaban infructuosamente algunos grupos de estudiantes peruanos. El 2° Congreso Antiperialista Mundial la ha descartado, en términos definitivos, después de un estricto examen de los hechos. Es extemporáneo, por tanto, todo intento de especular sobre la credulidad latino-americana con miembros más o menos posposos.

D I S C O S

NOVEDADES ORTOFONICAS

L'oiseau de feu. — Strawinsky. — Columbia. — (Sello azul).

No es Strawinsky en "L'Oiseau de feu" —poema coreográfico que pusiera en escena Diaghilew— el constructor de edificios sonoros, sino el hechicero que hace estallar la materia musical en arabescos resplandecientes, en dibujos luminosos.

Se recibe absolutamente al oír la partitura del "Pájaro de fuego" la impresión de un sonido que ardiera, de una música que flotara —hecha llama— en el espacio.

Strawinsky —como lo hizo para "Petrouchka"— se ha puesto frente a la orquesta y es una maravilla de precisión, de limpidez, de fuerza expresiva en esta edición hecha por Columbia.

Sonata en la. — César Frank. — Polydor. — (Sello azul).

Tiempo era de que llegara a Lima la edición grabada por **Polydor** de la "Sonata en la", para violín y piano, de César Franck. Porque esta obra por su belleza, por su majestad —tan desprovista de elocuencia—, por su sentido de religiosidad y a la vez, de humanidad es de aquellas páginas que deben escucharse y saborearse a menudo. — Al contacto de esas frases unciosas como plegarias y humildes como lamentos, de esas modulaciones cuya suavidad llega a lo angélico y de esa melodía tan noble, tan grandiosa y tan sencilla el espíritu se siente menos atado a la materia; más cerca de Dios. — La edición de **Polydor** —a pesar de algunas pequeñas fallas en la grabación— es muy interesante y los intérpretes—Stin-ichi, Suanki, violinista y Manfred Gurlitt, pianista— se desempeñan con toda corrección. Eso sí hay un error gravísimo, que es preciso señalar; en la etiqueta o inscripción dice: "Sonata en Si mayor", en lugar de "Sonata en La".

M. W.

N E C R O L O G I A

Dr. HERMILIO VALDIZAN

El doctor Hermilio Valdizán ganó legitimamente, sin impaciencias ni trucos, el respeto de sus mayores, de sus coetáneos y de los jóvenes. Era un hombre de ciencia, de profunda vocación, que continuaba en nuestra Universidad la tradición de Unánue y J. Casimiro Ulloa. Pero era, sobre todo, un maestro de generosa y sencilla humanidad, que desempeñaba sus tareas científicas con contagiosa simpatía. Nada le era más extraño que el tipo frío y abstractista de investigador de gabinete. Como conviene a la función docente en un medio de escaso entrenamiento para la especulación, Valdizán sabía hacer gratos y atractivos los caminos del estudio y del conocimiento. En él la ciencia se humaniza-

ba, aceptando las más modestas fatigas cotidianas. Valdizán tuvo que emplear su energía en esa opaca labor de organizador y experimentador que es, en un país incipiente, aun no desbastado, el destino y la servidumbre del hombre de ciencia. Su competencia estaba al servicio de la enseñanza médica, de la asistencia psiquiátrica, de la medicina legal, de la historiografía científica nacional. Su tiempo y su capacidad se aplicaban indispensablemente a trabajos prácticos, urgentes, múltiples. No era, ni como profesional, catedrático ni publicista, el tipo del universitario. Procedía del periodismo que acaso fué para él un ejercicio de comprensión de los hombres y las cosas. A esta experiencia de sus años de estudiante, debió probablemente, con su risueño y tolerante relativismo, su compasión por el dolor de los hombres, su sentido ágil y pragmático de la faena científica. Su obra de publicista se clasifica, ante todo, como una obra útil. Valdizán no supo ni quiso nunca brillar. Su inconcluso "Diccionario Médico Peruano", su "Medicina Popular", etc., son la paciente y eficaz producción de un trabajador alegre, infatigable, modesto, que dedicó a las tareas difíciles de la ciencia nacional sus mejores aptitudes, renunciando a empresas más personales y egoístas. Absorvido por este trabajo, no se interesó por lo ideológico ni lo político. Contemplaba con escepticismo algo melancólico, pero sin hostilidad, más bien con indulgencia, los afanes iconoclastas o teorizantes de la nueva generación. Pero no hay que juzgarlo, puesto que nunca arriesgó nada en el juego partidista y acertadamente se salvó de ser diputado, por sus prejuicios. Su obra de profesor, de psiquiatra, de publicista, —positiva y valiosa— inscribe definitivamente su nombre en la historia de la ciencia nacional y en el reconocimiento de las generaciones que lo apreciaron. En la Universidad, se contó siempre en primera línea entre los pocos maestros que cumplan con responsabilidad, amor y talento los deberes de la docencia.

Libros y Revistas

CRONICA DE LIBROS

I. P. Pavlov. "Los reflejos condicionados". Prólogo del Prof. Gregorio Marañón. Javier Morata, editor. Madrid.

Dice con razón Radovici, en su estudio sobre el *Inflajo nervioso*, que "en el estado actual de nuestros conocimientos, la fisiología elemental nerviosa constituye uno de los capítulos de los que la ciencia médica puede enorgullecerse más".

No sólo se han producido, en este dominio, las hipótesis más fecundas, entre ellas ninguna más feliz que la de la neurona, a la que tan estrechamente ligada se encuentra el nombre de Cajal, sino que también existe tan gran cantidad de materiales acumulados en estos últimos años, que en algunos aspectos solo cabe una labor de sistematización y de síntesis.

Pocos estudios más preciosos a este respecto y ninguno quizás llamado a más grandes y fecundas proyecciones en el porvenir, que el de los reflejos nerviosos. Si como dice Minkowski, el reflejo no constituye sino el elemento más aparente de cada una de las reacciones, integrales o no, del organismo, se comprende qué ancho margen está reservado en el conocimiento de la biología humana, a la fisiología de los reflejos. Varios ilustres nombres sería preciso recordar a propósito de la dilucidación de esta categoría de fenómenos. Pero baste, por el momento, el de dos sabios rusos que han dedicado en estos últimos años la mejor parte de su genio investigador al conocimiento de la naturaleza y modo de acción íntimo de los reflejos nerviosos: Pavlov, cuyos trabajos de experimentación animal constituyen un monumento de penetración analítica y de paciente investigación y Bechterew, que ha hecho estudios semejantes, pero aplicados sobre todo a la clínica humana. Puede decirse que ha sido la escuela

rusa la que ha creado este nuevo e interesantísimo capítulo de la ciencia que se llama la Reflexología.

El porvenir parece reservar a este estudio el descubrimiento del secreto de la vida consciente. Lo que constituye, hasta ahora, el misterio ante el cual se ha detenido la inteligencia de los hombres y cuya ignorancia, explotada por un idealismo infecundo, la ciencia, parece que será en un futuro cercano la más grande conquista del materialismo moderno. Ha sido Bechterew el que indudablemente ha ido más lejos a este respecto. Relacionando los fenómenos de conciencia al mecanismo de los reflejos cerebrales, ha abierto así un ancho sendero capaz de conducir a los hombres de ciencia a la resolución del gran enigma de la verdadera naturaleza del fenómeno síquico.

Acaso sería así la reflexología el gran puente tendido entre las dos partes integrantes del organismo humano: el soma y la siquis. La ciencia del espíritu se enlazaría a la fisiología del sistema nervioso, cerrando así el paréntesis todavía abierto en el monismo materialista. Si la sicología de las profundidades, la sicoanálisis, constituye la vía regia para el conocimiento del alma, es indudable que será incompleta mientras no se establezca esa relación. El mismo Freud escribe: "El edificio teórico del sicoanálisis... no es en realidad sino una superestructura que debemos asentar sobre su base orgánica" (Introducción al Sicoanálisis). Es más que probable, y esta es la opinión de A. Marie, cuando trata de las relaciones del sicoanálisis con la sicología objetiva y la reflexología, que esta última constituya en el futuro el firme cimiento de la más hermosa arquitectura científica que los hombres hayan podido construir.

Ahora bien, el jalón inicial en esta hermosa vía ha sido indudablemente colocado, de modo firme, por Pavlov, quien desde comienzos de este si-

glo lleva a cabo una pacientísima investigación que se inaugura, casi de un modo imprevisto—como ocurre con frecuencia con los grandes descubrimientos científicos—con motivo de su detenido estudio que realizaba sobre la función digestiva. Desde entonces comienza en sus laboratorios, con la colaboración de una pléyade de inteligentes colaboradores, el análisis ingenioso y llevado a admirable dirección, de lo que el sabio moscovita llama los **reflejos condicionados**.

Fué un filósofo el que hace treientos años definió de modo bastante preciso al concepto de este fenómeno nervioso fundamental: el **reflejo**. Descartes llegó a esta noción por la observación del hecho de que cuando se aproxima rápidamente un objeto al ojo, se realiza un movimiento de los párpados, involuntariamente e imposible de reprimir. Desde entonces los fisiólogos han aprovechado esta idea para el estudio de las secciones inferiores del sistema nervioso, primero, y de las más elevadas, después.

Varios investigadores han precedido a Pavlov en la aplicación del estudio de los reflejos al de la función cerebral. Pero ha sido él quien ha establecido de una manera perentoria que la organización del sistema nervioso central y especialmente de la corteza cerebral responde a excitaciones y complejos de excitaciones de todo orden que se constituyen y organizan para disolverse después, relacionándose intimamente a la vida instintiva. Tales reflejos se construyen solo merced a la conexión de un excitante elemental definido y uno condicional indeterminado. De allí el nombre de reflejos condicionados que Pavlov les ha dado. Esto les distingue del carácter de los **reflejos absolutos**, que son innatos y responden a ciertos estímulos externos definidos. Bechterew llama a los primeros **reflejos asociativos**.

El concepto de estos reflejos supone, desde luego, la formación de nuevas e inéditas vías nerviosas y de nuevas conexiones en los hemisferios

cerebrales. Pero ello no es de extrañar, si se tiene en cuenta la función especial del sistema nervioso de asegurar una relación íntima entre el ser y el medio ambiente. Esto se pone de manifiesto, de un modo evidente, en diversos hechos que ocurren en la vida post-natal del hombre y que llamamos hábitos, educación, etc., que no vienen a ser sino el resultado de nuevas conexiones nerviosas.

Para que el reflejo condicionado pueda establecerse, es necesario que el estímulo condicional, la **señal** que llama Pavlov, se sobreponga a la acción del estímulo absoluto. Así, por ejemplo, si a continuación del sonido de un metrónomo se presenta el alimento a un perro y esta operación se repite muchas veces, posteriormente el sonido adquiere las propiedades del estímulo absoluto, es decir, en este caso del alimento, provocando las mismas acciones reflejas de éste (segregación de saliva, etc). Pero también es preciso que la acción del estímulo condicionado preceda un poco o coincida con el estímulo absoluto y además que posea un mínimo de intensidad, para que pueda adquirir propiedades condicionadas.

La primera interesante conclusión que Pavlov deduce de esta manera de estudiar los reflejos no absolutos, es que la "alta actividad nerviosa de los hemisferios, está rigidamente determinada". Determinismo ya establecido y que predomina como doctrina fecunda dentro de la ciencia biológica, pero que recibe con este hecho un apoyo considerable.

Pero los reflejos condicionados pueden también establecerse por la simple interrupción de un excitante dado o por su disminución o aún todavía por su simple repetición cíclica. Todas estas variaciones serían reflejadas en la corteza cerebral por cambios definidos en la célula nerviosa. De este modo las diversas fluctuaciones individuales del medio externo e interno, adquirirían carácter de reflejos condicionados.

Sin embargo, los reflejos condi-

cionados no tienen una vida indefinida, sino solo en el caso de que se acompañen siempre del estímulo absoluto. En el caso contrario se extinguen. Pero más que desaparecer sufren más bien una **inhibición**. Y las fuentes de la inhibición nerviosas pueden ser muy numerosas, pudiendo en todo caso distinguirse la inhibición externa y la inhibición interna. La primera se origina en partes del cerebro distintas de aquellas en que el reflejo de respuesta es iniciado. La segunda se verifica por el estímulo condicionado mismo que adquiere, bajo ciertas condiciones, propiedades inhibitorias.

Un reflejo condicionado que en su origen ha sido provocado por un estímulo dado puede más luego serlo por otro estímulo semejante o próximo a este. Así, por ejemplo, una serie de sonidos de un número de vibraciones semejantes, la excitación de determinadas regiones de la piel, vecinas unas de otras, pueden tener propiedades condicionadas para un mismo reflejo. Esto es lo que constituye la **generalización** de los estímulos. Pero ocurre también que por una repetición indefinida del reflejo condicionado, reforzado constantemente por el estímulo absoluto, se llega a una fina diferenciación de los estímulos hasta límites insospechados, por lo menos en el hombre. Estos dos fenómenos caracterizan la capacidad analizadora y sintetizadora del sistema nervioso central. Es en este punto en donde las investigaciones de Pavlov han obtenido más brillantes resultados, los cuales, como se comprende, son de gran significación para el conocimiento de la fisiología del sistema nervioso. El sabio ruso afirma, a este respecto, que estos experimentos no dejan lugar a duda de que todas las cuestiones que hasta ahora han sido consideradas como pertenecientes al dominio de la llamada fisiología de los órganos de los sentidos, pueden ser actualmente investigados objetivamente por el método de los reflejos condicionados.

Pero sobre todo, esto nos conduce

a la comprensión de fenómenos más elevados que ocurren en la sustancia nerviosa. Se ha establecido que en relación a la inhibición interna ésta puede extenderse a zonas próximas a aquellas en que originariamente tiene lugar y que de este modo se origina un fenómeno de irradiación de la inhibición, tras el cual se realiza por el contrario una concentración de la misma en el punto inicial. Igual fenómeno ocurre en cuanto a la excitación. Inhibición y excitación pueden a su vez influenciarse recíprocamente, verificándose entonces lo que se llama la **inducción**. Merced a ella una excitación puede conducir a un aumento de inhibición y recíprocamente. Para Pavlov estos dos procesos representan las funciones básicas de los elementos celulares nerviosos. Sobre tan interesante base estudia el gran fisiólogo ruso, la actividad de la corteza cerebral. Representa a ésta como un mosaico de funciones, el cual llega a establecerse gracias a la representación que adquieren en grupos de células, los distintos reflejos condicionados que se producen por acción de los cambios del medio externo. El sueño encontraría explicación por una inhibición interna, difundida continuamente sobre la totalidad de la corteza y sobre otras partes más inferiores.

Este estudio de la actividad normal del sistema nervioso ha sido completado de manera magistral por Pavlov, con investigaciones sobre las alteraciones patológicas del mismo.

Aunque las experiencias de Pavlov y sus colaboradores han sido realizadas en animales, no es necesario encarecer la enorme importancia que ellas representan para el estudio de los problemas síquicos humanos y ya Pavlov mismo, con las reservas consiguientes, ensaya algunas conclusiones de este orden.

Teniendo en cuenta estas consideraciones podemos estimar como un verdadero acontecimiento científico en el mundo de habla española la aparición de una traducción en nuestro idioma de la monumental obra de Pavlov

que resume la historia de cerca de treinta años de sus experiencias en este sentido. El esfuerzo del editor es en este caso un verdadero alarde y una audacia que tienen que agradecer no solo los médicos de España y de la América hispana, sino también todos los estudiosos y enamorados de las vitales cuestiones que se refieren a la dilucidación del gran problema de la vida consciente e inconsciente en el hombre.

Su difusión ha de contribuir a la formación, dentro de la clase médica de nuestros países, de un verdadero pensamiento científico, de cuya deficiencia y endeblez en muchos casos, se lamenta con razón y con derecho Gregorio Marañón. Es por eso que su loable entusiasmo por la obra de Pavlov le ha llevado a lograr la impresión del libro que comentamos y a prologarlo, dejando constancia de su deseo de llamar la atención de los médicos españoles—de los de habla española diríamos más bien—hacia la obra del gran fisiólogo ruso. Dice con mucha verdad Marañón, que nuestros profesionales prefieren casi exclusivamente las obras “de aplicación”, que puedan llevarles de modo inmediato al mejor ejercicio de la profesión, pero que desdennan el libro de especulación científica teórica, de orientación general y el único que puede servir a la formación de una mente científica. El libro de Pavlov es precisamente uno de los más bellos ejemplos de esta clase.

Luis F. Bustamante

Luis Reissig | “LA CAMPAÑA
DEL GENERAL BULELE |
Novela | Talleres gráficos “Ra-
dio-Revista” | Buenos Aires,
1928.

En este Petit-Guignol, por el que discurren las caricaturas sabrosísimas que Reissig ha dibujado, se arma una baraúnda tremenda de discursos. El general Bulele, gordo y cornudo, rompe el ritmo de sus trazas jacarandosas

con el pavor de la guerra cafriana. Los del reino arrogante de Ñapaes ayudan, por la angurria del petróleo, a la guerra gloriosísima con que se honran el Rey, pindongo señorón caza-perdices y el Conde de Nones, fino jesuita de acuciosas intrigas, que no tiene par. Bulele asciende y se enmedalla, y la señora Marquesa de Vuelta Abajo entretiene sus arrumacos y sus dengues en los brazos del imprescindible Capitán de Coraceros. Es de advertir que la susodicha no es esposa de Bulele. ¡Nada de líos de familia! Monseñor, el Cardenal Arzobispo, maya beatos latines de aleluyas y Te Deums agradecidos y Ñapaes arde de júbilo pues se dice que ha despertado el empuje bravo de la raza. Bulele ha contraído un resfrío de cabeza y, en Cafria, los negros herejes y petroleros se deshacen en la fatiga de luchar contra los bizarros espadones.

Un Consejo de Ministros que es una delicia. El Rey se desata en alharacas quejumbrosas contra ese fatal Conde Nones, que no tiene par, a quien, al fin, concede poderes y prebendas a cambio de la paz indispensable en que mantener inalterable el pulso fino, indispensable para la caza de palomas. Ese consejo es acaso la más recia y jugosa estampa en esta sátira de Luis Reissig.

Pero, ¿qué nota bibliográfica puede hacerse de esta novela? ¿Qué recordar aquí? Habría que transcribir íntegramente este libro, en el fondo tan amargo, tan amargo, pero por el que se despeña la risa del lector prevenido a sátira retozona.

Y así vemos, justa compensación al valor vencido, que esta guerra, que comenzó por la conquista del petróleo, termina por unos cuernos: los del mísero Bulele, los de los míseros toros que se lidian en la plaza que, para consuelo exclusivo de Cafria, ha ordenado levantar en la ciudad de Sidi, la magnanimidad del coronado pindongo cucufato...

J. D. C.

Genaro Estrada | **ESCALERA** |
 (Toccata y Fuga) | **Ediciones**
 del Murciélago | **México, 1929.**

Versos de irre realidad, versos tejidos en el misterio de la noche son estos de Genaro Estrada, que a la par que político es letrado y artista. ¡Cómo me gusta ese poema titulado “Exploración”, que principia así:

“A la escucha del fino
 sentimiento de sombras
 trazaré por la noche
 los caminos del aire”!

Y ese otro —“Silencio”— en que dice:

“En la mesa de la noche
 está el vaso de los sueños
 y para apagar la sed
 las horas lo están bebiendo.
 ¿Qué haré por la madrugada
 cuando despierte sediento
 si ya el agua de mi vaso
 se lo ha bebido el silencio?”

Estas estancias de calidad tan aristocrática, de sustancia tan espiritual nos son un descanso de la exuberante poesía de ciertos bardos americanos, que cantan a pulmón lleno. La edición de “Escalera” es primorosa: hermosos tipos cursivos, un papel “a la antigua” y una carátula que es una rica nota violeta.

Vie de Molière | **RAMON FER-**
NANDEZ | **N. R. F.** | **Pa-**
rís, 1929.

Ramón Fernández, el notable ensavista de la *Nouvelle Revue Francaise*, traza con mano firme el itinerario de la vida interior, de la vida espiritual de Molière. No es su libro el simple relato de hechos externos —nació en tal fecha, se casó en tal otra, tuvo tantos hijos, etc.,...— sino un estudio profundo de la sicología del autor de “Tartuffe”. Eso sin descuidar la trayectoria biográfica. Panorama por demás interesante presentan el alma y

el espíritu de Molière. Tierno y sensual, ardiente, melancólico, atormentado, lleno de debilidades —como las tiene todo el que es a la vez sentimental y sensual— el gran comediógrafo fué profundamente, intensamente humano. Su existencia es una sucesión de triunfos y de dolores. Se embriaga de gloria y también es el “Cocu”, el amante engañado y sin fuerzas para romper con la infiel. Es el juguete de la Béjart, tan bonita, y mucho más joven que él.

Además de ese estudio tan penetrante y tan agudo de la existencia íntima de Molière, Ramón Fernández nos dá una visión magnífica de la época. (Cuando la carreta de los cómicos iba de una ciudad a otra, halada por un par de flacos caballos; cuando en el tinglado dialogaban Arlequín y Polichinela y Pierrot suspiraba por Colombina).

El genio de Molière se desarrolla esplendoroso; “Tartuffe”, “Le Misanthrope”, “l’Avare” son fechas decisivas, etapas definitivas en la historia y en la evolución del teatro.

Y hombre de teatro, personaje del tinglado, muere casi en escena: acababa de representar el “Malade imaginaire”.

La biografía de Molière por Ramón Fernández es una de las más notablemente realizadas entre aquellas “Vidas”, que publican las casas editoras francesas.

Jean Rostand | **LE MARIAGE**
 | **Hachette, Editeurs, París.**

Las notas de Jean Rostand —Jean Rostand es acaso el único que vale en su ilustre familia— sobre el matrimonio forman un breve tratado de sentido escéptico y desengañado, escrito en un estilo clásico por su sobriedad y su pureza. Dice Jean Rostand muchas verdades sobre el matrimonio, analiza agudamente el estado conyugal tan difícil, tan desagradable cuando falta en ambas partes inteligencia y tolerancia. Después de haber anotado esta tremen-

Después de haber anotado esta tremenda verdad: "la beatitude conyugale est un signe funeste. Redoute le moment ou tu vauterais la grandeur de ta cage et la lérogaté de ta chaîne" y también esta otra, amarguísima: "la haine conyugale est de toutes, la plus constante, la plus normale: on hait des gens pour des raisons bien moindres qu'on ne hait sa femme ou son mari"... Rostand reconoce, en la máxima final de su libro, la existencia del amor conyugal: "de toutes les amours, les conyugales sont les plus rares et les plus jalouseés".

M. W.

CRONICA DE REVISTAS

"LETRAS" | Organo de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional de San Marcos | No. 1 | 1929.

La aparición de "Letras" puede ser señalada entre los acontecimientos augurales de una nueva etapa de la Facultad de Letras de San Marcos. La Universidad de San Marcos empieza a tener revistas que participan activa y visiblemente en la vida intelectual del país. La antigua y anémica "Revista Universitaria" era sencillamente ignorada no solo por el público, sino por los intelectuales del país. Fuera, en revistas y universidades, su existencia además, no tenía eco. La publicación del "Boletín Bibliográfico", debida a la iniciativa de Pedro S. Zulen, durante su esforzada actuación en la Biblioteca, rompió parcialmente esta clausura. Zulen creó un ágil vehículo de comunicación. Ahora, la salida de las revistas de la Facultad de Letras y de la Facultad de Ciencias Económicas, dota finalmente a la Universidad de dos órganos que, bien empleados, pueden prestar eficaz servicio a la vida intelectual.

"Letras", conforme a sus breves palabras de presentación, "reflejará, preferencialmente, la obra misma de su claustro, la labor de sus maestros y de sus alumnos, y acogerá, además, los trabajos de los doctores de esta Facultad y de los escritores notables, del

país o del extranjero, cuando representen una aportación original al estudio de las disciplinas que forman los fines propios de nuestro Instituto".

El primer número es un grueso volumen de 260 páginas, de escogida colaboración universitaria.

No quertmos, por el momento, sino señalar su aparición. Ya iremos, en sucesivas recensiones, juzgando la eficacia conque esta nueva revista llena su objeto.

Dirige "Letras" el Decano de la Facultad, doctor José Gálvez. Tiene el cargo de Secretario de Redacción y Administración nuestro estimado colaborador, el poeta Alcides Spelucín.

"TRANSITION". | Editor: Eugene Jolas. | Editorial Offices: 40 rue Fabert, París.

Es necesario anotar primero que talvez es la mejor y más valiosa de las que nos llegan del viejo mundo. Pero esto obedece a un truco vital. Nosotros sabemos que un equipo poético norteamericano dirige esa gran victoria que es **TRANSITION**. "Es una gran revista internacional"; una guía contemporánea y generosa, donde las voces más raras, puras e impuras, se oyen y escapan. No es la revista de una élite y de una línea; es de muchas líneas, sobre todo, de líneas quebradas curvas, casi nunca paralelas, como en las direcciones estéticas de las revistas francesas o españolas, donde siempre nos cansa esa postración regionalista y cerrada de sus duras colinas roqueras.

En el último número que nos ha llegado, entre los nombres de James Joyce, de Robert Desnos, de Eugene Jolas, de Hart Crane, encontramos el de Adalberto Varallanos, nuestro gran prosador desapercibido. Este triunfo de Varallanos, es también de la nueva, novísima generación peruana que lo admiraba y quería. Su "**Narrative: Death at 21 years**", es admirable.

Agradecemos a **TRANSITION** esta demostración comprensiva de los nuevos valores humanos.

x. a.

PUEDEN Y DEBEN CONTRIBUIR AL EXITO DE LA QUINCENA

PRO-"AMAUTA"

Los agentes poniéndose al día en sus cuentas con la Administración, colocando los saldos de ediciones y ejemplares de "AMAUTA" en su poder, adquiriendo nuevos lectores para nuestra revista y sus libros;

Los suscritores, renovando por un año su suscripción, reclutando nuevos suscritores, haciendo uso de los servicios de nuestra Oficina del Libro para sus compras de librería; los amigos del extranjero, propagando "AMAUTA" entre sus relaciones y girándonos el importe adelantado de una o más suscripciones anuales;

Los profesionales simpatizantes, contratando un anuncio permanente en la sección de anuncios profesionales que empezaremos a publicar desde el próximo número.

OFRECEMOS DOS COLECCIONES EMPASTADAS EN CUERO Y TELA, EN CINCO TOMOS, DE LA EDICION NUMERADA "AMIGOS DE "AMAUTA", Nos. 1 AL 28, AL PRECIO DE Lp. 5.

TENEMOS TAMBIEN DOS COLECCIONES DISPONIBLES DESDE EL No. 2 de la edición corriente a Lp. 2.0.00" (el No. 1 completamente agotado, no ha podido ser reimpreso aún, y del éxito de la quincena, depende entre otras cosas su inmediata reimpresión) y varias colecciones desde el No. 3. Colecciones numeradas, en papel fino, desde el No. 10, con el que empezó "AMAUTA" su segunda época, después de seis meses de interdicción, a Lp. 2.0.00.

Adquirir estas colecciones, comprarnos libros, es para los amigos una forma de ayudar al éxito de la quincena y de propagar "AMAUTA" y sus ediciones. La quincena debe ser al mismo tiempo, una jornada económica y una jornada propagandística. Quincena de cobranza, de colectas, de reclutamiento de suscripciones, de agitación de nuestro nombre, de difusión de nuestra obra.

Publicaremos el resultado de todas las colectas, para el debido contralor. Todos los erogantes recibirán directamente, o por intermedio del organizador de la colecta, un libro de obsequio, en relación con su óbolo. Por cinco soles, enviaremos franco de porte, a quien lo solicite, "La Escena Contemporánea" y "7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana", firmados por el autor.

QUINCENA PRO-"AMAUTA"

10. - 15 DE MARZO

BIBLIOTECA "AMAUTA"

Acaba de aparecer:

"LA TEORIA DEL CRECIMIENTO DE LA MISERIA APLICADA A NUESTRA REALIDAD"

POR RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

Documentado y notable estudio, que continúa los apuntes para una interpretación marxista de nuestra historia social comenzados por el autor con "EL MOVIMIENTO OBRERO EN 1919"

PRECIO: 60 CENTAVOS

Próximamente:

"EL AMAUTA ATUSPARIA"

Historia de la Insurrección Indígena de 1885

POR ERNESTO REYNA

Prólogo de José Carlos Mariátegui